

El Señor de las Bestias

DANIEL GALLEGO

El Señor de las Bestias



*A todos aquellos cuya única
tierra es la que llevan en las uñas*

I

«¡Hoooy hay pláaatano, hoooy hay paaapaya, hoooy hay ceeebolla, floooores, sí hay floooores, floooores...!»

Esas palabras distorsionadas a causa del alto volumen y maldecidas en las mañanas por trasnochados, vagos y desempleados, pretendían ser convertidas en anuncios publicitarios por la voz del carretillero Memo Jaramillo. Era una continua y desafinada música a capela amplificada por un megáfono vetusto color vino tinto, que en su juventud fue una herramienta usada por las monjas de la escuela «Mater Dei» para anunciar las misas. Pero ahora, después de varias décadas, alimentándose con una batería de carro y pedazos de cables empapados con cintas de colores, se negaba a la muerte.

A pesar de los años, ese parlante que fue subastado por miserias, funcionaba perfectamente y el ruido que producía llegaba a todas las esquinas del parque; al decrepito concreto de la cancha de microfútbol, a las gradas convertidas en nido

de ratas y viciosos, a las bancas de los enamorados y a la panadería que en las noches se transformaba en licorera. También lograba atravesar el revoque, los ladrillos y cada rincón del cuchitril donde vivía Eliécer Chiguasuque, más conocido como don Eliécer o, a sus espaldas, como el Indio zarrapastroso.

Esa mañana no sonó la alarma, había olvidado darle cuerda al despertador que lo acompañaba desde niño sobre su mesita de noche. Sin embargo, ese ventorrillo ambulante del carretillero marcaba sagradamente las ocho de la mañana. Así, con ese fastidio en los tímpanos, supo que se había quedado dormido. Se levantó asustado, con la nariz anestesiada y un dolor de cabeza infernal que no lo dejó moverse más allá del borde de la cama. Se sentó presionando las pestañas y las manos en la cabeza, intentando detener con ellas las paredes que le seguían dando vueltas, pero nada lo ayudó a disipar el malestar y el mareo.

Más que los anuncios de las frutas y flores, las náuseas o el dolor de cabeza, levantarse tarde teniendo responsabilidades que cumplir era la causa de su mal genio. Y como lo único en lo que podía concentrarse era en la voz que lo despertó, descargó toda su rabia contra ella murmurando tres palabras en voz baja: «calláte, gran pendejo».

«Bueno, pues hoy no abro», pensó Eliécer para sentirse mejor. «No me voy a morir si dejo de trabajar un día, igual me merezco un buen descanso. Además, para qué me preocupó si yo no tengo patrón. Esa es la ventaja de no poder conseguir trabajo nunca. Sí señor, no tener que marcar tarjeta».

Pero ni siquiera él podía creer el desatino de sus palabras y temeroso de perder unos pesos que necesitaba, se fue al lavamanos para comenzar con sus labores rutinarias. Se mojó la cara con abundante agua fría para ponerse activo, pero lo detuvo su propia imagen decadente reflejada en el espejo. Esquivando los hongos aferrados a la sílice, se quedó observando el estado de su cara; esculcó en la oscuridad de sus fosas nasales buscando sangre y trató de organizarse un poco las manchas de pelo blanco que cada día le trepaban más las ciénegas. Reflexionó como ya era normal en las mañanas frente al espejo: «¡vieja la cédula!».

Se acercó más al espejo para aumentar los detalles. Las arrugas ya le invadían la cara como carreteras conectadas, sus dientes estaban curtidos por el café y la nicotina, y la lengua la tenía blanca y seca. Se abrió ampliamente los párpados con ayuda de los dedos como si fuera a echarse gotas y vio sus pupilas dilatadas. En los contornos de sus ojos no encontró un solo espacio blanco, unos mares de sangre lo invadían todo. Quiso aliviar su aspecto con más agua, aun sabiendo que no le ayudaría en nada y, en efecto, solo consiguió que le irritara más la vista. Cuando terminó de explorarse, pensó: «al final, sí era como el Profe decía. Iba a ser igual de feo que mi padre». De inmediato mejoró su semblante, dejó a un lado su mal genio y se burló de sí mismo, se enorgulleció del mamarracho que llevaba en su linaje. Incluso bromeó: «si tuviera trabajo y patrón, lo llamaría ahora mismo, le diría que estoy enfermo y que no puedo ir. Pero ya que no lo tengo, mejor me tomo un par de pastillas y me pongo a laborar que ya estoy es perdiendo plata».

Al abrir su boca para pegarla a la canilla de pasta, sintió un terrible hedor etílico que tuvo que aguantarse mientras tomaba agua para combatir la deshidratación. Abrió el espejo que a la vez era la puerta del gabinete, sacó un par de pastillas y se las tragó en ayunas. Pasaron unos cinco minutos y bajo el efecto de los químicos la cabeza le dio una tregua. Pero aunque se sentía mejor, vaciló con lo del trabajo, no porque no quisiera comenzar, sino porque sus sentidos todavía le fallaban. De repente tocaron la puerta y escuchó ese sonido que tanto detestaba y lo asustaba: la vibración del latón que con cada golpe del visitante hacía retumbar el cuchitril por dentro. «¿Cuándo será que el desgraciado ese de don Enrique arregla el jodido timbre?», pensó Eliécer recuperando de inmediato el dolor de cabeza. «Dios mío, dame paciencia».

Al otro lado de la puerta estaba el carretillero Memo, que había apagado el megáfono y silbaba para identificarse:

—Compadre, abríme que todavía estoy prendo, invítame a un cafecito...

Con un movimiento automático, Eliécer miró por el ojo de la puerta e inclusive viendo al carretillero ahí parado, preguntó:

—¿Quién es?

—¿Pues quién va a ser? Soy yo, Memo, el carretillero, el de las flores, su compadre. ¿Te paso la cédula o qué?

Eliécer abrió sin poder dominar aún los torbellinos de su pelo y el par de puñaladas que llevaba por ojos. Tenía puesta una camisa ceñida al cuerpo que le marcaba los pezones y su vientre. Al frente una publicidad decía: «Mario Gavilán

Presidente. ¡Vote!». Por la antigüedad de la camisa podría asegurarse que el Gavilán ese ya estaba bajo tierra. La prenda tenía pequeños agujeros en los hombros y en el cuello, el algodón había servido de alimento para las larvas hospedadas en su closet. También usaba una pantaloneta de seda y chanclas plásticas rojas con el escudo de su equipo tapándole los dedos. Memo saludó solo con un levantamiento de cejas. Sin pronunciar palabras apartó a Eliécer del camino y con apuros entró al cuchitril sin pedir permiso. Corrió directo al baño donde atendió sus emergencias.

El Indio se fue a preparar café. Y mientras calentaba el agua, escuchó a Memo retirar la losa del tanque y tirar de la cadenilla. Luego salió secándose las manos con su mugroso poncho y sosteniendo bajo la axila su sombrero blanco de ala ancha y cinta negra.

—¿Ya está el cafecito compadre? —preguntó sin dar los buenos días. Y como Eliécer no le contestó nada, siguió hablando:

—Ánimo compadre que el mundo no se ha acabado y la vida hay que seguirla por obligación. Lo importante es que estamos aliviaditos mijo. Yo sé por lo que está pasando, ¡créame! Yo también me he atrasado con la cuota. Pero hay solución, acuérdesese que lo hablamos ayer. Usted me prometió que se venía a camellar con mi familia al morro. Con eso se escapa mientras se pone al día. Además le aseguro, compadre, que trabajar con flores cura el espíritu del más infeliz. Tal vez usted me traiga la suerte y nos ganemos el desfile por primera vez, así salimos todos de pobres.

—¿Con quién dejaste la carreta? —preguntó Eliécer mientras servía el café.

—Con la Angélica, la guisa de doña Marta, esa que siempre saca el perro a esta hora. Mucha hembra tan buena, no como esas de ayer, ¿cierto?

El comentario desatinado y el olor a café pusieron a ambos de buen humor y tras beber el primer sorbo olvidaron por un momento los malestares del alma y del cuerpo. Cuando se miraron las caras de trasnocho y de arrepentimiento, se burlaron de sus estados deplorables. Parecían dos adolescentes celebrando su primera borrachera.

—¿Qué nos pasó anoche, Memo? ¿Cómo fuimos a terminar con esas vagabundas en ese antro de mala muerte? Eso para usted que está joven, pero yo ya no estoy para esos trotes.

—¡Pero usted era el más contento! —se burló el carretilero.

Desafortunadamente, para ambos esos momentos de efervescencia y alegría eran bastante escasos por esos días y la euforia se desvaneció rápidamente con el sonido de una moto que pasó carburando a paso lento. Un ruido inconfundible al que Eliécer temía como al mismo Lucifer. La máquina pasó frente a la puerta de la casa, prolongando el terror y el sufrimiento del Indio; quemándolo a fuego lento. Memo dejó su café en la mesa para moverse en cuclillas hacia la ventana y espiar afuera. Con sigilo corrió la cortina mientras el gélido Eliécer se quedó sentado tras la mesa sin modular palabra. Lo único que le permitieron sus sentidos, fue mostrarle a Memo con señas de los labios que se alejara de la ventana, que dejara de ser metido.

—Tranquilo que no eran, compadre. Cálmesese que no es para tanto —le dijo un Memo compasivo—. Por eso es que tiene que venir conmigo a la montaña, no sea terco. A usted lo van a matar los nervios antes que las balas.

Y se despachó con otro de sus prolongados y estériles sermones, que afortunadamente esta vez sí tranquilizaron a Eliécer, pues no tenía nada más de que aferrarse.

Después del susto y cuando se disponían a continuar con el café, la puerta se sacudió por segunda vez. Unos golpes fuertes y unos ladridos volvieron a poner tenso al pobre Eliécer. El germen del miedo ya le había florecido adentro. Entonces con su cuerpo aún sin descongelar por completo, le indicó a Memo que fuera a investigar quién era. Él, obediente, con su pocillo en la mano, fue a mirar por el ojo de la puerta y abrió de inmediato.

—Yo no le puedo cuidar más esa maldita carreta, mijito —Eliécer atrás suspiró de alivio—. Eso le pasa a uno por buena gente, ¿no ve que yo también tengo cosas que hacer? Les da uno la mano y le cogen...bueno, ya sabe dónde, y véalo ahí haciendo visita, dizque tomando café, conchudo. Ahí le dejo tirado su negocio —la mujer se retiró jalando el perro sin esperar respuesta y Memo salió con el pocillo en la mano detrás de ella, corriendo y cerrando la puerta sin despedirse.

A Eliécer le quedaron temblando las manos y las piernas. Apenas pudo terminar con la bebida que ya estaba fría. Las pastillas revueltas con el café activaron los ácidos estomacales y sintió que un líquido corrosivo le subía para quemarle la lengua y la garganta. Entonces, fue a sacar una bolsa de

leche de la nevera y bebió lo poco que quedaba con la esperanza de neutralizar el pH.

Cuando cerró la puerta de la nevera, apoyó sus brazos extendidos sobre ella, metió la cabeza entre los hombros y se quedó quieto respirando profundamente, tratando de evitar el vómito que le pedía camino, dándole tiempo a los ácidos para que hicieran su daño y que la gravedad los regresara al lugar de donde salieron. Cuando volvió con la mirada al frente se encontró la foto de Victoria y Ayelén pegada con imanes sobre el fondo verde azul de la nevera. Se alegró porque aunque las fotos siempre permanecían en aquel sitio, en ese momento aparecieron como una inesperada y agradable sorpresa. Ver los rostros de su esposa y su hija mirándolo de frente lo confortaron. Cuánto deseaba que estuvieran ahí con él para abrazarlas y sacudirse el miedo. Aún las extrañaba tanto, que daría su vida entera por verlas así fuera un día, una hora, un segundo. Pero hacía veinte años que había recibido la última carta de su esposa en una celda y desde eso ni rastro de ellas.

Abrió la nevera nuevamente y la dejó vacía. Sacó los últimos alimentos y preparó el desayuno mientras las recordaba a ellas en aquellos días de total felicidad que la selva le había regalado. Inclusive le pareció sentir la caída de la temperatura acompañada por el canto de las ranas a las seis de la mañana y a las seis de la tarde, sus horas predilectas. Recordó los sonidos de los animales que no volvió a escuchar desde que salió de ella. Y quiso haberse perdido en esa escena olor a tierra, pero cuando por error, en lugar de levantar el salero vio el reloj sobre la mesa, abandonó sus pensamientos para

moverse apurado por la presión del tiempo y desayunó pensando en la hora.

Con la barriga llena se sintió mejor, con combustible para quemar y dispuesto a comenzar ahora sí con el trabajo. Se vistió con su delantal de laboratorio impecable; lupa en el bolsillo y en su mano el maletín verde olivo con las herramientas de precisión. Organizó la mesita, sacudió y limpió el anuncio publicitario hecho de zinc y pintado a mano por él mismo, lo abrió en forma de «A» y lo sacó como cada mañana al lado de su puerta. «Relojería don Elí, reparación y mantenimiento de relojes en general, todas las marcas, manillas, cambio de pilas, fotocopias y laminados», decía el anuncio.

Para sorpresa de las incendiarias lenguas del barrio, que intentaron adivinar la ocupación del Indio zarrapastroso sin acertar en lo más mínimo, este había encontrado la pasión de su vida y su sustento en los relojes. No lo atraían como a sus clientes, las marcas, los modelos, los estilos o el estatus que engendran esas máquinas. Más bien había quedado atrapado desde pequeño por la brujería contenida en su funcionamiento, por su perfección, la precisión en cada uno de sus movimientos y la complicada confección de sus diminutos mecanismos.

Fue en su lugar de nacimiento, un recóndito caserío llamado Tacueyó, que un turista le dio su primer reloj cuando apenas era un niño de la selva, un aprendiz cazador de ratas, armadillos y chigüiros. Era una baratija de carcasa dorada como el pelo de su dueño, manecillas plateadas con imitaciones de diamantes y pulsera de cuero bastante desgastada. La recibió como pago por cargar los menajes de una expedición

extranjera a las comunidades indígenas de su municipio. Eran hombres que hablaban lenguas extrañas y que llegaron a investigar los socavones de donde los nativos extraían el oro desde generaciones atrás. Ese piojoso, mugroso y andrajoso niño bautizado por la iglesia más tarde como Eliécer Chiguasuque Guetio, escogería como profesión, desde ese día, ser reparador de relojes y de manillas. Lo de las fotocopias llegaría mucho más tarde.

Y fue por ese pequeño capricho del destino que estaba allí, acosado en el presente por el mismo tiempo que debía reparar en pocas horas. Lo más sensato era comenzar de inmediato con esa encomienda, por la cual se levantó malgeniado. Pero las secuelas de la fiesta y el traspasado le dificultaban concentrarse en su quirúrgico trabajo. Como excusa, mientras se le pasaba la tembladera y el dolor de cabeza —que no se daba por vencido—, esperó hasta que hirviera el agua de panela que había puesto en el fogón.

Mientras tanto, sentado, pensativo y moviendo una pierna sin parar, miraba fijamente al paciente que se disponía a operar. El diagnóstico: unas manecillas sin movimiento que lo transportaron a aquellos días de su niñez, cuando se metió al río con esa baratija gringa y vio las manecillas de diamantes detenerse tras el vidrio turbio lleno de agua. Lloró toda la noche hasta que lo derrotaron el sueño y los pensamientos. Incapaz de contener su curiosidad y de aguantar la angustia de dormir con un muerto al lado, al día siguiente se fue a la cocina corriendo con el cantar del gallo, cogió un cuchillo puntiagudo y sacó con cuidado la cobertura del reloj. Por primera vez vio unos intestinos de metal y un corazón mecánico sin

movimiento. Con el mismo cuchillo se las arregló para sacar tornillos y arandelas, recordando con prodigiosa memoria su lugar exacto al momento del ensamble. Separó y expuso las partes húmedas al sol de la mañana y esperó con paciencia hasta que cada una estuviera seca. El día se le acabó sin darse cuenta y tuvo que pasar la noche entera ensamblando el aparato acompañado por cucarrones que se inmolaban con la llama de tres velas. Cuando sus padres despertaron en la mañana, Eliécer ya estaba metido en la cama esperando para mostrarles cómo había revivido al ahogado.

Por culpa de andar perdido entre recuerdos tan antiguos como su existencia, el agua de panela hirviendo reboseó la olla y el olor a dulce quemado lo regresó desde la selva a su mesita de trabajo, con el tiempo al frente todavía amenazándolo.

«¡Mierda! ¡Ahora sí se me hizo tarde!». Fue a mirar su reloj que marcaba las once y media.

Apenas iba a comenzar a remover los primeros tornillos de la carcasa, retumbó el cuchitril por tercera vez. Era la maldita puerta vibrando con los golpes de un puño rabioso. Miró por el ojo mágico pero no abrió ni preguntó quién era, se dio media vuelta y se recostó de espaldas contra el metal, doblando las rodillas y encogiéndose un poco para no ser visto. Contó hasta tres para relajar sus facciones y construir una sonrisa falsa antes de abrir. El dueño del cuchitril estaba del otro lado esperando una respuesta.

—Eliécer, soy yo, don Enrique. Sé que está ahí, se le está quemando algo, huele raro... Recuerde que se comprometió a entregarme el reloj hoy. ¿Ya está listo? Vengo por él. Abra por favor, ya le vi su sombra bajo la puerta.

—Buenos días don Enrique, ¿cómo está? Mire, lo que pasa es que... —dijo nervioso y antes de comenzar con sus disculpas lo interrumpió don Enrique iracundo.

—¿Con qué estupidez me va a salir esta vez Eliécer? ¿Igual que con la renta? Usted se queja de que el trabajo está flojo, uno trata de ayudarlo y mire con lo que sale. Con un chorro de babas. Además, vuélvase serio, usted está pasado a alcohol y vea esa cara de trasnocho que tiene. Irresponsable. Le dije muy clarito que hoy era el bautismo de mi nieto y lo importante que era para mí usar ese reloj en la iglesia. Con ese mismo mi papá me bautizó a mí. Eso es todo lo que me queda de él —el casero lo golpeó con esas palabras en la cara, lo dejó noqueado y se retiró murmurando maldiciones—. Indio zarrapastroso —alcanzó a escuchar Eliécer.

No respondió nada porque tampoco hubiera tenido qué. Como le dijo don Enrique, lo que iba a decir no era más que babas. Entonces quedó apenado y para no sentirse tan mal inventó su propia defensa ante un estrado imaginario:

«Señor juez, nadie sabe lo que le pasa a este pobre hombre en la vida, por las cosas que ha pasado, como para que vengan a tratarlo de esa manera, no es justo, él también merece respeto». Pero defenderse a sí mismo lo hizo sentir peor, la verdad era que había fallado, don Enrique tenía razón y no le quedó más remedio que aceptarlo.

Entró a la casa con el orgullo cojo. De su delantal sacó la lupa nuevamente, se puso las gafas, prendió la potente lámpara y se sumergió en el aparato sin excusas. A pesar de su rabia comenzó a desarmarlo con el amor con que siempre

trataba desde un reloj de piñata, hasta esa maquinaria suiza de don Enrique.

Ya eran más de las dos de la tarde y debía entregarlo antes de la ceremonia, a las cinco. No sentía hambre, se alimentó solo con el agua de panela quemada. Su frente y sus manos le sudaban, pero a pesar del esfuerzo, todavía no podía encontrar el problema. Reemplazó un piñón gastado, reemplazó resortes, lubricó palancas, cambió el cuarzo, pero nada le funcionaba. Y cuando la presión lo tenía al borde de la capitulación, recordó a su padre, sentados en la mesa, diciéndole: «¿Qué pasa hijo? ¿Por qué tan callado y triste?». «Es que el reloj se volvió a parar, está muerto y no sé lo que le pasa —le contestó Eliécer a ese fantasma del pasado—, luego de que se mojé en el río, lo sequé bien y funcionó unos días, pero ya no se mueve». Y su padre le dijo: «¡Tal vez se le oxidaron los contactos con el agua, o la batería se habrá gastado! ¡Mañana podemos bajar al pueblo a comprar una nueva...!».

«La batería no puede ser», razonó Eliécer en el presente, «ya la cambié». Y entonces le pareció todo tan evidente que se castigó con sus puños dándose un par de golpes en la cabeza para sacudirse el cerebro. «¿Cómo pude haber tenido semejante descuido? Olvidé revisarle los contactos. Eso es».

Ya tranquilo por haber encontrado el problema, pudo seguir invocando el pasado e inevitablemente tuvo que hacerlo pensando en su padre, viéndolo en la mesa como a un hombre sabio y capaz de resolverlo todo. Eso lo obligó a tirar un ancla para permanecer en ese mar de recuerdos infantiles que llenaba su cabeza. Mientras terminaba con éxito de reparar los contactos, recordó lo que pasó al día siguiente, cuando

su padre lo llevó por primera vez al pueblo para comprarle esa batería nueva.

El viaje comenzó temprano en la madrugada de la selva, cuando las siringas estaban húmedas y los pájaros permanecían ocultos en sus altos nidos. A esa hora —que Eliécer nunca supo— y alumbrado por una luz tenue, vio venir por el pasillo la pequeña silueta de su padre que se fue agrandando hasta llegar a despertarlo con una caricia tierna, invitándolo a dejar su cama caliente.

«Eliécer despierte, levántese hijo, limpie la bacinilla, lávese la cara y muévase que tenemos que alcanzar la escalera».

Pero antes de que su padre le dijera esas palabras, Eliécer hace mucho rato estaba despierto, solo pretendía no estarlo cerrando los ojos. No había podido dormir pues se había pasado la noche entera imaginando el pueblo, la tienda de relojes y el bus de escalera.

Su padre capturó una gallina del corral por las patas, la hizo prisionera con una cabuya y se la echó al hombro sentenciándole la muerte. Tomó de la mano al pequeño y partieron bajo la luz todavía viva de la luna. Caminaron casi dos horas con machete en mano, lacerando las trochas que comunican la selva con el asfalto. Alrededor todo era densidad, lardillas, cadillos, murmullos de animales, escurridizas lagartijas y hambrientas sanguijuelas. Eventualmente aparecía una casa solitaria, delatada entre la maleza por el olor de la madera ardiente que alimentaba su fogón humeante, moradas de otros indígenas con los que Eliécer iba a la escuela. A medida que avanzaban, las trochas se hacían caminos y los caminos carreteras, la vegetación se encogía y todo dejaba de ser gigante,

hasta que guardar el machete en la funda les indicó la llegada a la autopista. Los ojos aún somnolientos del pequeño se hicieron grandes cuando vio por primera vez esa conexión interdepartamental de doble calzada. Una serpiente gigante con escamas de brea, sobre la cual se desplazaban camiones, buses y volquetas que generalmente venían de las minas, escupiendo humos tan pesados que levitaban en el aire; venenos que irritaban los ojos y revolcaban los estómagos de quienes los respiraban.

En el paradero al borde de la autopista ya había gente esperando con cerdos, costales llenos de tubérculos, alambreadas, cajas de cartón, motores de lancha, cilindros de gas, pinturas, herramientas, combustibles, ollas, ropa, preocupaciones, tristezas, esperanzas y alegrías. Todos listos para viajar al pueblo, sin importar la congestión de los domingos y si el viaje debía hacerse dentro o sobre el techo de la escalera.

La madrugada se despidió y llegó la mañana acompañada de un sol brillante que doraba los rostros de los pasajeros y les humedecía sus espaldas. El viento tibio se movía con paciencia y los cuerpos sin lavar lo curtían todo con un olor amargo. Era evidente que la escalera estaba retrasada y cuando Eliécer comenzaba a perder el entusiasmo del viaje, esta llegó tocando las bocinas y reviviendo la clientela toda apaciguada por la espera. En un parpadeo, los más vivaces y expertos saltaron como panteras y ocuparon el poco espacio disponible, pero para fortuna de los más tímidos y dormidos, todavía podían subirse al techo, un lugar reservado para los que no temían viajar al lado de la muerte.

Era la primera vez que Eliécer cabalgaba ese animal de cuatro ruedas. Esa bestia que rugía al cambiar velocidades y que sacudía la gente cual chalupa en la corriente. En el techo, su padre y Eliécer se sujetaban de la baranda con ambas manos. El niño estuvo realmente asustado en un comienzo, pero cuando comprendió los principios de la inercia y la dinámica, se aferró con confianza para disfrutar de su periplo. Conoció otro mundo diferente al lado de la carretera. Vio pasar otra clase de vegetación, nuevos aromas, restaurantes, perros arrollados, militares marchando con armas de largo alcance y los esqueletos carbonizados de buses y camiones reposando en las cunetas.

La mañana se les hizo eterna y los pasajeros del techo terminaron cargando el sol del mediodía a cuestas, soportando el dolor de un espinazo entumecido, las piernas con calambres y las manos ampolladas. Pero el comienzo de los dolores indicaba también el final del viaje.

La escalera descendió al cañón donde la humedad en el ambiente se sentía entrar y salir de los pulmones. Estaban en un lugar profundo donde la montaña era cortada en mitades por el caudaloso río. Entre las paredes verdes que contenían el agua, una colosal estructura le daba continuidad a la serpiente: un hermoso puente de hierro y concreto elevado a una altura que daba vértigo. Siempre se preguntó aquel niño, inclusive de adulto, cómo construyeron ese puente volando sobre el agua sin ninguna pata que lo soportara. A sus costados tenía barandas amarillas y cables de acero tensionados que parecían responderle esa pregunta, pero él no entendía las pistas. En la parte inferior del puente se podía ver un enjambre de

cerchas y remaches observando la monotonía de las aguas turbias que fluían. Sobre lo más alto de la estructura se alzaba una cruz metálica y a un costado de la entrada, un letrero que decía: «Bienvenido a Toribio, municipio de paz y progreso».

Desde el puente y a lo lejos, donde el río daba la curva, se asomaba con timidez el escueto pueblo en cuyo centro había un parque en constante movimiento, y en el parque una iglesia que solo se diferenciaba de las cantinas porque sostenía un crucifijo de arena y cemento fabricado por las manos de un albañil experto. Ese parque, a su vez, estaba rodeado por pequeñas casas cuadradas, marcadas en su base con diferentes líneas de pantano que recordaban las pasadas crecientes del río. Todas repetidas y pegadas como siameses, algunas más elegantes que otras, pintadas de colores caribeños con tejas de arcilla y ventanas de madera siempre abiertas; pero todas por igual sobreviviendo. La geometría del lugar la determinaban callecitas estrechas llenas de cicatrices y boñigas secas. Estas servían como conexiones entre el parque y la zona del comercio, ubicada sobre la playa de cascajo al margen del agua. Lugar perfecto para el hacinamiento de moscas, zancudos, perros y ventas de pescado, sancocho y tripas fritas. Más adelante, cerrando la curvatura, se encontraban los toldos que exhibían sus mercancías sobre el piso o en carretas. Allí se podía comprar ropa, animales, ferretería, medicinas, artículos religiosos, de belleza, pócimas de chamanes, y finalmente los radios y relojes que no dejaron dormir a Eliécer.

Mientras terminaban las protestas de los pasajeros insatisfechos y adoloridos, negados a pagar por el retraso y mal

servicio, Eliécer y su padre estiraron sus músculos y traquearon las coyunturas. Pagaron el pasaje y encontraron la gallina confundida entre costales, casi muerta antes de tiempo. El padre se la echó al hombro y bajaron una resbalosa cuesta que los condujo directo al centro del pueblo. Eliécer agudizaba cada uno de sus sentidos, estaba maravillado con ese lugar hediondo que vibraba con el sonido de la cumbia y la ranchera. No era como lo había imaginado desde la noche anterior. Era más impresionante y más hermoso que en sus pensamientos.

Ya en el parque su padre le dio una instrucción importante: en caso de extraviarse, se encontrarían de inmediato en las tres escaleras que pretendían ser el atrio de la iglesia. Después de la explicación fueron a vender el ave, la negociaron por comida y unos pesos extra. En la misma tienda donde la vendieron almorzaron sancocho de gallina y comieron fritanga hasta sentir los labios aceitosos y el estómago protestando. Luego fueron a comprar un machete y mientras su padre regateaba el precio, el niño hipnotizado por el entorno, no pudo contenerse y siguió su camino en busca de la tienda de radios y relojes.

Ignorando la única orden que le dio su padre, se abrió paso entre piernas de adultos, algunas mutiladas por las minas. Caminó con timidez por los estrechos callejones y carreteras, escapando de humos con olores y de los aprovechados vendedores. Preguntó varias veces y así logró llegar a su destino, fácil, porque solo había una tienda de ese tipo. Allí amplió sus párpados rasgados para despejar las dos esferas color petróleo que llevaba por ojos, para ver al frente suyo una caseta pintada con publicidad de cerveza y llena de radios y relojes exhibidos

como si fueran racimos de plátanos. Con la dificultad que le causaba todavía leer, pudo organizar las sílabas y entender lo que decía el letrero del techo: «Ra-di-os y re-lo-jes To-ri-bi-o». Corrió atraído por las centellas del oro falso y del plástico metalizado de los relojes, pegó su frente y manos sudorosas al vidrio de la estantería de comida, adaptada para la muestra de diferentes artilugios. Con cada respiración de su boca ensuciaba más el vidrio, y allí quedó estampado unos segundos, como una mosca de panadería, hasta que un grito lo sacó del trance: «¡Retírese de ahí, jovencito! ¿Va a comprar algo?», dijo el vendedor con el cabo de una escoba en la mano. Este lo obligó a retirarse de la vitrina y fue solo en ese momento que Eliécer se dio cuenta de lo solo que estaba, tan perdido que dejó escapar un llanto de terror. El vendedor que limpiaba las huellas y el sudor del vidrio con un trapo rojo, lo entró a la tienda compadecido por esas lágrimas inocentes. Sabía que era un niño extraviado pues nunca lo había visto por esos lados. Eliécer solo se calmó cuando el vendedor lo dejó tocar y ver de cerca los relojes y las cajitas de las baterías de diferentes tamaños y colores. Entonces cuando se olvidaba nuevamente de su padre, un grito y una palmada en la cabeza se lo recordaron.

«¿¡Qué te dije cuando llegamos al parque!? —le preguntó su padre confundiendo la rabia y la felicidad—, que si nos perdíamos me esperaras en el atrio de la iglesia. Llevo más de una hora buscándote. ¡Mocoso desobediente!».

Con ese regaño y ese golpe, el niño Eliécer del pasado reaccionó y regresó al presente convertido otra vez en el Indio zarrapastroso. Extrañó a su padre con dolor, pero no era

tiempo de tristezas ni más recuerdos de pueblos apestosos. Estaba feliz y satisfecho porque había terminado de reparar el reloj, pero sobre todo porque le iba a callar la boca al doctorcito ese. Su orgullo cojo se puso de pie y caminó erguido junto a él.

Salió corriendo del cuchitril, atravesó el parque y golpeó la puerta de su cliente tres veces, como siempre, muy cuidadoso de hacerlo educadamente. Esperó un instante en silencio y como no le abrían dejó el dedo en el timbre (intentaba recordarle al casero que debía reparar el del cuchitril).

—¡Ya bajo, ya bajo! —se escuchó la voz de don Enrique opacada por pasos en la escalera.

Abrió sorprendido y antes de que pudiera abrir la boca, Eliécer con una sonrisa que conectaba orejas, le dijo:

—Espero sepa disculparme por las molestias y la tardanza doctor, aquí está su reloj como se lo prometí. A las cuatro en punto, cumplidamente.

Don Enrique revisó el reloj buscando algo para decir, pero funcionaba perfectamente, entonces sacó su billetera y le pagó la plata al Indio zarrapastroso.

Regresó a su casa levantando la copa, caminando con calma y saboreando la victoria representada en ese billete de veinte, con una actitud tan liviana que le permitió seguir esculcando en su memoria. Regresó a lo que dejó empezado: el regaño que lo sacó de la tienda de radios y relojes.

Luego de que su padre se calmó, agradeció al vendedor por cuidar de su hijo y le compró la nueva batería. Eliécer se vio recibiendo en sus manos pequeñitas, hechas una taza, como si fuera a beber agua del grifo, la batería nueva que

venía empacada en una cajita verde marcada con letras chinas negras. Una cajita que por años conservó el niño bajo la almohada hasta que se la comieron las polillas.

Cuando iban de regreso al paradero de la escalera, su padre se detuvo en la iglesia y entró para hacer una petición. «Por favor Dios mío, aleja a esa gente de mis tierras y protege a mi familia», dijo mientras besaba los pies sangrientos de un cristo moldeado en yeso. Ya se habían comenzado a escuchar rumores en el pueblo de otros indígenas que tuvieron que abandonar su hogar y sus tierras por las amenazas del plomo y las motosierras.

Al tiempo que su padre seguía orando, Eliécer se fue a sentar en la banca de atrás donde destapó el reloj con la navaja que cargaba para cazar chigüiros. Abrió la cajita verde cuidadosamente para no dañarla y sacó la batería con sutileza, tratándola como a una mascota viviente. Se movió como las sombras sin hacer ruido y le puso el nuevo corazón al muerto. Imitando los gestos de su padre, con los ojos cerrados, le pidió al mismo cristo que su reloj resucitara, y cuando los abrió, efectivamente, la baratija había vuelto a la vida. Mirando al cielo dio gracias por el milagro.

Eliécer sonrió en el presente recordando ese momento mágico mientras abría la puerta del cuchitril. Sacó el billete del científico que escribió las fórmulas del movimiento de la luna y se persignó con él. Sintió todavía el olor del agua de panela encerrado entre la casa, abrió entonces la ventana para ventilarla y fue a guardar la plata en la caja de galletas vacía que funcionaba como alcancía. Pero primero revisó la bille-

tera para hacer un análisis contable y su saldo le obligó a conservar el billete en lugar de depositarlo. Cuando abrió la billetera, una foto de su esposa e hija cayeron boca arriba sobre las baldosas color hueso. Parecía que ese día la melancolía tenía urgencia de visitarlo y él, que disfrutaba siendo su anfitrión, no tuvo problema en hospedarla. Paralizado como un maniquí, exhibiendo la tragedia de una vida despiadada, se quedó mirando a sus mujeres impresas en el papel y aún tiradas en el suelo. Trató de abrir varios cajones en los archivos de la memoria, esos que estaba esculcando ese día, pero esta vez la nada que le llenó la cabeza se lo impidió. Buscó entonces su recuerdo favorito para facilitarse la tarea: el día en que nació Ayelén. Sin embargo, con ese atajo tampoco tuvo mejor suerte.

Ya había tenido algunas pérdidas de memoria esporádicas, pero lo más grave hasta el momento había sido levantarse tarde por no darle cuerda a la alarma. Por eso esta vez sí se asustó, porque además de no poder abrir los cajones, en esos segundos en los que estuvo paralizado olvidó su nombre. El pánico le hizo perder las fuerzas y dejó caer la billetera al piso. El sonido del cuero golpeando la baldosa lo hizo reaccionar. Al inclinarse para recoger la foto, se miró las manos, su carne trigueña y sus lunares en la muñeca. Se sintió otra persona invadiendo su propio cuerpo. «No puedo perder lo único valioso que me queda. Mis recuerdos. ¿Será que me estoy enloqueciendo? ¿Si será verdad que los nervios me están matando?», pensó mientras se paraba guardando nuevamente la foto en la billetera.

Después del desagradable incidente se fue a buscar la carta con urgencia. La conservaba cuidadosamente en la misma carpeta vieja de cartón, revuelta con remendados papeles notariados en los cuales se resumía su vida ante el Estado, otras fotos más antiguas y borrosas y la colilla de una boleta de cuando su equipo ganó el campeonato. Esa carta guardaba las únicas palabras que le quedaban de su familia. En ese papel estaban impresos por el puño de su mujer, sus últimos pensamientos. Era un monólogo afable que siempre le curaba el alma al leerlo, una medicina, por eso fue a buscarla para aniquilar por completo lo que acababa de sentir.

Mientras registraba la carpeta, se imaginaba a su esposa hablándole al oído y repetía en voz baja las palabras con las que terminaba la carta y que se sabía de memoria después de veinte años de leer lo mismo: «...Sé un hombre fuerte como siempre lo has sido. Ten paciencia que pronto vamos a reunirnos, nuestra ausencia es pasajera, no te preocupes que estaremos bien bajo la protección del Profe. Te amo con todo mi corazón. Tu esposa por siempre. Victoria Tabaquichá». Pero de repente y por cuarta vez sonó la maldita puerta. Esta vez el sonido fue diferente, porque ahora sabía que esos golpes pausados y decentes, significaban lo que había estado esperando. Eso le aceleró el corazón y desistió con la búsqueda del papel, debía atender al hombre que lo estaba esperando al otro lado de la puerta para extorsionarlo. «¿Por qué siempre a mí, Dios mío?», se preguntó apretándose los dientes, mordiendo la rabia con sus muelas.

Pegó su ojo a la mirilla de la puerta con la última esperanza de que fuera un vendedor de biblias. Pero desafortunadamente no era, ahí estaba, en cambio, ese desagradable personaje con la calva amplificada por el lente, con el casco en el suelo y su moto reposando en silencio. Era el mismo que lo visitaba semanalmente para cobrarle los cincuenta mil pesos, la cuota obligatoria que debían pagar los comerciantes del barrio. Entonces, sin más remedio, abrió la puerta y de inmediato ese vapor del perfume barato le contrajo las fosas nasales, sintió náuseas y repugnancia, estornudó dos veces.

—Buenos días don Eli, ¿cómo le va hoy? ¿Si ha descansado? Parece enfermo —le preguntó el calvo—. ¿Estuvo buena la fiestica de anoche? Por ahí ya me contaron. Usted sabe que en estos barrios los chismes vuelan.

—No señor, cómo se le ocurre, la gente que inventa de todo —respondió Eliécer—. Fueron solo unos traguitos, usted sabe que de vez en cuando...

Y antes de que siguiera hablando de temas que a nadie le interesaban, el hombre de la moto lo interrumpió.

—Vea Indio zarrapastroso, no me haga perder el tiempo. Mire bien esta pantalla ¿Usted sí ve quién es el de las fotos? —el calvo tenía su teléfono en la mano e iba pasando imágenes con el índice—. Abra bien esos ojitos chinos, porque ese que le estoy mostrando es usted caminando por el parque, tomando tinto en la panadería, inclusive mire pues esta joyita, entrando a ese putiadero de mala muerte. Yo no creí que usted se pusiera en esas a estas alturas de la vida, es más, dudo que todavía se le pare... —dijo el calvo con ese mal humor tan predecible. Se guardó el teléfono y agarró a

Eliécer por el cuello del delantal con ambas manos—. Si tiene plata para estar gastando en putas y trago, entonces tiene para pagar la cuota, recuerde que esta ya es la cuarta semana y yo no soy un banco. ¿O usted cree que estoy jugando? Y no piense que estas fotos se las estoy mostrando porque sale muy lindo. Al patrón nadie se le vuela, él tiene vigilado todo el barrio, toda la ciudad, el país entero. Y ojalá esté pensando en volarse porque lo encuentro así sea en veinte años y le cobro ya sabe cómo —el calvo le soltó el delantal y se lo organizó nuevamente como si fuera un niño saliendo para el colegio.

—¿Qué le pasa Eliécer?, no se me ponga pálido, no crea que lo estoy amenazando, lo estoy es aconsejando. Usted sabe que nosotros lo que hacemos es cuidar a la gente, debería estar agradecido, con tanta rata que hay por ahí suelta. En dos días vengo por lo mío. Que la virgen lo acompañe. Suerte.

Eliécer quedó como la estatua del parque: inmóvil, indefenso y abandonado. Aferrado al marco de la puerta como si lo hubieran crucificado, viendo al calvo alejarse en su moto mientras que él trataba de tragarse esas palabras que parecían clavos.

El perfume se fue persiguiendo al motoneto, pero el olor le quedó impregnado a Eliécer hasta el interior de los lagrimales. Cuando por fin reaccionó, caminó de regreso a su habitación evitando las arcadas. Fue a terminar con más urgencia lo que había comenzado; buscar la carta. Ahora sí que la necesitaba como un antídoto luego del ponzoñoso agujijón que le quedó enterrado. Pero nada que la encontraba por ningún lado. Buscó una y otra vez, revisó cada papel notariado, miró tres veces el mismo documento, por delante y por detrás

con la esperanza de que alguno se convirtiera en la carta como por milagro. Trató de analizar dónde la había dejado, pero su furia no le permitía pensar bien. Tiró al suelo todo lo que encontró a su paso, su reloj despertador, un libro, las cuentas de la luz. Sacó del cajón otros papeles insignificantes y como no encontró la carta, también los tiró al suelo y los pisoteó como si fueran cucarachas; revisó bajo el colchón, en sitios sin sentido como el gabinete del baño, bajo la mesa, bajo la silla, en la alacena, en los bolsillos del pantalón y no aparecía la carta.

«¿Qué te está pasando, Eliécer?, tienes que tranquilizarte y pensar con calma», pensó en tercera persona como si eso le fuera a dar mejor resultado. Sentado en el borde de la cama, igual como empezó ese mal día, tomó la posición ergonómica del derrotado: apoyó sus codos en las rodillas, encorvó su espalda, sostuvo su cabeza con ambas manos y se quedó mirando fijamente el suelo clavando la mirada entre sus chanclas. Pasó un momento con la mente en blanco y cuando estuvo más tranquilo estudió detenidamente los papeles que había pisoteado. Eran unas fotocopias viejas, un trabajo que nunca le reclamaron y fue entonces cuando recordó: «¡la fotocopidora!». Brincó de la cama como un resorte y se fue al comedor, donde el reducido espacio lo ocupaba dicha máquina, descompuesta desde hacía casi un mes. Levantó la tapa y ahí estaba la carta. Se golpeó un par de veces la frente, como queriendo reparar un televisor viejo, se acostó en la cama exhausto y la leyó. Eso lo tranquilizó y pudo dormir profundamente.

«Papitooo, mamitaaaaa cómprame un heladitooo... Llegó helados La Fuente, rico, cremoso y sabrosito, aproveche la promoción: dos litros de helado por solo cinco mil pesitooooos... Sí señooooorr, solo cinco mil pesitos, aproveche».

Eran las voces aguda y grave de un niño y un adulto acompañados por una música de carrusel de feria. Un sonido grabado en una cinta magnética que repetía las mismas oraciones sin descanso. Algo más profesional que la publicidad de Memo pero peor de destructivo. Para los oídos de Eliécer, la misma tortura, solo que esta vez amplificada no por uno, sino por dos megáfonos encima de un carro. Desconsolado el pobre, abrió los ojos y clavó su mirada en las burbujas de pintura creadas por la humedad del techo. Mientras más trataba de dormir, más despierto se sentía. Se enrollaba la cabeza con la almohada, se metía los índices hasta los tímpanos y daba vueltas en la cama tratando de atrapar un sueño ya desaparecido. Aceptó entonces que no dormiría nuevamente y sonaron las campanas de la misa de siete. Muy tarde para alcanzarla.

Se asomó por la ventana, la luz del cielo era entre azul y morada. Prendió la radio tratando de aniquilar el sonido del vendedor de helados pero era invencible. Trató de concentrarse en la terrible noticia del terremoto en Haití, pero ni siquiera eso pudo. Entonces con la paciencia agotada salió disparado hacia la puerta con la determinación de pelear por su derecho a ser un simple hombre enguayabado y sentenciado a muerte. Abrió y ahí estaba parqueado, justo al frente de su

casa, el Renault 6 color verde cuya carrocería parecía un sapo gigante.

Eliécer se fue a exigir que le bajaran el volumen al aparato, pero primero cerró y guardó en la casa su letrero en forma de «A». Regresó dispuesto a dar la pelea o por lo menos eso era lo que tenía en mente, porque cuando los autores de la grabación, padre e hijo, se le acercaron sonrientes creyendo que venía a comprarles helado, Eliécer quedó desarmado. Sintió una profunda lástima, la rabia se le transformó en vergüenza al verse reflejado en el rebusque y en las caras de la pobreza ganándose la vida como él, de manera honrada y con orgullo por el trabajo. Así que no le quedó más remedio que tragarse su discurso bélico y comprarles una caja de helado.

Regresó a su casa más tranquilo, como si ese episodio lo hubiera exorcizado. Inclusive el ruido dejó de molestarlo. Se dio una ducha de agua fría que lo despojó del sudor de dos días. Al salir del baño se asomó por la ventana nuevamente y la calle se había transformado, las lámparas de mercurio ya habían pintado de amarillo la cancha y los adoquines del parque. Sintió mucha hambre, abrió la nevera y sacó lo único que tenía: leche, huevos, azúcar y vainilla transformados en esos dos litros de helado. Comió casi media caja pero su estómago y cabeza le advirtieron que parara. Salió entonces a buscar comida barata, sal y grasa. Se fue directo al bulevar gastronómico para quienes desean comer parados, ubicado a ambos lados de la avenida que termina en el estadio, sobre dos aceras paralelas saturadas por sombrillas de colores con focos colgando como vampiros que succionan el alumbrado público. A pesar del hambre y de los olores que se atravesaban en su

camino, Eliécer seguía caminando sin detenerse, con las manos en los bolsillos y observando sus propios pasos. El problema era serio, ya lo habían sentenciado. Entonces evitó las empanadas, los chócolos y las hamburguesas, para detenerse en una venta de minutos y hacer una llamada.

—¿Aló? ¿Sí? ¿Quién habla?

—Hola Memo, Soy Eliécer, qué pena molestarlo —dijo bostezando.

—¡Qué hubo hermano! por fin aparece. ¿Está bien? Me tenía preocupado.

—Memo, necesito de su ayuda, esto está muy serio, tengo un mal presentimiento —dijo Eliécer tratando de ensamblar su voz que le salía por pedazos—. Sí volvió el hijo de puta ese. Me dijo que tenía dos días para pagarle. Yo de dónde me voy a sacar esa plata, Memo, estoy muy asustado. No sé qué... Ayúdeme por favor.

—¿Como de cuánto estamos hablando?

—Doscientos mil.

—¡Mierda, compadre! Pues en este momento no tengo esa plata, pero tranquilo que hacemos lo que le propuse esta mañana. Véngase para mi casa, no se exponga a que le metan su plomazo. Súbase en el primer bus mañana temprano.

—No sabe cuánto le agradezco, mi hermano... —Eliécer iba a seguir con su desahogo pero se tragó su drama para no seguir fastidiando, sabía que de todas formas no había más opciones—. Mañana subo entonces. Mi Dios le pague, compadre. Gracias.

II

Salió como los chigüiros que cazaba, con miedo y huyendo de la selva. Evitando traspasar la delgada frontera que separa la cordura de la demencia. Acababa de abrir una caja de cartón con la cabeza de su padre adentro.

—¡Rápido, hija, muévase, empaque! Saque lo que pueda, no sé, use una sábana, hay que salir antes de que lleguen, deben venir en camino —le dijo Eliécer a Victoria mientras llenaba un maletín con herramientas y repuestos—. Ayelén, ¿dónde está la niña?...

Esa noche dejó su casa para largarse lejos. Salió sin linterna, sin un plan e indefenso. Solo cargaba lo que alcanzó a meter en aquella sábana, unos billetes escondidos en una media, el maletín y un papelito con un número de teléfono.

Corrieron tan rápido como se los permitió el pantanero, eran tres espectros que iban interrumpiendo la niebla y el sueño de los tigrillos. Eliécer dirigía la fuga como podía. De su espalda y su frente colgaba un bulto, en una mano el

maletín y en la otra la mano de su esposa apretándolo fuertemente para no caerse. Iban los tres conectados como una cadena donde los eslabones se arrastraban mutuamente. No se permitían rezagados porque podría significar la muerte. Avanzaron recto y fotografiando por última vez, al mirar atrás, el hogar abandonado que se fue desvaneciendo hasta desaparecer a lo lejos. Sus fuerzas se las daba el instinto de supervivencia. Atravesaron las trochas que conducen a la carretera y al paradero de la escalera. Hora y media de exigirle al cuerpo. Cuando llegaron al destino, se escondieron paralizados por el miedo. El asfalto de la carretera reposaba en absoluto silencio mientras que a sus costados los aturdiría el canto de las chicharras que se alertaron con su presencia. Sus cuerpos producían solo el sonido de la respiración acelerada y no comentaban nada. Así trataban de sobrevivir a ese apocalipsis que sus vidas iban escribiendo.

Eliécer miró la baratija gringa que todavía conservaba, ya había pasado la media noche. Permanecieron abrazados todo el tiempo, eran un solo cuerpo que buscaba protegerse del frío y de las imágenes macabras que deambulaban sus cerebros. Se escondieron en una cuneta por la cual pasaba un delgado hilo de agua. Le preguntaban insistentes el tiempo a las manecillas, y mientras más le preguntaban este se hacía más lento. Permanecieron más de cinco horas allí congelados, protegidos solo por unos trapos húmedos y el techo de la bóveda celeste.

Al amanecer, una amilanada luz comenzó a desnudar los colores y las formas. Vieron entonces el estado de sus rostros como nunca antes. Eliécer fue saliendo lentamente de la

cuneta arrastrándose como un lagarto por el suelo, buscando el calor remanente del asfalto. Primero asomó la cabeza y estudió el perímetro, luego salió completo y se tendió al borde de la carretera, esperó paciente agudizando el oído y al no escuchar movimiento se incorporó nuevamente. Tomó el riesgo de recibir ese tiro de fusil del que estaba escapando, pero comprobó de pie que no estaban cerca. Sabía que los uniformados podrían cazarlo sin importar la presencia de su familia, sin piedad, como a una presa. Y a eso le temía más que a su propia muerte.

La tierra giró y el sol dejó de ocultarse tras la montaña, el paradero se fue llenando con gente que también venía a esperar la escalera. Eliécer distinguió algunos rostros, se sintió más seguro y se tranquilizó un poco, pero su mirada seguía siendo la de un loco perdido. Luego dio una señal y su esposa e hija salieron de la maleza para camuflarse entre los pasajeros. Estos al verlos en semejante estado, adivinaron fácilmente la escena de la noche anterior. Por esos días ya no era ningún secreto, ya no se hablaba de un difunto o de una lápida, se hablaba de masacres y de fosas comunes. Y esos pasajeros sabían bien que la noche de ese loco podría haberle tocado a ellos. En Eliécer vieron un espejo.

—Buenos días don Eliécer —se escuchó solo un corrillo que evitó miradas directas y comentarios extras. Todos voltearon hacia otro lado o pretendían estar ocupados con sus bultos. Pero era evidente que estaban conectados por un miedo común. Cuando por fin llegó la escalera tocando pito, rompieron ansiosos con el incómodo silencio y se desconectaron nuevamente.

La familia Chiguasuque Tabaquichá abordó y logró llegar a salvo hasta el pueblo, al lado del puente. De allí continuaron viajando por más de dos meses en diferentes medios de transporte, a pie, en bus, en camión o en lancha. De sur a norte, de occidente a oriente, cortando un costado del país diagonalmente. Pasaron por caseríos, veredas y más pueblos que se fueron expandiendo en cantidad de gente, hasta que terminaron el viaje en un sitio donde el Indio comprendió el significado de la palabra ciudad. A ese laberinto de paredes, parques con fuentes vacías, puentes adornados con piedras afiladas para que los pordioseros no durmieran bajo ellos, habían llegado para pedir socorro, alguna mano extendida del Estado. Pero para ese monstruo burocrático, Eliécer y su familia no fueron más que números y estadísticas. El Indio tuvo que salir de las oficinas gubernamentales cargando entonces con su alma desterrada a cuestas, deambulando como un expatriado en su propia patria y descubriendo lo que llamaban «el Nuevo Mundo».

Habían pasado siete días viviendo en las fauces de esa fiera sin bozal y desde que se bajó en la inmensa terminal de buses no había parado el desafío a su intelecto. Trataba de encontrar su supervivencia en la ciudad, de modo que le permitiera volver a llenar la media. Y le fue difícil inclusive, con su familia hambrienta, no pensar en la opción del robo y del atraco. Se instaló en el centro del centro, en una cuadra continua a la catedral metropolitana, un lugar donde no había nada verde y donde el cielo y las nubes no se veían completos, solo en pequeñas porciones enmarcadas por edificios viejos. Vivía en una zona que mutaba siempre. De día el comercio,

parqueaderos, vendedores ambulantes, artesanos, bancos y oficinas del gobierno. De noche las cantinas, las balas perdidas y los bares de travestis. Se hospedó en una pensión de corredores estrechos, largos y oscuros, baño compartido y luz roja alumbrando toda la noche. Le advirtieron que ese no era lugar para menores, pero la posibilidad de pagar el día a día, y no por adelantado, lo obligó a ignorarlo. Además sería temporal, tal vez el Profé podría ayudarlo.

Era el día octavo y se despertó temprano como siempre, se fue a buscar trabajo y seguir llamando a ese personaje que lo convirtió en un hombre en aquella inolvidable fiesta de quince. El que fue el mejor amigo de su padre y a quien apodaban el Profé, porque eso era, el profesor de álgebra en la escuela donde estudio Eliécer. Un personaje culto y pensativo que parecía un árabe, como el mismo Al-Juarismi, el de la portada del clásico libro de Baldor. De aristas faciales agudas y piel canela oscura, siempre barbado y con la nariz grande y aplastada como la de un camello. En el pueblo lo miraban raro, porque cada que se emborrachaba hablaba de sus misiones secretas. Quería recorrer los pueblos del país haciendo concursos de álgebra y apostando plata. Contaba en los salones de clase, que hace muchos años existían comerciantes en países lejanos del Medio Oriente, que viajaban a través del desierto apostando camellos al que pudiera encontrar el valor de «X» y destruir corchetes. Pero esas ideas se esfumaron rápido del pueblo, porque un día tuvo que largarse tan lejos como Eliécer, luego que el cura dijera en la misa del domingo, con la iglesia llena, que lo excomulgaba por ateo, co-

munista y brujo. Pero entre los mismos borrachines que siempre cuentan las verdades, se decía que fue por orden del mismo Señor de las Bestias que don Bernardo y el alcalde lo habían amenazado de muerte.

Del Profe solo quedaron entonces sus historias fantásticas, que eran miles, y un papelito con un número de teléfono. El mismo que sacaba Eliécer esa mañana, metido en una cabina telefónica roja con forma de cáscara de huevo:

—¿Sí? ¿Quién habla?

—¿Aló, Profe? Soy yo, Eliécer, llevo varios días intentando comunicarme.

—Número equivocado —respondió la otra voz sin pensar, como si ya lo hiciera de costumbre.

—Un momento, por favor no me cuelgue, en verdad soy yo, Eliécer. Eliécer Chiguasuque.

—¿Eliécer? ¡Qué alegría tan enorme! —dijo el Profe evitando un llanto que parecía venirse—. ¿Dónde está?

—En la ciudad, acá mismo en el centro llamando desde un teléfono público.

El Indio hablaba cubriéndose la boca y la bocina con una mano, vigilando que no llegara nadie.

—Lo siento mucho Eliécer, ya me enteré de lo de su padre. Si Dios no me perdona nunca, espero que esta vida alcance para que usted me perdone.

—Pero cómo se le ocurre decir eso Profe. Usted no tiene la culpa de nada.

—Yo nunca debí involucrarlos en esto, mire como terminamos. Lo de su padre fue demasiado.

—Tranquilo Profe, como una vez usted lo dijo, en la vida hay situaciones que son como el menos antes del paréntesis. Además nosotros lo único que hicimos fue defendernos. Así ha sido siempre y así seguirá siendo. Todos llevamos un naborí por dentro.

—Sí, es cierto, pero lo único que logramos fue el destierro y la muerte —el Profe cambió de tema tajantemente.

—Dígame dónde podemos vernos, es peligroso que hablemos por teléfono. ¿Usted le ha dicho a alguien que me conoce? ¿Alguien más sabe que está en la ciudad?

—Pues como no había podido comunicarme, tuve que ir a las oficinas del gobierno a pedir ayuda y me tomaron unos datos personales, llené unos formularios, algo muy sencillo. No he hablado con nadie más, no conozco a nadie.

—Tengo que colgar. Yo lo busco más tarde. ¿Dónde lo encuentro?

—Búsqueme donde reparan los relojes, por las loterías, diagonal a la escultura de la gorda... —el Profe colgó de inmediato sin despedirse para evitar que Eliécer diera más detalles.

Las calles habían amanecido brillantes, llovió la noche anterior y todavía se sentía el olor a polvo húmedo que comenzaba a evaporarse. Las alcantarillas trataban de digerir el agua y la mugre restante. Los vendedores de calle llegaban a ocupar sus sitios, los quioscos de revistas exponían los titulares: «Alberto Fujimori gana las elecciones del Perú» y las rejas protectoras de los locales se enrollaban creando un concierto de cadenas y metales. Los jubilados comenzaban a reunirse en las bancas del parque y sobre sus cabezas canas se confundía el

humo del café con el del cigarrillo. Los buses estacionaban para empezar a vomitar ríos de gente.

Eliécer trataba de encontrar su espacio en aquella monotonía de la ciudad. Sus dos mujeres en la pensión estaban a punto de lanzarse a la mendicidad y él debía ejercer su arte. Salió del cascarón de huevo rojo decidido, pasó las elevadas columnas en construcción que atravesarían el centro como vértebras y sobre las cuales circularía el futuro tren. Pasó frente a la gorda de bronce brillante, mirándola fijamente, tratando de descifrarle los genitales y preguntándose qué estaría pensando el artista para esculpir ese torso. Atravesó la gran avenida y finalmente llegó a la calle donde se reparan los relojes. Tal como le había explicado al Profe.

Por ese sitio solo podía transitar un carro, pero ninguno se atrevía a hacerlo. Era una antigua calle estrangulada por edificios y por una iglesia colonial bañada en cal. Cuando llegó el Indio, ya se peleaban el espacio disponible los peatones, los relojeros, las revistas pornográficas, las camándulas, los escapularios y toda clase de perfumes de imitación. Sin embargo, y sin más opciones, en medio de ese callejón se paró con su maletín en la mano con la esperanza de que alguien hubiera dejado un sitio libre.

Encontró una posibilidad, algo frente a una cafetería. Como no había desayunado todavía, los olores a pollo frito le produjeron un hambre insoportable. Entró a comprar una sola empanada y para no pensar más en la plata, se dijo que lo hacía como estrategia, porque a través del ventanal podía estudiar mejor el terreno. Salió apenas engañando el estómago

por un instante y lentamente se fue acercando al sitio, haciéndolo por estaciones. Se paró allí unos minutos, disimulando como si fuera un turista perdido. Miraba arriba y a los lados, se ponía una mano sobre las cejas en forma de visera para mejorar la vista. Comprobó unos minutos que no fuera el espacio de alguien y como nadie dijo nada, fue abriendo su maletín y lo descargó en el suelo. Cada movimiento que hacía era vigilado atentamente por los otros relojeros. Fue un acto bastante incómodo, como desnudarse ante un montón de gente. Entonces trató de imaginar que estaba solo, que todo alrededor era solamente ruido molesto pero inofensivo.

—Relojes, se arreglan los relojes, manillas, se cambian las manillas, todas las marcas, cambio de pila, mantenimiento... —comenzó a gritar el Indio para entrar en confianza y esperar las reacciones.

Pero los relojeros vecinos empezaron a codearse, a murmurar, a intercambiar secretos. Al Indio se le calentaron las orejas, se puso rojo, sintió vergüenza.

—Hey, vecino, ¿cómo va el camello? —preguntó uno de los relojeros—. ¿Nuevo por estos lares?

Por ser el primero en preguntar, por sus ademanes y por su confianza en el hablar, parecía ser uno de los antiguos. Un conocedor del terreno. Al menos así lo percibió Eliécer.

—Buenos días compadre, me llamo Eliécer Chiguasque, mucho gusto, para servirle. Sí, soy nuevo y estoy tratando de hacerme algoito, me especializo en reparar relojes. ¿Hay problema que trabaje por estas calles?

—Pues qué le dijera yo, vecino, sí y no. No, porque por nosotros, hágale, y sí porque estas calles tienen dueño,

usted sabe... —el relojero se fue a atender un cliente y no volvió a hablarle.

Pasaron un par de horas y las calles aturdían.

«La pila, la pila, a mil, a mil, sí hay, sí hay, lleve, lleve, bien pueda entre, a la orden, ¿qué se le ofrece? La pila, la pila, a mil, a mil...». Hacía calor, el sol de la mañana se quedaba atrapado en ese callejón y se mezclaba con otros tantos vapores. Pero por más gente que recorriera el sitio, nada de clientes, ni un reloj para reparar, ni una manilla para cambiar. Entonces el Indio se sentó en el suelo a descansar las piernas, desconsolado el pobre. Comenzó a desesperarse, a pensar nuevamente en la opción de la violencia, a llenarse de rabia, de resentimientos y de rencores. Quería que el Profé llegara a buscarlo, a rescatarlo y cuando creía que su vida no podía ser peor, vio que le había llegado un cliente.

—Buenos días, socio, ¿cómo le va? ¿Usted es el nuevo?

Ante sus ojos vio unos tenis blancos de marca ahorcándose con la lengua afuera. Comenzó a recorrer al cliente con sus ojos. Vio unos *jeans* juveniles de costuras fluorescentes, una chaqueta de cuero negra y un maletín colgado de medio lado como la cinta que les cuelgan a las reinas de belleza, unos ojos ocultos tras unas gafas oscuras y finalizando el recorrido vio una cabeza rapada a los lados y en la nuca unos remolinos de pelo abundantes. Eliécer se levantó para atenderlo.

—Buenos días, Eliécer Chiguasuque, mucho gusto, para servirle caballero ¿Le reparo el relojito? ¿Cambio de manilla? —el Indio extendió la mano pero no recibió respuesta.

—Mire, socio, hagamos esto rápido y por las buenas. Voy a ser directo. Le tengo dos noticias, una buena y una mala. La

buena es que nosotros estamos aquí para cuidarlo, somos la Asociación Unida de Comerciantes. Usted sabe que por acá es bien peligroso, se necesita protección para el empresario como usted. La mala es que gratis ni una patada en las güevas, como dicen. Pero no se asuste, como veo que usted está nuevo le vamos a cobrar una cuota mínima para que empiece bien. Cada viernes, paso por diez mil pesitos. Sencillo.

—Pero si yo no necesito que me cuiden, yo me cuido solo, para eso está la policía. Con todo respeto, no quisiera ese servicio, gracias. Además este es un espacio público, libre.

Pero antes de que Eliécer continuara con sus lágrimas de cocodrilo, el de la chaqueta negra le dijo:

—Vea Indio zarrapastroso, no se haga el pendejo. Váyase con esos discursos de guerrillero por donde vino. Primero que todo por acá no nos gusta su tipo de gente y segundo, ¿a usted quién le dijo que esto es libre? Libre solo de la piel pa' dentro, porque pa' fuera todo es del patrón, ¿o usted cree que estas calles no tienen dueño? ¿Que esta ciudad y este país no tienen dueño? Póngase a levantar piedras pesadas y verá cómo se le trepan las criaturas —el hombre abrió el cierre del maletín y le mostró la cache de un revólver—. O paga o se larga de aquí inmediatamente.

Eliécer cerró y recogió su maletín, lo cargó bajo la axila, agachó la cabeza y abandonó el sitio como se lo ordenaron. Se fue cubierto por las miradas de los otros relojeros y vendedores ambulantes que volvieron a intercambiar secretos.

Entró a la iglesia derrotado y buscando algún alivio, necesitaba hablar con alguien, desahogarse en silencio. Se arrojó en una banca de la nave central y pidió ser escuchado,

pidió más fuerza, un poco de piedad y tan siquiera un poco de suerte. Mientras rogaba al cielo, de pronto una voz se materializó a su lado y creyó que Dios le estaba hablando.

—No me mire, Eliécer, siga rezando, no se levante, no se mueva y escuche con cuidado.

La persona que lo acompañaba también estaba de rodillas, ocultando la cara entre las palmas de sus manos, imitaba el gesto del rezo. Eliécer lo distinguió por el rabillo del ojo. Era el Profe. Estaba transformado, lampiño, envejecido o disfrazado. Pero en su voz se sentía la fuerza de siempre, su piel seguía conteniendo el espíritu de un roble.

—Lo más seguro es que me tengan vigilado, disimule, yo no quiero involucrarlo más en esto, menos a Victoria y a la niña. Dígame donde están ellas que por ahora yo les llevo comida y plata, usted tranquilo que yo me encargo.

—Pensión «La Veracruz», pieza 5. Una cuadra después de la catedral —rezó el Indio— prométame Profe que sí...

—Tranquilo Eliécer, se lo prometo aquí ante Dios. No se preocupe por ellas. Seguimos en contacto. Tengo que irme.

La voz desapareció igual que como llegó. Eliécer se sentó y se derramó sobre la banca como un cuerpo sin esqueleto, solo lo sostenían sus manos sobre el espaldar. Inclino su cabeza hacia atrás y miró los candelabros que colgaban del techo. Rezó por el alma de su padre y de su madre, habló con ellos, se sintió tan huérfano y pobre, uno de esos hombres que nunca recibirán ninguna herencia. Pero entre tanta amargura, le llegó el poco de alivio que buscaba, una alegría enclenque.

Salió de la iglesia con poca esperanza de encontrar un lugar exento de impuestos. Sin embargo, debía seguir intentando. Después de dar un par de vueltas por calles desconocidas, tuvo que abandonar la idea porque sintió la necesidad de encontrar un baño. Intentó en algunas cafeterías y negocios, pero los baños funcionaban todos con monedas y cuando comenzó a sentir sudor y escalofríos, le llegó el poco de suerte que había pedido. Pudo encontrar el baño de una cantina abierto. Entró teniendo que soportar el amónico penetrante del orín añejo, limpió el sanitario con unas servilletas que guardó de la cafetería y se sentó agradecido, descargando el maletín en el suelo, frente a sus pies. Relajado se tomó su tiempo, inclusive cantaba siguiendo la música tropical de fondo. En la intimidad cerró los ojos y extrañó los domingos en su pueblo, quería bailar. Entonces, con una mano en el pecho como si abrazara a una mujer invisible, meneó los hombros y la cabeza al compás del coro y cuando los abrió nuevamente vio una mano entrando por debajo de la puerta del baño y agarrando la manija del maletín. Increíblemente vio como esa mano le extraía el maletín velozmente y él ahí sentado, sucio, con los pantalones abajo y pensando en bailar.

—¡Cójnalo, un ladrón, un ladrón, el maletín!

Pero la música tropical a todo volumen ahogaba sus gritos.

Escapó del sanitario como pudo, salió de la cantina corriendo y empujando gente, pero una vez alcanzó la calle, tuvo que frenar en mitad de ella sin saber a dónde dirigirse, se le acabó el impulso. Miró a un lado, miró hacia el otro, al frente, y solo vio lo mismo de siempre, personas desconocidas

y del maletín ni rastro. Sabía que con él lo había perdido todo. Pasaron un par de minutos y él continuaba allí parado sin poder reaccionar, como si estuviera recién levantado de un profundo sueño, con el cierre abajo y mordiéndose las carnes de las uñas, desconsolado.

De pronto se le acercaron dos policías, un capitán de uniforme elegante y uno raso de quepis.

—¿Le pasa algo, señor? —preguntó el capitán—. Lo noto como perdido, preocupado, ¿le robaron?

—Sí señor agente, ¿cómo lo supo? Me acaban de robar. Un maletín verde olivo.

—Rápido Ramírez, contacte todas las unidades, deles el QTH, que cierren el perímetro, ya escuchó, un maletín verde olivo. Que detengan a cualquiera con un maletín de esas características —el capitán dio la orden.

—Gracias señor agente, se me apareció la virgen. Por favor ayúdeme a recuperarlo, en ese maletín está toda mi vida, mis herramientas, mi trabajo.

—Tranquilícese, señor, lo vamos a encontrar, confíe en la ley. ¿Cuál es su nombre completo?

—Eliécer Chiguasuque. Para servirle mi capitán.

—¿Usted no es de por aquí, cierto? Se le nota en el acento —dijo el capitán mientras consignaba la información en una libreta—. Présteme su cédula, por favor. Lo que debe hacer es venir con nosotros a la estación y poner la denuncia respectiva. Si el maletín aparece allá se lo entregamos.

—Mil gracias mi capitán —concluyó Eliécer esperanzado, entregándole el documento.

Recorrieron unas diez cuabras y cruzaron la avenida que divide el centro en dos partes. Entraron a un edificio mitad verde, mitad blanco. No muy alto, apenas pasaba el campanario de la iglesia que tenía al lado, era un rectángulo acostado, antiguo, polvoriento y descuidado, todas sus ventanas custodiadas por barrotes. Por dentro, lleno de corredores, pasadizos enredados, puertas con candado que decían: «Solo personal autorizado». Era una especie de colmena llena de oficinas insípidas y repetidas, de las cuales salían y entraban policías con reos esposados, algunas veces con la cara llena de sangre.

Se metieron a un túnel que desembocó en un sótano oscuro. Eliécer entró con el capitán a una oficina pequeña y húmeda, un cubo sin cuadros en la pared, alumbrada desde el techo por una lámpara de neón tuerta. Desde allí se escuchaban los ecos de las celdas. Solo había un escritorio con un computador, una impresora, carpetas, un cenicero lleno de colillas encima y un letrero que decía «Coronel Pérez». Al frente una silla vacía esperándolo ansiosa. El Indio se sentó sospechando algo. «¿Tanto laberinto para poner un denuncia? ¡Qué complique estas ciudades!». Sin embargo, conservaba la esperanza intacta. Al otro lado del escritorio estaba sentado un oficial de más alto rango poniendo la cara seria. Tenía las mejillas agujereadas, cejas negras y bigote de brocha para hacerle juego. Llevaba la camisa del uniforme abierta, y por debajo se veía una camisilla blanca manchada con gotas de café ya secas.

Ese oficial recibió a Eliécer sin mirarlo y con un gesto de la mano le indicó «síntese». Mientras tanto y en silencio seguía revisando documentos haciendo equilibrio en las dos

patas traseras de la silla. Los pies los tenía cruzados y montados en el escritorio, mostrando la suela de las botas al visitante. Eliécer se sentó y saludó pero no recibió respuesta. El oficial dejó los papeles que revisaba a un lado y sacó del bolsillo de la camisa un paquete de cigarrillos, encendió uno.

—¿Quiere? —le ofreció un cigarrillo a Eliécer.

—No mi coronel, muy amable, paso.

El oficial se acomodó en su sitio, bajó los pies y tomó la posición de una secretaria dispuesta a escribir una carta, volteó el monitor hacia su cara para que el denunciante no viera lo que escribía. Comenzó a pinchar las teclas con dos dedos mientras sostenía el cigarro en la boca mordisqueándolo de lado. Cerraba un poco los ojos para evitar la molestia de su propio humo.

—¿Usted es el que viene a poner el denuncia del maletín?

—Sí señor, perdón, sí mi coronel.

—Lugar y fecha de nacimiento, estado civil, nombre de los hijos, domicilio, nombre de los padres, cuándo llegó a la ciudad; dónde vive... —Eliécer mintió con su información personal y declaró la versión de los hechos—. ¿Entonces lo que le robaron fue solo el maletín? Y dice usted que es verde olivo. ¿Alguna otra forma de identificarlo? Maletines verdes hay muchos.

—¿Lo encontraron? ¿Apareció? —preguntó Eliécer emocionado y volteó la cabeza buscando al capitán, pero solo encontró una puerta cerrada—. El maletín está marcado con mi nombre por dentro.

—Vamos a comprobarlo entonces. Fiuuu, Fiuuu — silbó el oficial y luego gritó—: ¡González, traiga el maletín!

Eliécer se paró de la silla exaltado, parecía un perro antes del almuerzo. Vio al policía abrir la puerta y entrar con el maletín en sus manos. Pero cuando el Indio se lanzó a recuperarlo, el oficial le dio la espalda y el Coronel le gritó:

—¡Un momento, no tan rápido! Tiene que terminar su declaración primero. No se lo puedo entregar sin un denuncia.

—Sí señor, ya mismo, por favor discúlpeme, es que estoy muy emocionado y nervioso, no puedo creer que lo encontraran tan rápido. No tengo palabras para agradecerles.

—¿Entonces declara usted que todo lo que hay en ese maletín es suyo? ¿Y que ese sí es su maletín? ¿Que no es ajeno? Luego no vamos a tener un malentendido.

—Sí, señor, por supuesto, ese es mi maletín lo reconocería a kilómetros, además puede ver mi nombre adentro, está marcado como le dije.

El coronel escribía y a Eliécer se le hizo eterno ese sonido pausado de las teclas. Cuando de repente, escuchó el alivio de la impresora moviéndose. El oficial puso las hojas tibias y en orden sobre el escritorio.

—Firme aquí —el bozo de brocha le señalaba con el dedo un espacio en blanco, mientras miraba con ojos sospechosos al policía que sostenía el maletín. Eliécer firmó sin leer.

—A ver, González —dijo el coronel—, ahora sí, muestre ese maletín.

Y antes de que Eliécer pudiera tocarlo, el oficial le dijo por segunda vez:

—Un momento palomita, no tan rápido, no se me apesure.

El policía retiró unas carpetas del escritorio y se guardó la declaración recién firmada en el bolsillo de atrás. Descargó el maletín en el escritorio y lo abrió.

—A ver qué dice aquí, Eliécer Chiguasuque. Efectivamente está marcado, este sí es su maletín. Pero no toque nada todavía, revisemos que esté completo. González, pásame un lapicero —ordenó el coronel.

Entonces comenzó a mover los repuestos y las herramientas con el lapicero, sin tocar nada con los dedos.

—¡Uy, González, pero mire lo que me encontré aquí, qué belleza! Está bonito el tres-ocho, puro revólver de delincuente. Y yo que estuve a punto de creerle a este que era una mosquita muerta ¿Conque andaba enfierrado el civil? Usted qué dice, González, ¿cuántos muertos tendrá este encima? — el arma colgaba del lapicero—, pero lo tendrá registrado, ¿cierto? A ver, papeles del arma, permiso legal y vigente.

A Eliécer se le destrozó el sistema nervioso con la mordida que le acaba de dar el ofidio. Se puso blanco como la sal, no podía cerrar la boca, tampoco abrirla más, se asfixiaba. Sabía que el veneno ya estaba adentro y él sin un antidoto para salvarse. Sin embargo, trató de defenderse.

—Eso no es mío, mi coronel. Se lo juro por mis padres que están en el cielo, por mi esposa, por mi hija. Ese sí es mi maletín, ¡pero qué voy a andar yo armado! ¿¡Para qué!?! Alguien me metió eso adentro.

—¡Sí, cómo no, está bueno el cuento! —comentó el policía al lado del coronel, como si fuera el muñeco de un ventrílocuo.

El Coronel cerró violentamente el maletín, apoyó ambas manos sobre el escritorio, se inclinó hacia Eliécer y le dijo mirándolo a los ojos:

—Vea, delincuente, ignorante de mierda. ¿Usted sabe el problema en el que está metido? Porte ilegal de armas y le garantizo que ese revólver en especial tiene más de cinco muertos encima. Como mínimo diez años pudriéndose tras las rejas. ¿Usted cree que somos pendejos? Empiece a hablar, dónde está el Profe, usted para quién trabaja.

—Yo no sé nada mi coronel, esto es una trampa, si precisamente lo que estaba haciendo era eso, buscando trabajo.

—Confiese de una vez, Eliécer, ¿usted sabe lo que acabó de firmar? Su boleta para la cárcel, queda detenido.

—Pero, señor, no me haga esto, yo tengo esposa, una hija. Yo no hice nada, se lo juro por Cristo bendecido.

—Ya cállese llorón, eso lo debió haber pensado antes de meterse en líos y de andar por ahí matando policías. Pero para que usted vea que la ley es justa, se lo voy a proponer solo una vez. Escuche bien que no repito. Usted me dice ahora mismo donde encuentro al Profe, y cuando lo cojamos, sale caminando de aquí tranquilo por la puerta, quemamos estos papeles y se va con su maletincito a ver a su esposa y su hija. Sin resentimientos, hacemos de cuenta que nunca pasó nada.

—Yo no conozco a ningún Profe —dijo el Indio resignado y estirando ambas manos para recibir las esposas—. «Prefiero perder la libertad. Igual, libre solo de la piel pa' dentro».

III

Pasó la noche en vela sin poder cerrar los ojos y cuando los cerraba veía cosas. Esta vez se levantó antes de que sonara la alarma, el cuchitril estaba oscuro y solo se escuchaba vibrar el motor de la nevera. El centinela del nochero le avisó la hora: tres de la mañana en punto. «Buena hora para salir», pensó Eliécer.

Se mojó un pie, el otro, una mano, la otra y se dio un baño saltando en la ducha para soportar el agua casi convertida en hielo. Hacía todo a tientas y adivinando. Se vistió enérgico con ropa para el frío, se lavó los dientes, se peinó lambido y guardó en el bolsillo de atrás la peinilla todavía húmeda. Llenó una mochila con ropa interior, papeles, la carta, las fotos y el cepillo de dientes. Su estómago, en cambio, solo tenía ácidos sin nada para descomponer, como una bolsa vacía. Escapar de allí en la madrugada silenciosa le hizo recordar aquella pesadilla de la selva, por eso no pudo cerrar los ojos. Antes de salir, abrió la nevera por costumbre y la luz de galpón destruyó la

oscuridad de la cocina, su rostro y pecho también se iluminaron. En el interior vio solo un escenario frío con una caja de helado como único protagonista.

Desconectó todos los aparatos eléctricos y miró a la calle haciendo a un lado las cortinas. El barrio estaba quieto y dormía profundamente, no había más que chapolas y bichos estrellándose contra la fuente de luz artificial que emitían los postes. Adivinando en la oscuridad escribió una nota que luego dejó sobre la mesa: «Gracias por todo don Enrique, espero no volver a vernos. Por favor arreglar el timbre». Antes de abrir la puerta, repasó la regla de tres que siempre hacía mientras se palpaba los bolsillos: llaves, billetera, teléfono. Todo en orden. Se dio la bendición y cuando iba a abrir la puerta, sonó el silbato del celador que rondaba el barrio en bicicleta.

«¡Mierda!», pensó recostado de espaldas en la puerta. «¡Ese es el último que quiero que me vea! ¡Como es de chismoso!». Esperó un rato y calculando la distorsión del sonido, adivinó cuando el celador dobló la esquina. Miró nuevamente a través de las cortinas, solo un perro olfateaba las bolsas de basura al frente de su puerta. Revisó la regla de tres nuevamente y salió sin hacer ruido. Cerró con doble llave asegurándose que su vida pasada quedara bien encerrada en esa pocilga. Atravesó el parque y la cancha evitando las luces y las mierdas, buscando la oscuridad que daban los árboles. El perro lo miró al salir y meneó la cola, pero al ver que solo era un humano sin comida siguió con su basura.

El silencio del barrio permitía escuchar el Doppler de los carros que se acercaban y se alejaban por la avenida. El

lugar a donde se dirigía Eliécer advertía poco tránsito en el momento, justo lo que quería. Escuchó también sirenas muy a lo lejos y se fue pensando: «¿Serán ambulancias? ¿Serán patrullas? ¿Sobrevivirá el que habrán herido?». De pronto, doblando la cuadra, apareció otra bicicleta que lo puso alerta. Esta vez era un armatoste reforzado con varillas que venía cargando una montaña de periódicos tan alta que dificultaba la visión del ciclista. Eso le permitió a Eliécer esconderse tras un auto estacionado. Se quedó en cuclillas meditando: «¿no me habrá visto ese que reparte el periódico? También es medio sapo». Y por debajo del auto vio pasar y alejarse las llantas de la bicicleta sin detenerse.

Finalmente alcanzó el paradero del bus a un costado de los cuatro carriles de bajada y cuatro carriles de subida que conformaban la avenida. Vías separadas por jardines muertos por los cuales transitaba uno que otro pordiosero rebuscando el reciclaje. Se quedó esperando el bus en la dirección de bajada que conecta el barrio con el centro de la ciudad, pero este no pasaba, estaba muy temprano todavía. Eliécer sufría cada que se acercaba un transeúnte, un posible pasajero, un sapo seguro. Hacía un poco de frío pero era agradable, frío del amanecer que energiza el cuerpo. Sentado en la banca de aluminio, se cubrió la cabeza con la capucha del suéter, abrazó la mochila y se enrolló como un armadillo esperando quieto en su escondite. Afortunadamente, luego de casi una hora, no llegó nadie más al paradero, solo el bus con gente que bajaba de la loma.

Logró salir del barrio sin que nadie lo viera. Temporalmente, misión cumplida. Atravesó el puente que junta el

este con el oeste y desde la altura vio al margen del río, pequeñas islas creadas por la extracción de piedra. Sobre ellas grupos de gente se calentaban con fogatas hechas en barriles. El río era un cementerio de agua turbia y viscosa, que con esfuerzo lograba moverse. «Protege a mi familia, Dios mío, donde quiera que se encuentre», pensó el Indio mientras el bus dejaba atrás el puente.

Se bajó en el centro cuando la luz natural ya iluminaba mejor las calles. Su estómago se puso agresivo; y para evitar el mismo dolor de cabeza que lo atormentó el día anterior, buscó qué desayunar. Encontró un cubo de acero inoxidable con gas y rodachines, esos que contienen una paila de aceite hirviendo donde la comida flota. También buscó los hombres que transportan en su espalda cilindros para fumigar cultivos, pero que en vez de andar atomizando venenos venden café caliente. Lo bebió con una calma exagerada y deleitando cada trago, recorriendo el paladar y los dientes con la lengua, buscando el sabor del grano tostado y el placer que le fue imposible el día anterior. Luego caminó unas cuantas cuadras hasta llegar a la estación del tren, donde estacionan los buses alimentadores que van hacia otros municipios. Le llamó la atención un niño que agitaba un trapo rojo por los aires y que gritaba vaciando los pulmones:

—Sí hay puesto, sí hay... Damas y caballeros, sí hay puesto. Suba caballero —le dijo a Eliécer cuando este se le acercó—. Santa Elena, La Ceja, El Retiro, la vuelta a Oriente. Sí hay puesto, suba rápido que ya sale, nos fuimos...

Al subir, Eliécer se dio cuenta que no era cierto. El conductor estaba casi dormido y todavía esperando a que se

llenaran todas las bancas. Mostraba su poder como rey absoluto del bus, recostándose en su silla de terciopelo color obispo, al tiempo que sostenía su cabeza con ambas manos y masticaba un palillo con sus colmillos. Los pies los tenía cruzados y reposando en el volante, parecía soñar con el sol y la playa. El niño del trapo, que en su espalda llevaba una mochila colegial, asomaba medio cuerpo por la puerta del bus, aferrado con una mano a un tubo y con la otra haciendo sus señales persuasivas. Para hacer divertido su trabajo, cada que un pasajero subía le pasaba el trapo rojo por la cabeza como si fuera un toro y él un torero. La gente que recién entraba sonreía con la dramatización, los que llevaban tiempo esperando no paraban de quejarse: «¡vámonos, vámonos!».

El Indio se sentó solo en una de las bancas traseras. Seguía muy nervioso, todos sus movimientos los hacía pensando en que alguien conocido lo descubriría, se seguía entonces escondiendo tras su caparazón de armadillo. Estaba paranoico. Transcurrió el tiempo necesario para que se llenaran más bancas y la de Eliécer permanecía con un puesto disponible, su aspecto sospechoso alejaba a la gente de su lado. El conductor seguía esperando a violar la norma y que unas cuantas personas tuvieran que irse de pie. Pero las quejas de los pasajeros se fueron sumando y lo obligaron a encender motores. Cerró la puerta, los frenos soltaron el aire comprimido, prendió la radio, escupió el palillo a la calle y comenzó a moverse. El niño del trapo pasó gateando bajo la registradora y se paró al frente del pasillo, abrió su mochila, sacó una bolsa y comenzó a repartir caramelos a los pasajeros.

—Buenos días damas y caballeros, permítanme un minuto de su apreciado tiempo —repetía el niño de memoria palabras de mayores—. Hoy vengo a ofrecerles este rico y delicioso caramelo masticable, porque prefiero estar trabajando en los buses y no robando en las calles (chantajeó a la gente). Dos por cuatrocientos, tres por quinientos, diez en mil. De antemano agradezco al conductor por permitirme trabajar, y a ustedes por favor no tirar la basura al piso. La persona de buen corazón que me desee colaborar, Dios se lo ha de pagar. Gracias.

El niño recorrió todas las bancas con confianza, recogiendo monedas o guardando los caramelos que no vendió. Se desplazaba por el pasillo haciendo un equilibrio de malabarista. Entregaba cambio haciendo complicados cálculos mentales y ni siquiera se inmutaba con las sacudidas del bus. Como Eliécer estaba solo en su banca, cuando el niño terminó su labor, se sentó a su lado. Eliécer sintió mucha curiosidad, lo había estado analizando desde que lo invitó a subirse al bus, le parecía tan avanzado, tan sagaz e inteligente: «todo un negociante y no tendría ni los diez años», pensó sintiendo pesar y angustia al mismo tiempo.

—Oiga niño —dijo Eliécer—, le compro ese paquete.

—¿El paquete de caramelos? —le respondió el torero miniatura.

—Sí, ¿cuánto vale?

El niño comenzó a contar los confites uno por uno, a sumar, a dividir, a multiplicar, pero como la tarea era tediosa se dio por vencido y calculó un valor promedio.

— ¿Sabe qué?, a diez mil el paquete, pero por ser a usted se lo dejo en ocho mil.

Eliécer investigó su billetera sin mucha esperanza, sabía que no era el momento para caridades. No cargaba mucho más que su buena voluntad y todavía no pagaba el pasaje. Sin embargo su corazón ya estaba blando ante los ojos del niño que eran dos centellas luminosas y su boca una luna menguante resplandeciente. Quería ver los billetes y tocarlos, parecía despertando en la mañana después de navidad. Eliécer no pudo retroceder, hizo el negocio y guardó la bolsa de caramelos en su mochila. «Se los llevo a Memo y a su señora como regalo», pensó. «Es perfecto, igual no me hubiera alcanzado para la botella de aguardiente».

—¡Uy, gracias patroncito! —dijo el niño cerrando los ojos y apretando en la mano los tres billetes. Se persignó con ellos—. Mi Dios se lo pague, nunca había vendido todo el paquete de un solo golpe.

—Ah, no es nada, todos tenemos nuestros días de suerte. ¿Y usted también va pa' Santa Elena? —Eliécer cambió de tema para evitar sentir más pesares.

—No, señor. Yo subo y bajo en estos buses hasta que venda todos los caramelos, si se me acaban en el camino, compro en los pueblos que son más baratos, y en cada paradero hago de pregonero. Con eso pago la vacuna y le ayudo a mi mamá.

—¿La vacuna?! —Eliécer repitió esas dos palabras, pero no eran una pregunta. Hizo una pausa larga y se tragó una bola de saliva con sabor a lágrimas. Miró por la ventana para disimular un poco y pensó: «¿Cómo puede un niño saber

estas cosas?, para qué me pongo a preguntar güevonadas, home».

—Sí, la vacuna. Yo he trabajado en los semáforos, a la salida de los colegios, en las estaciones del tren, en los buses y siempre hay que pagarle a alguien. Eso lo sabe todo el mundo. La vacuna, ¿usted no sabe?

—Sí que lo sé, no se imagina cuánto.

—Por eso mataron a mi papá.

— ¿Usted cómo se llama? —preguntó Eliécer tratando de cambiar de tema.

—Me llamo Adrián pero me dicen Chinga. No me gusta Adrián, es de cucho, dígame Chinga o Chinguita, así me conocen en la calle. Mi papá se llamaba Arístides Santacoloma —Chinguita continuó mirando de manera lúgubre el piso antideslizante—. Lo mataron en la cárcel, no saben cómo pero lo desaparecieron. Eso se lo contó mi mamá a mi tía. Yo escuché todo haciéndome el dormido. Dicen que por no pagar la vacuna.

Eliécer procesó la información y comenzó a sudar, se puso macilento, sintió náuseas, parecía el cadáver de alguien que murió de un susto. Se anchaba el cuello del suéter con un dedo para que le entrara aire y estiraba el cuello como si fuera una tortuga. «No puede ser que me esté pasando esto», pensó. «¿Entonces este será el hijo de ese hijo de puta?». Eliécer quedó descompuesto.

—Lo siento mucho Chinga, mejor no hablemos de eso tan triste —dijo tratando de salirse del infierno en que se había metido.

—No importa...mmm...señor...

—Eliécer, me llamo Eliécer. Mucho gusto.

—Yo ni siquiera me acuerdo de mi papá, no se preocupe. Eso pasó cuando yo estaba recién nacido. Mi mamá es la que llora. Yo no porque ya soy casi un hombre y tengo que ir entrenando.

Eliécer quiso abrazarlo, lo vio tan diminuto, tan indefenso, tan inocente. Pero a la vez pensó que llevaba la misma sangre de ese otro malnacido y recordó esa horrible noche en la cárcel. Entonces vio la sangre llenando el balde y cerró los ojos. Vio el arma en sus manos y cerró el puño. Escuchó el sonido de la almádana rompiendo la carne y los huesos para arrojarlos por la alcantarilla y se tapó los oídos. «Esto tiene que ser parte de un castigo divino», pensó recostando la cabeza en la silla del frente. Luego volvió a sentarse recto, sin energías y sin abrir los ojos.

El niño, al ver que Eliécer cambió su semblante y que lo ignoraba, dejó de hablarle. Abrazó la mochila y se escondió tras ella con pena, como si hubiera hecho o dicho algo malo. Luego recostó su cuerpo sobre el brazo de Eliécer, pidiendo en silencio que lo disculpara y así se fue quedando dormido. El bus ya había recorrido quince kilómetros y más de media montaña por la inclinada carretera que permitía escalarla. Viajaban a 2.200 metros sobre el nivel del mar y el clima se había enfriado lo suficiente para transformar la vegetación. Las cadenas de montañas que encierran la ciudad y que desde ella se ven como tribunas de un estadio gigante, a esa altura, se veían todas de frente. Mirando hacia abajo, al final del abismo, se podía dimensionar mejor la extensión de esa urbe levantada en ladrillo y su hacinamiento a orillas del río que la parte en

mitades. Era como ver una mancha de óxido expansivo que había consumido la llanura y que trepaba las montañas. Toda un área invadida por nuevos y altos edificios, alfileres de concreto clavados en la tierra, que dejaban pocos espacios a las casas de los barrios en extinción. En todo ese tiempo el Indio no pudo dejar de seguir tejiendo hilos en su mente: «tiene que ser una casualidad, no me puede estar pasando esto. ¿Será posible que este sea el hijo de esa inmundicia? ¡El mundo sí es un pañuelo lleno de mocos!». Le volvió el dolor de cabeza.

Para distraerse en algo y evitar el recalentamiento del cerebro, Eliécer recorría la ciudad con su mirada a través de la ventanilla. De norte a sur, de oriente a occidente. Jugaba a encontrar su cuchitril en ese enjambre y caminaba imaginariamente las calles y la avenida donde hace apenas una hora había abordado el bus. Pero el entretenimiento le duró poco porque las nubes cubrieron las montañas tan rápido como el humo de un incendio. Se puso entonces a empañar el vidrio con su aliento y a escribir su nombre y el de su esposa encerrados por corazones.

Llegaron a la cima de la montaña donde la carretera se había vuelto plana y donde dejó las curvas para convertirse en una línea recta, estaban en otro municipio. Al poco tiempo de haber entrado en esa zona, de pronto y sin ningún aviso, el bus disminuyó su velocidad hasta que se detuvo por completo. Pasaron unos minutos de inmovilidad y entonces el conductor se bajó a investigar. Los dormidos se comenzaron a despertar y los curiosos miraban afuera para ver lo que pasaba. Se podían ver algunos policías merodeando el lugar y unos conos fluorescentes cerrando la vía. El conductor tardó

solo unos minutos hablando con las autoridades y regresó para bajarle el volumen a la radio. A juzgar por su cara, los pasajeros solo esperaban malas noticias.

—Señores pasajeros, la policía me acaba de informar que hay un derrumbe más adelante y vamos a tener que dar una vuelta larga, toca meternos por carretera destapada —informó.

De inmediato se escucharon las protestas, unos manoteaban, pedían que no les cobraran el pasaje. Otros se resignaban e inclusive algunos cogieron las maletas y se bajaron. El niño se despertó con el alboroto.

—Hola Chinguita, ¿sí durmió bien? —dijo Eliécer—. Parece que hay un derrumbe más adelante, y yo como le tengo de miedo a eso. Nos vamos a tener que desviar. ¿Faltará mucho para llegar a Santa Elena?

—No falta mucho en bus —respondió el niño bostezando—. Pero si se baja aquí le tocaría caminar y ahí sí está bien lejos. Llega más rápido dando la vuelta larga, son como otras tres horas. El problema es que esa carretera tiene mala fama, dicen que eso por ahí es de la guerrilla.

—¿Y es que por aquí hay guerrilla también? —preguntó Eliécer.

—¿Y dónde no hay? —respondió la Chinga encogiéndole los hombros.

Resignado y sin otra opción, Eliécer tuvo que seguir el recorrido en el bus. No se disgustó porque en el fondo tampoco quería dejar al niño solo, que este fuera el hijo del muerto le hizo sentir una extraña cercanía. Pero inmediata-

mente el bus retrocedió para cambiar de rumbo. Un raro presentimiento le recorrió la piel al Indio, avisándole que había algo oscuro en el ambiente, un nerviosismo latente caminaba entre los pasajeros.

El viaje siguió acompañado de paisajes monótonos, largas extensiones de cultivos y potreros verdes capaces de derrotar cualquier insomnio. Los dos durmieron entonces perdiendo la noción del tiempo. Eventualmente despertaban en una curva succionando la saliva y escuchaban los engranajes del bus multiplicando la potencia. En los breves momentos que abrían los ojos, se escuchaban un par de pasajeros hablando en voz baja y la radio tocando soporíferos boleros, también notaban que la carretera estaba muy sola.

Próximos a llegar al siguiente municipio, el bus se sacudió violentamente y comenzó a moverse hacia los lados. Eliécer se golpeó la cabeza contra el vidrio de la ventanilla.

—¡Un derrumbe, un derrumbe! —despertó como si lo hiciera de una pesadilla horrible.

Cuando volvió a ser el mismo, se vio tomando al niño por el brazo con fuerza. Este lo miró también asustado pero sonriendo.

—¡Cuál derrumbe, cucho! Ja, ja, ja —se burló Chinga.

Habían entrado en la carretera destapada, unos tramos buenos, otros malos y otros peores. Eso despertó a toda la gente y levantó un polvo en el camino. El niño le dijo a Eliécer que tenía mucha hambre y eso lo obligó a pensar en comida, lo que sumado al guayabo que todavía se hospedaba

en él, le provocó ganas de vomitar. «¡Maldita sea! ¿Dónde habrá una bolsa?».

Así la pasó toda la trocha, aguantándose un infierno más, haciendo ejercicios de respiración a ver si le pasaba, y el niño pidiendo algo de comer. Abrió la ventanilla un poco para airearse y por si le tocaba deshacerse de algo urgente, pero la cerró de inmediato porque respiró una nube de tierra. De pronto y en mitad de la trocha solitaria, el bus se detuvo nuevamente y esta vez la gente empezó a hacer ruido, a murmurar, a pararse nerviosos.

—¿Otro derrumbe? ¿Un accidente? —dijo Eliécer mirando por la ventanilla.

—Por acá no hay derrumbes —respondió la Chinga asustado—. Ya subimos alto, si no es el bus varado puede ser la guerrilla o las ratas.

—¡Mentiras! —dijo Eliécer.

Así se le quitaron las ganas de vomitar al Indio, y cuando vio cómo la gente se metía las cosas de valor en los interiores, en los senos, en la boca. Confirmó que lo del niño no eran mentiras. «¡Ya perdimos!», pensó dándose la bendición. Miró nuevamente por la ventanilla y venían marchando unos hombres con uniformes camuflados y botas de caucho negras empantanadas en la punta. «¡Mierda, sí es la guerrilla!».

El conductor había orillado y apagado el bus produciendo un silencio que mutó en terror. Abrió la puerta y permaneció sentado en su silla igual que todos los pasajeros. Se subieron dos uniformados con fusiles al hombro y brazaletes rojos. Abajo esperaba el resto del pelotón. Se les veía muy

tranquilos, uno pateaba piedras, otro par fumaban y se reían como si estuvieran en la sala de la casa.

—Esto debe ser una inspección de rutina —dijo Eliécer tratando de conservar la calma—. Nada de qué asustarse.

—Muy buenos días mi comandante. ¿Pasa algo? —el conductor habló primero simulando confianza, pero su voz temblaba—. ¿En qué puedo servirles?

—En nada, tranquilo viejo Pachito, ya le digo —respondió el guerrillero mientras recorría el interior del bus con la mirada—. No pasa nada.

Custodiado por los ojos atentos del subalterno, el comandante se paró sacando pecho al frente del pasillo y dirigió sus palabras a los pasajeros pero mirando el horizonte, que no era más que polvo amarillo pegado en la ventana trasera.

—Buenas tardes compañeros, somos el ERP, Ejército Revolucionario del Pueblo, y estamos aquí por ustedes que son nuestra verdadera causa de lucha y nuestra razón de ser. No se me asusten que todo va a salir bien. Sigán mis instrucciones y no va a pasar nada: vayan bajando en orden con todas sus pertenencias y me hacen una línea organizada al lado del bus. Primero las mujeres con sus niños y de último los hombres. Todos parados al mismo lado, bien junticos. No me obliguen a utilizar la fuerza, después se me escapa un tiro sin querer. Obedezcan sin hacer preguntas que no queremos un accidente.

Las mujeres y los niños fueron bajando lentamente. Se escuchaban llantos disimulados de mujeres y las bocas silenciadas de los niños tapadas por las manos de las madres. Eliécer podía ver todo por la ventanilla. Los guerrilleros que estaban

abajo fueron organizando los pasajeros tal como lo ordenó el comandante. Mientras tanto Chinguita se aferraba como un ácaro gigante al brazo del Indio, este lo tranquilizaba sobándole la cabeza.

—Tranquilo, tranquilo, cachorro —le decía.

—¡Oiga usted! ¿No escuchó que los niños pa' abajo? ¡De una pues! —el guerrillero segundón se dirigió a Eliécer—. ¿Es que no entiende? ¡Dígale a su niño que se baje!

—No me lleve por favor, señor —le dijo el niño llorando y más aferrado a la carne de Eliécer—. Él es mi papá. Yo le puedo regalar todo esto si me deja quedar con él.

El niño sacó una bolsa de confites de la mochila y se la ofreció al subversivo. Este sin modificar la soberbia de su rostro le regresó solo una esquivada mirada, dejando al niño con la mano estirada y exhibiendo la bolsa de confites.

—¡Guarde eso niño! —le respondió—. Se me hacen bien junticos al final de la cola, pa' abajo pues, rápido, no se separen y cuidado con hacer estupideces.

Eliécer y Chinga bajaron de últimos, cogidos de la mano, cada uno agarrando su mochila con la otra. Toda la gente ya estaba formada.

—¡Nos van a robar, nos van a robar, escóndase lo que pueda! —decía Chinga.

—¡No va a pasar nada, no diga nada, no haga nada! ¡Cállese! ¿Por qué le dijo a ese guerrillo que yo era su papá? ¡Me va a meter en un problema! —decía Eliécer en voz muy baja—. Yo no soy su papá, yo no lo conozco a usted, menos a su papá, ¡conchudo!

—Perdón cuchito, es que no quería que me robaran los billetes. No sé por qué dije eso. Tengo miedo.

—A ver, ustedes dos, muévanse, se me paran acá al final bien quieticos. Y calladitos pues, me dejan la parranda —les dijo otro guerrillero mientras los empujaba con la culata del fusil.

Toda la gente estaba con las manos apoyadas en las latas del bus, parados como para recibir una requisa. Abrían las piernas, formaban una pared hombro contra hombro y con las maletas filadas en el piso. Todos miraban el asfalto temerosos de ver las caras de los subversivos. Evitaban encontrar amores.

Eliécer comenzó a explorar sus costados por el rabillo del ojo. A la izquierda vio los zapatos del niño temblando y a la derecha vio unos zapatos grandes, negros y brillantes. Comenzó a subir con la mirada para ver quién era el que estaba a su lado. Vio unos pantalones de paño color café y cuando quiso seguir subiendo para ver la cara del dueño, se detuvo en la hebilla del cinturón porque notó cómo una mancha negra bajaba desde los genitales hacia las rodillas. Regresó entonces su mirada al piso y mejor cerró los párpados con fuerza.

Sintió pasar por su espalda la voz del comandante y la del conductor, venían hablando tranquilamente, como dos conocidos. Las dos voces se ocultaron en la parte trasera del bus. Eliécer permanecía con las orejas bien abiertas y como era el último de la fila, podía escuchar lo que decían.

—¿Qué es todo esto mi comandante? ¿Qué es lo que ocurre? ¿Hay algún problema? —dijo el conductor.

Los signos de interrogación y la sorpresa en el tono de su voz eran una farsa obvia.

—No se haga el güevón, Pachito. Usted sabe muy bien lo que hizo —respondió el capitán con calma—. Lo siento mucho, pero son órdenes de arriba.

—¿Pero cómo así, mi comandante? ¿Cuáles órdenes? No me vayan a hacer nada, debe haber un error —el conductor comenzó a llorar—. Llamemos a don Carlos si quiere, el patrón les podrá explicar todo.

—¿Usted nos creyó pendejos o qué? —el comandante se molestó—. Usted sabe que nosotros controlamos todas las rutas del Oriente, aquí se hace lo que nosotros decimos, punto. Don Carlos puede ser el dueño de estos buses, pero él no hace ni haría nada sin consultarnos, como toca. Su patrón ya nos ha venido transportando la droga por muchos años y nunca se ha perdido un gramo. Entonces, ¿ahora me va a decir que él fue el que se robó los dos kilos? Usted sí es muy estúpido, Pachito, ¿qué hizo con la droga? ¿Creyó que no nos íbamos a dar cuenta? ¡Tantos años trabajando juntos y sale con semejante pendejada! Lo siento de verdad, Francisco, pero nosotros no podemos permitir que se nos pierda nada. ¿Después qué? ¿Todos los conductores sacando de a gramito?

—Perdóneme, mi comandante, por favor, se lo suplico. Tenga piedad por el amor de Dios. Lo necesitaba para mi familia, tenía muchas deudas y no aguanté la tentación. Todos nos equivocamos, deme otra oportunidad. Yo les voy a pagar hasta el último centavo.

—Sí hijueputa ¿y nos va a pagar robándonos?

—¡Quiñones, Posada, Sarmiento! —gritó el comandante.

—¿Qué ordena mi comandante? —llegaron los tres corriendo.

—Llévense a esta rata ya saben pa' dónde y cómo. Póngale un uniforme viejo y las botas empantanadas, que quede bien hecho, que sí parezca. Usted Posada, luego llame a esas sarnas del ejército, al Coronel Montoya, y dígame que le tenemos un positivo. ¡Pero mucho ojo antes de darle las coordenadas! Recuérdale que el último no lo han pagado. El Señor de las Bestias sabe que no fiamos.

Rieron los uniformados.

—¿Qué esperan? ¡Muévanse pues, payasos!

—Como ordene mi comandante —los tres tronaron los tacones de las botas y se llevaron la mano a la frente.

—¿Sí ve Pachito lo que nos obliga a hacer? ¿Sabe cuánto valen los dos kilos que se robó? ¿Cuánto le tenemos que dar a los tombos para que cierren una vía? ¿Cuánto perdimos? ¿Lo que le va a costar esto a su patrón? No recuperamos ni la mitad. ¿Ahora sí entendió? Listo, eso es todo. Llévenselo.

Eliécer vio las piernas del conductor tratando de aferrarse al asfalto inútilmente. No pudo contener la curiosidad y miró por encima de su hombro a ver qué pasaba, vio cómo lo bajaban al barranco.

—¿Usted qué mira, sapo? ¿Quiere hacerle compañía? —le dijo un guerrillero al oído provocándole escalofríos.

Eliécer regresó la mirada al piso. El silencio de la montaña y del barranco se rompió con una ráfaga de fusil. De los árboles volaron pájaros.

—¡A ver, Ruíz! Traiga la gasolina a ver si por fin aprenden. Estamos joches, nos va a morder la mocha por aquí.

—¡Como ordene mi comandante!

Ruíz comenzó a rociar con gasolina el bus, por dentro y por fuera.

—Atentos los civiles —dijo el uniformado poniendo un dedo en el gatillo—. Tienen diez minutos para perderse de estas tierras. Al que vea por acá después de diez minutos lo monto al bus.

La gente salió corriendo en una misma dirección, liberando la adrenalina que los quemaba por dentro, respirando fuerte, sin pensar a dónde iban. Algunos caían y rodaban por el suelo pero se incorporaban inmediatamente, otros olvidaron sus maletines, los niños lloraban, las mujeres gritaban. Detrás de la horda se fue levantando una nube de polvo que cubrió la luminosidad del bus ardiendo en llamas. Parecía un ocaso en el desierto. Eliécer corría como un caballo bípedo cargando a la Chinga en su espalda. Detrás se podía escuchar el sonido de las llantas ardiendo, los metales retorciéndose, los vidrios explotando y sobre el cielo azul apareció un rayón de humo negro. Mientras corría, el Indio recordó los esqueletos de los buses que vio cuando fue por primera vez al pueblo.

IV

—Nunca en mi vida imaginé terminar en una cárcel, Chinguita. Pero como uno no escoge la suerte, sino que la suerte lo escoge a uno, un día abrí los ojos y esa maldita ya me había encerrado en ese infierno.

—¿Usted también estuvo preso como mi papá?

—Sí, igualito. Pero su papá seguro que sí se lo imaginaba todo el tiempo. Uno escuchaba cuentos de lo que pasaba ahí adentro, veía películas, leía el periódico. Para mí, terminar en una cárcel era la peor desgracia que le pudiera pasar a un hombre, sobre todo a mí, que me he considerado bueno, correcto y un cobarde. Siempre le tuve miedo y respeto.

—¿Y por qué lo metieron si era tan bueno?

—Me querían coger de sapo los tombos. Es increíble el golazo que me metieron, todo fue una trampa bien planeada. Siempre que lo recuerdo me siento como un pendejo, pero es una historia como para escribir un libro, mejor se la cuento luego. ¿Sabe qué Chinga?, si la gente de este pueblo

usara la misma inteligencia y malicia para bien, tal vez seríamos un país de genios. Me duelen las piernas y la espalda, ahora sí me siento viejo, qué cansancio, y yo que no le quería creer al espejo. Malditos guerrilleros. ¡Todo lo que caminamos para terminar durmiendo en esta banca de cemento! Y lo peor es que el bus se va a demorar bastante, el primero sale a las cinco de la mañana.

—¡Pero sígame contando el cuento de la cárcel a ver si me duermo!

—Yo no digo que haya sido del todo inocente, eso sí hay que reconocerlo. ¿Pero qué tan culpable es uno por defenderse? ¿Había que pagar semejante precio? Tal vez algún castigo divino sí me merecía, será por eso que nos conocimos. ¿Pero perder a mi familia y diez años de encierro? Quiero que un cura me conteste esas preguntas, porque desde ese día que me encerraron yo no estoy de acuerdo con las leyes del cielo. O conteste usted Chinga, a ver qué piensa un niño. A veces ustedes saben más que los viejos.

—No le entiendo qué quiere decir, eso no es ningún cuento.

—Siempre me pregunto lo mismo: ¿por qué el de arriba me sigue castigando? Inclusive las penas se me han ido incrementando. Parece que la mala suerte y yo hubiéramos firmado un contrato. Pienso que tal vez Dios me puso pruebas y yo no las pasé, o por lo menos no entendí que fueran eso, pruebas. Entender ese tipo de cosas es para santos. Yo solo reparo relojes viejos. Y eso que la parte más grave del martirio apenas está llegando. Hace poco comencé a perder mis recuerdos. Un día me llenan el cerebro y los encuentro facilito.

Pero al otro día ya no están, no sé para dónde se fueron. Se ocultan un tiempo o se borran por completo. Luego unos regresan, otros se fueron para siempre, o no sé, no lo recuerdo. También puede ser culpa del remordimiento y del secreto que siempre me ha quemado por dentro. Pero ante semejante casualidad como esta que está ocurriendo, creo que llegó el momento de hablar y pedir perdón para apagarme. Llegó la hora de acabar con el incendio.

—Uy, cuchito, ¿qué le pasa? Usted lo que está es loco o enfermo. ¿Está trabado?, ¿borracho? Ya le dije que ni siquiera le entiendo. Yo también estoy muy cansado y usted jodiendo. No hemos comido nada, tengo hambre. Quiero un algodón, ese señor de ahí al frente está vendiendo.

—¿A esta hora? Pero si eso es puro azúcar, eso no le va a quitar el hambre, le va a quitar el sueño.

—Me gustan mucho, Eliécer, yo quiero. Además eso trae un billetico de dólar por dentro, de juguete.

—Qué hará un hombre en la plaza vendiendo algodón a esta hora, si por aquí no hay un solo niño, este pueblo está muerto. Seguro que está bebiendo. Y yo necesitando un trago y un cigarro. Listo, ya vuelvo. ¿Azul o rosado?

—Rosado.

—Tome, no se lo coma todo de una.

—¿Por qué se demoró tanto? Llegó oliendo a trago. ¿Quiere?

—No, gracias. No me gusta eso tan dulce.

—Mire el billetico, esta vez me salió de cinco, todos tienen la cara de un viejo. Pero sígame contando a ver si le entiendo o si mejor de una vez me duermo.

—¿En qué iba? Ah, sí. Digo que no era del todo inocente en ese tiempo, porque yo sí le ayudé al Profe y por voluntad propia, con ganas. Yo sabía lo que estaba haciendo. Ese día se apareció en el rancho agitado, con la mula cargada de costales, y en ellos, cilindros, tubos, aparatos y pólvora. Me dijo: «Eliécer, necesito que me ayude sincronizando esto, es un trabajo para un mecánico o un relojero experto». Como yo no me opuse ni pregunté nada, no me dio explicaciones y continuó: «usted es curioso, un muchacho que cuando va a botar la basura, siempre regresa con algo del botadero, tiene que ser el indicado para esto». Entre los chécheres que trajo, había unos relojes raros, eran dos bien grandes, como de pared, pero solo trajo los mecanismos expuestos. Nunca los había visto antes y tuve que desensamblarlos para de los dos sacar uno nuevo. Las manecillas debían activar unas palancas que dejaban caer unas pesas, esas pesas golpeaban un fulminante, y ese fulminante prendía un mechero, algo casero pero muy bien pensado. ¿Sí ve por qué le digo lo del país de genios? Pasaron un par de días y yo terminé el trabajo: callado, gratis y con esmero. Entonces el Profe pasó a recoger el engendro y yo tuve miedo de preguntar para confirmar mis pensamientos. Una semana más tarde volaron la estación de policía del pueblo.

—¿Y por qué la volaron? ¿Quién es el Profe?

—Deje mear al macho, Chinga... un momento. ¿Además, no pues que se estaba durmiendo? ¿Que no lo joda? Yo le voy a contar, pero no empiece a preguntar pendejadas.

—Bueno cuchito pero no se enoje, ¿cuál es el mal genio?

—No hable con la boca llena que eso es muy feo. La volaron porque la policía trabajaba para alguien que llamaban El Señor de las Bestias, el hombre que quería quitarnos las tierras a sangre y fuego. Así le decían en el pueblo porque nadie lo conocía, su nombre era un secreto, un mito. Un día unos compadres reconocieron al teniente Moscoso y a un sargento de la estación que iban vestidos de civil. Le estaban dando plomo a don Avelino, mi suegro, que en paz descanse. Y lo mataron por nada, solo porque permitió que su hija humillara al hijo de un matón en ascenso que luego sería alcalde: don Bernardo.

—¿Ya son las cinco de la mañana? ¿Qué hora es? ¿Falta mucho? me estoy congelando.

—¿Sí ve? Le advertí que no se comiera todo ese algodón. Tome, póngase mi suéter que yo ni frío tengo.

—¿Cierto que esos malparidos guerrillos mataron al conductor en ese barranco?

—¿Qué le dije Chinga? Sin palabras feas. Además hay que agradecer que no nos pasó nada serio. Solo nos pusieron a caminar y a dormir en el parque de un pueblo. No piense más en eso, y deje de interrumpir. Mi padre fue uno de los que no vendió ni se dejó quitar la tierra. Una vez dijo en la iglesia antes de él mismo leer el evangelio: «Nuestras tierras sí que tienen un valor enorme, lo que no tienen es precio». Sus palabras recorrieron desde la selva hasta las oficinas oscuras del gobierno. Esa fue la única forma en que atacó a alguien. Por eso perdió la cabeza, literalmente.

—¿Qué es literalmente? ¿Usted sí puede decir palabras feas?

—¡Ay, Señor, dame paciencia! Eso no importa, Chinga, escuche. A nosotros nos habían amenazado varias veces para que nos fuéramos del rancho. Pasaban a caballo por la noche. Uno sabía que venían porque las chicharras se callaban, luego uno los escuchaba hablando y sus bestias relinchando. Por las rendijas de las ventanas se veía la luz de las linternas moviéndose y acercándose, daba mucho miedo, Chinga. Mi esposa se tapaba con la cobija y me abrazaba con pies y brazos, yo rezaba para que no tronaran los fierros. Pero finalmente solo nos tiraban piedras envueltas en papeles con mensajes de advertencia. Me mataron dos perros que no duraron mucho porque ladraban. Pulgas y Jacobo. Pobrecitos los animalitos que nada tenían que ver en eso.

—A mí sí que me gustan los perros, cuchito, pero los grandes, no esos chiquiticos de viejita. Yo tenía...

—¡Cállese, Chinga! Le dije que escuche. Me desconcentra y ya le expliqué que a mí se me esconden los recuerdos. La gente que conocíamos y con la que crecimos, reconocidos en el pueblo como campesinos labriegos, empezaron a desaparecer. Dos, tres o cuatro muertos en una misma noche, en un bar del pueblo y cerca de la estación de policía. Luego en la radio decían que habían encontrado los cuerpos en el monte, vistiendo camuflados y botas de guerrillero. Otros vendieron sus tierras por limosnas y muchos empezaron a abandonarlas sin avisar, empacaban los chiros, soltaban los animales y quemaban las casas con todo adentro. Hasta que nos tocó a nosotros recibir la advertencia final. Un mes después de la bomba, llegué al rancho y encontré al lado de la puerta una caja de cartón, adentro una nota que decía: «Tiene un día

para abandonar estas tierras indio asqueroso, por acá no es bienvenido ningún guerrillero».

—¿Una caja de cartón solo para escribirle eso?

—No le puedo contar lo otro que encontré adentro, Chinguita. Mejor investigue qué es «literalmente». Pero, ¿sabe qué?, ya me desvié otra vez, eso no era lo que le quería contar. ¿Qué es lo peor de la cárcel?, me pregunta la gente y yo siempre contesto: perder a mi familia. Nadie me pudo ayudar con eso, es un dolor que todavía tengo. Pero el resto no fue tan mal como creí porque el Profe conocía muchos presos adentro. Él les pidió que me cuidaran, mejor dicho, les dio la orden. Y sí me ayudaron mucho. Para ser honesto, me acogieron. Pero la gente que llega sola, a esa sí la joden desde el primer día, le dan su buen recibimiento como en las películas, pero en serio. Después de que me juzgaron, recibí una sola visita de mi esposa y mi hija, y una última carta que todavía conservo en esta mochila. Una hoja llena de perfume que todavía huelo, ya casi no se siente el aroma, solo el del papel viejo. Hasta hoy nunca he vuelto a saber nada de ellas ni del Profe. Yo mismo les pedí que desaparecieran.

—¿Y por qué les pidió eso?

—Porque como a mí no me pudieron coger de sapo, seguramente seguirían con ellas y hasta serían capaces de matarlas para que yo les dijera dónde encontrar al Profe.

—Durmámonos ya, Eliécer, ahora sí tengo mucho sueño.

—No importa, Chinga, duérmase mientras le hablo, esa era la idea en un comienzo. Yo lo que necesito es confesarme con usted, ya verá si escucha o no. En el fondo estoy

tranquilo porque quedaron en buenas manos. Desde que lo conocí, el Profé siempre ha sido un hombre serio, de palabra. Todos los días pienso en ellas, desde que me levanto hasta que me acuesto, le suplico a la virgen, a los santos, a lo que sea que pueda hacer milagros. Y aunque estoy seguro de que las voy a encontrar, se me está acabando el tiempo. Por eso me atormenta tanto la memoria, tengo miedo de que me falle hasta el punto de olvidar quiénes son ellas, quién soy, para dónde voy o de dónde vengo.

—Ja, ja, ja, tranquilo que eso le pasa a todos los viejitos y usted es uno de ellos. Hasta se parece al del billete.

—No moleste con eso Chinga que lo sueno.

—Ah, bueno pues, viejito, relajado, no es para tanto, era una broma.

—Mi esposa y mi hija son la pila que mueve mi reloj del tiempo, mi esperanza, sin ellas o sin sus recuerdos para qué seguir viviendo.

—Ya, Eliécer, cálese por favor, usted va a terminar llorando, si se va a confesar busque un cura, si no, siga pues con el cuento.

—En la cárcel había un patio central con una cancha de microfútbol, ahí nos asoleábamos como caimanes y hacíamos ejercicio después del almuerzo. En las celdas no entraba el sol. Como las paredes eran gruesas para evitar los túneles, nunca se calentaban por dentro, eran húmedas, olían feo. Había dos camarotes por celda, es decir cuatro personas, pero en otras había otros dos colchones extras en el suelo, seis personas. Ahí ni siquiera se podía caminar, cuando los presos estaban encerrados en esas piecitas, la tenían que pasar acostados

o sentados. Por eso a todo el mundo le gustaba tanto el patio, a mí más que a los otros, creo. Sí que disfrutaba mis caminatas a cielo abierto, perdía la cuenta de tantas vueltas que le daba a la cancha. Pero también era el lugar más peligroso de la cárcel, le daban puñal a la gente facilito y nadie veía nada, todos se hacían los ciegos. Los domingos eran tristes, ese día los presos se dividían en dos grupos: los visitados y los no visitados. Yo era de los segundos, un grupo que iba creciendo con el tiempo. En la cárcel hay mucha gente que nadie visita, entran y el primer año les hacen fiesta todos los domingos, pero luego se olvidan de ellos, se vuelven un estorbo. Vi muchos de esos corazones rotos y sufriendo, incluyendo el mío.

—Si mi papá estuviera vivo yo sí lo visitaría cada domingo. Pero me salvé de eso porque él ya salió, solo que salió muerto.

—Yo sé que sí, Chinga, usted se ve que es un niño bueno. Pero lo mejor de todo, es que en ese patio había una perrita, se llamaba Nieves, era toda blanquita, de esas que a usted no le gustan, de viejita. Los presos la alimentaban, la sobaban y cuidaban de ella, era toda juguetona. Todos la querían, menos los alérgicos y los que se habían untado de sus mierdas en un descuido. A mí me caía muy bien, me gustaba caminar con ella después del almuerzo, éramos buenos amigos. Yo le tiraba los huesos del pollo que le guardaba, y ella en vez de roerlos me los traía de regreso para que se los tirara de nuevo. Era muy inteligente y a mí me causan mucho asombro los animales inteligentes. Era una chandita buena. Me encariñé mucho con ella, los presos creían que era mía.

—¡Pero yo creí que en la cárcel no se podía tener perros!

—Claro que no se puede, Chinga. Era una perrita de la calle que cuando yo entré ya estaba ahí. Vivía en un rincón al lado del caspete, dormía en unos cartones y unas toallas viejas, llenas de pulgas y de pelos. Contaban los más viejos que Nieves un día se metió por la puerta de las visitas y los guardias se encariñaron tanto que la dejaron viviendo adentro. Algunas veces sí trataron de sacarla lejos, pero siempre volvía sola a ladrar en la puerta, y ahí se quedaba hasta que le abrían. La única que vuelve a la cárcel por voluntad propia, ja, ja, ja. Los perros son tan nobles, Chinga, que no les importa estar en la cárcel con tal de tener amigos. En la noche yo le silbaba desde la ventana de la celda para despedirme y a través de los barrotes veía cómo paraba las orejas y meneaba la cola. Estoy seguro de que sabía que era yo. Ladraba dos o tres veces, daba unas vueltas alrededor de los cartones y se echaba. Algunas veces me abandonaba en el patio y se iba con otros presos que le daban sobrados, pero luego volvía a buscarme. Bien interesada pero fiel la perrita. Ya que lo pienso bien, me suena conocida la frase.

—¿De qué se ríe solo, cuchito? ¿Cuál es el chiste?

—Nada Chinga, cosas de mujeres. El patio estaba dividido por grupos de presos, como pandillas. Y no me gustaba que Nieves se fuera para el grupo de los paracos, pero como ella no sabía quién es quién, se iba. No tengo nada que ver con eso de las pandillas, sin embargo ella y yo pertenecíamos por obligación a los del Profe. En la cárcel hay ciertas leyes que obedecer, ¡todas escritas por brutos!

—Yo por eso trabajo, Eliécer, porque no quiero vol-
verme un bruto.

—Sí, Chinga, aunque la mente cambia con el tiempo.
Además usted con esa sangre, no dudo dónde...

— ¿Y qué pasó con la perrita?

—Ah, sí. Entonces un día se fue para donde los para-
cos. Ellos, la verdad, parecían presos tranquilos, hacíamos un
esfuerzo para llevarnos bien, por lo menos para aparentarlo.
A veces sí había una pelea jugando fútbol, algunos insultos y
empujones, y otras cosas de las que nadie se enteraba, solo
cuando aparecía el muerto, o más bien cuando desaparecía.
Era obvio que había peleas ocultas por el control de las vacu-
nas en el patio, del comercio de drogas y el contrabando. Por-
que como usted bien lo dijo en el bus, en este país hay que
pagar por todo, hasta para estar en la cárcel. Para yo poder
pagar mis impuestos carcelarios, adentro trabajaba en...

—¿Pero qué paso con la perrita, ya se le olvidó otra
vez? Ja, ja, ja. Ya veo que sí es verdad lo de la memoria cu-
chito.

—Le dije que no se metiera con eso Chinga, no se
burle. Un día la perrita se fue a olfatear donde los paracos, fue
porque se dio cuenta de que había un preso nuevo. La verdad
llevaba como una semana adentro y a pesar de ser nuevo, era
un preso reconocido, alguien que atemorizaba. Se decía que
era un cabecilla importante, el administrador de una oficina.
Nieves se fue a saludarlo, a darle la bienvenida. Yo la estaba
vigilando atento. Ella le olfateó los pies y él ni siquiera la miró,
pero ella seguía saludándolo con la cola. El nuevo le tiró una

escupa a la perrita y ella se la lamió. ¿Usted sí sabe, Chinga, que los perros con la nariz dan la mano?

—No sabía, ¿cómo así?

—No, nada. Entonces, sin ningún motivo, Nieves le empezó a ladrar después de olfatearlo, le mostraba los colmillos, no se callaba. Algo extraño debió sentir en ese hombre, ella nunca había sido agresiva con nadie. Y de pronto la vi volando, moviendo las patitas por el aire, dando una voltereta. Cayó al piso pero no se levantó de inmediato, se quedó ahí llorando. Yo salí corriendo a recogerla, pero cuando la cargué me mandó un mordisco. Me tocó esperar a que se calmara. Parecía que un dolor la estaba matando por dentro. Finalmente y después de yo insistir con caricias lentas, se dejó sobar solo la cabeza, yo la sobaba pasitico y ella ahí acostada respirando maluco, como asfixiada. Creo que el hijueputa le partió una o dos costillas con la patada que le dio y ese chuzo le molestaba los pulmones por dentro. Solo respiraba a chorritos. Me dio mucho pesar y rabia. Miré al hombre agachado desde el piso, de reojo y él me estaba mirando atento, como esperando mi respuesta, listo para devolverla. Me dijo: «¿Se perdió uno igual o qué? ¿Qué mira indio asqueroso?, ya se nos llenó este patio de guerrillos, pues. Ustedes sí se reproducen como ratas». Me acuerdo muy bien de esas palabras. Así es Dios, eso sí no deja que se me olvide.

—¿Y la perrita?

—Yo llamé a un guardia, a Gonzalo, Paso e' Reina le decíamos. Era un buen hombre, un buen amigo, trabajaba para el Profe. Entre los dos la envolvimos en una toalla, él la cargó y se la llevó como una momia chiquitica. Solo se le veía

asomar la cabeza, le vi los ojos por última vez, tristes, resignados e indefensos. El guardia me dijo que la llevaron a un veterinario y la regalaron para evitar problemas con los presos, pero yo creo que la dejaron en la calle abandonada.

—Qué hijueputa tan descarado ese que le pegó la patada. ¿Usted por qué no la defendió?

—Primero que todo, no diga esas palabras, Chinga. Cero y van tres. Además ni se imagina de quién está hablando. Segundo, ¿para qué? Si ya le había metido la patada. Pero la verdad, la verdad, es que yo soy un cobarde, ya se lo dije desde un principio.

Pasaron los días y mis amigos de celda me notaron la tristeza, dijeron que si quería hacer algo al respecto, pero dije que no, que mejor dejáramos eso así, no era bueno empezar una guerra peor de la que ya había. Hasta ese momento yo no era un hombre rencoroso ni vengativo. Pero el signo cambiaría otra vez el contenido del paréntesis.

Era el 24 de Septiembre, me acuerdo bien de la fecha porque era el día de la Virgen de las Mercedes, patrona de los reclusos, un día especial de misa, familia y fiesta. Para ese entonces habían pasado unos seis meses desde que se fue Nieves. Con el preso que la pateó yo me veía seguido y de vez en cuando me buscaba problema, pero yo lo evadía, o mejor dicho, me escondía. Claro que más rabia le daba al pobre imbécil, o por lo menos eso me gustaba creer.

Esa mañana hicieron una eucaristía muy larga en pleno patio, duró como dos horas. Luego, para el almuerzo, dejaron entrar a las visitas con alcohol y comida, esa vez inclusive niños y viejitas. Había música a todo volumen, baile,

cerveza, chicha y aguardiente. Se supone que era prohibido, pero parece que la guardia lo aceptó por lo de la virgen. Además ellos también bebían. Como a las seis de la tarde, apagaron la música y comenzaron a sacar a la visita casi que a patadas, nadie quería irse. Había borrachos ya tirados y arrastrándose por el piso, hacían pataletas apenas los dejaban solos, parecían lombrices recién salidas de la tierra. Otros empezaron a llorar, a repartir abrazos, a quejarse. Uno que otro se puso violento, discutían, quemaban la basura y se ganaron unos buenos golpes de los guardias ya entrados en tragos. Yo observaba todo, sentado y tranquilo, achantado por la nostalgia y melancolía. No había tomado nada, me quedé extrañando a Nieves y soñando con mi visita.

Pasé toda la tarde en uno de los escalones que conectan la cancha con el salón social, donde está el caspete. El caspete era una pieza desnuda por dentro, sin revoque, se le veían los bloques grises y conservaba una poceta en el piso. Anteriormente guardaban las escobas y los baldes allí. Solo que le abrieron una ventanita pequeña, y la cerraron con varilla pintada de rojo. La convirtieron en una tienda donde vendían gaseosa, papitas y cigarrillos. El salón social tenía un área grande de baldosas rojas con rombos amarillos. El techo estaba cubierto con retazos de tejas plásticas y de arcilla, sostenidas por cerchas verdes. En ese espacio había una mesa de ping-pong y una de billar. También ahí hacíamos presentaciones, obras de teatro, algunos tocaban música y en el peor de los casos bailábamos entre hombres. Bueno, pues sí, etcétera. En esa escalera estaba sentado yo cuando sentí que alguien me puso una mano en el hombro y me apretó fuerte.

Miré al lado y era el hijo de puta ese que le metió la patada a Nieves. Se sentó y me abrazó por el hombro como si fuéramos amigos. Me habló de cerca, en secreto, pero con esos secretos que multiplican la amenaza: «¿Sabe qué, guerrillero? La mala pa' usted y toda la indiamenta, aquí no hay espacio para subversivos y póngala como quiera, que si hay que matarlo aquí mismo, lo dejo frito, como a tantos que cargo encima. Si toca, a usted también le quiebro las costillas, pa' que lo saquen como a una perra llorando».

El hombre estaba muy borracho, no podía dejar quieta la cabeza, se le iba para delante y casi ni se le entendían las palabras porque se babeaba. La boca le olía a puro aguardiente y cigarrillo. La verdad es que me asusté mucho, empecé a rezar, ese borracho tenía muy malas energías, creí que iba a matarme, que me había llegado el momento. Traté de pararme y dejarlo ahí hablando solo, pero cuando lo hice, el borracho me jaló de la mano duro y caí sentado nuevamente. Me golpeé las nalgas y la espina. Pero en vez de matarme, me siguió diciendo tonterías, ofendiéndome, amenazando, contando sus delitos, orgulloso de su maldad y de su jerarquía. Yo ni siquiera le estaba prestando atención, me fastidiaba con el aliento. Solo esperaba que los guardias vinieran para la recogida y se lo llevaran a golpes. Cuando de pronto escuché que dijo unas palabras: «Toribio y Carequeso», ahí sí me puse alerta, paré el oído y lo miré de frente. No se imagina lo que siento cuando escucho esas palabras. Entrecortado, dijo: «usted no sabe con quién se está metiendo, yo soy la mano derecha del patrón, no como estos aparecidos con los que ando aquí. Yo soy el remplazo de don Bernardo y Carequeso, yo

mismo les di de baja con estas manos. Espere y verá indio que a mí me sacan de aquí rapidito, pero mientras tanto hago lo que más me gusta, tumbar guerrillos. Los pagan bien, y más en la cárcel. Yo soy alias Guillotina pa' que lo vaya sabiendo, mucho gusto». El hijueputa se atrevió a darme la mano y siguió hablando: «¿Sabe por qué me dicen Guillotina? Pues váyase usted imaginando. Pregunte quién era el comandante y señor de Toribio, quién era el dueño de las minas y mandaba a repartir cabezas en cajas de cartón después de jugar fútbol con ellas. Yo le recuperé todas esas tierras al patrón. No se meta conmigo, indio, se lo advierto, le mocho la suya también». El hombre no habló más, pegó la barbilla al pecho y se quedó dormido como si le hubieran apretado un botón de apagado, se le acabó la gasolina.

Yo sentí que el corazón se me salía del pecho, me palpitaba rápido y fuerte, me agité mucho, se me hincharon los ojos de sangre. Era el sentimiento de la venganza recorriéndome el cuerpo, lo experimenté de manera instantánea. El verdugo de mi padre estaba ahí a mi lado hablándome y me acababa de dar la mano. Como usted y yo en este momento, Chinga, la historia se repite. Pensé en ahorcarlo con mis manos mientras estaba indefenso y dormido, pero mirando donde estaba, lo pensé dos veces, no quería otros cincuenta años ahí adentro. Lo miraba entonces y recordaba cuando abrí esa caja de cartón y... bueno, no hay necesidad de tanto detalle. Al final me quedé quieto, a los minutos llegó la guardia para la recogida. Se lo llevaron arrastrando los pies hacia su celda.

Desde ese día no pude volver a dormir bien, me despertaba sudando, ansioso y con pesadillas. Soñaba cosas horribles: que me cortaban la cabeza y que podía seguir viendo mi cuerpo ahí tirado, los ojos me seguían funcionando. ¿Será que si a uno le cortan la cabeza se dará cuenta de lo que está pasando? ¿El cerebro seguirá trabajando? En fin, me daba miedo dormirme, no quería soñar. Desde ese día cada que veía a ese asesino al frente mío lo quería matar, se me pasaron mil formas por la cabeza. Cuando la maldad se le mete a uno adentro, se vuelve creativo. Pero pasaron los días y yo no actuaba, supe que nunca lo haría. Decidí entonces esperar a que el tiempo me curara las heridas, pero ya no podía, me había intoxicado el cuerpo y el alma.

Pasó más de un mes y yo con esa infección, incubando el odio. Hasta que todo cambió cuando me enteré de que iban a extraditar al hombre, se lo iban a llevar pa' arriba en unos meses. Entonces ahí enloquecí por completo, vi cómo se me escapaba la oportunidad de venganza y le conté todo a mis amigos de celda. Al Chespi, Macario y Macías, unos guerrilleros de la vieja guardia. Terroristas, gente ya torcida.

Ellos sabían que el hombre era importante, pero cuando se enteraron de que se trataba de alias Guillotina, ni siquiera me preguntaron qué quería hacer, solo de qué forma quería matar a esa porquería. El Chespi, un hombre bien educado que siempre tenía un refrán para todo, dijo: «¡por la boca muere el pez! ¡Conque Guillotina! Que caiga entonces como María Antonieta. A ese bastardo hay que cortarle la cabeza,

por bocón. El que a hierro mata, a hierro muere. ¡No se preocupe, Eliécer, nosotros nos encargamos de todo!». «Pero yo se la corto», les dije.

Así fue como ocurrió. Yo no me enteré de los detalles, pero como lo prometieron, lo cumplieron. Lo único que supe fue que una noche después de la comida llegó Macías con un balde amarillo, una almádana, un bloque de madera y una cuchara de metal a la que le había sacado filo. Me la entregó envuelta en una camisa y me dijo: «lo siento, Eliécer, fue lo mejor que conseguí. Tiene que ser hoy por la noche, ya Paso e' Reina sabe. Él tiene todo listo. Lo único que usted tiene que hacer es esperar aquí en la celda». «¿Y para qué el balde?», le dije yo. «Ya se dará cuenta», respondió Macario, pasándose el dedo índice por el cuello.

Era la media noche y la cárcel debía estar en completo silencio, pero en la celda del lado y como parte del plan, un radio prendido tocaba salsa para hacer bulla. De pronto llegó un guardia y abrió la celda. Dijo: «rápido que tienen veinte minutos, si no regresan en ese tiempo vuelvo a cerrar la reja. Allá los está esperando Paso e' Reina, al preso ya le metieron el sedante, está en la enfermería». Entonces los tres se fueron y me dejaron acompañado solo por la luz que entraba por la ventana. Yo hice todo al pie de la letra, solo esperé en silencio. Pero no podía quedarme quieto, me miraba las manos extendidas como un sonámbulo, para calcular mis nervios con su temblor. Me dolía la barriga, tenía ganas de cagar y de vomitar al mismo tiempo, pero ninguno de los dos salía. La espera era eterna, y yo con esa cuchara en una mano y en la

otra una linterna, peleando conmigo mismo, preguntándome si lo haría.

De repente entraron los cuatro, ya traían al preso debilitado, como un ave muerta con las alas extendidas, su cuerpo parecía de trapo. Entre Chespi y Macario lo sostenían por los brazos para que no se desplomara. Yo le alumbré el rostro con la linterna, tenía toda la cara hinchada por los golpes y sangrando. Le habían dado una golpiza con bolas de billar que robaron del caspete. Era un lechón que en vez de una manzana tenía la boca llena de medias enrolladas. El hombre trataba de hablar pero nada se le entendía, no podía abrir bien un ojo, un hematoma se lo cubría. Yo esperaba algo muy distinto, un cuerpo completamente privado, pero parece que el plan funcionó a medias. Se suponía que después de ir a la enfermería por un envenenamiento provocado, lo sedarían completamente, pero cuando fueron a sacarlo de la enfermería, el hombre opuso resistencia y tuvieron que ablandarlo a golpes.

«Listo, Eliécer, todo suyo», dijo Macías levantándole la cabeza, jalándolo del pelo. Yo apunté con el rayo de la linterna a su cuello estirado y le vi palpar la arteria inflamada por el miedo. A través de su ojo abierto vi un hombre indefenso, resignado a morir. Empuñé la cuchara con fuerza, pensando en mi padre, y le puse el filo en el cuello, me sentí poderoso. Pero la verdad es que dudé y no pude hacerlo, no hay una disculpa diferente, sentí compasión por el hombre. En el fondo yo siempre supe que no podía hacerlo.

«¿Qué hace, Eliécer? Muévase que no tenemos toda la noche, todavía hay que desaparecer el cuerpo, mátelo

pues», me decía Macías, como si se tratara de cortar una verdura o de pisar una hormiga. Y yo no entendía las órdenes que me daba, estaba ahí paralizado sin poder moverme, las manos no me respondían, el cuerpo me quedó como el de un reloj sin pila. Entonces Macías me empujó sacándome del le-targo y me arrebató la cuchara de la mano. El resto es mejor que no lo sepa, Chinga, no es necesario. Lo que interesa es que usted conozca cómo murió su padre y por qué lo mata-ron. No fue por ninguna vacuna, pero sí porque se lo mere-cía.

Bueno, pues. Finalmente esa es mi confesión y mi pe-tición de perdón. Usted tiene el derecho a decidir entre el odio o el perdón, cualquiera de los dos lo entendería. Como en este momento, yo también estuve ahí parado escogiendo muchas veces por dónde seguir. Mi vida siempre ha estado donde se dividen esas dos vías. Espero que en el fondo de su corazón algún día pueda perdonarme. Es mejor no guardar rencores como lo hice yo. Discúlpeme por contarle algo tan macabro pero yo tenía que sacarme el remordimiento, con-fesarme, y quién mejor que usted para saberlo. Por algo ocu-rren estas coincidencias en la vida.

¿Qué piensa, Chinga? Hábleme que usted ya está grandecito y bien recorrido como para entender todo esto. ¡Chinga, Chinga, Chingaaa!

—¡Hey! ¿¡Qué pasó, cuchito!?! No me despierte así. ¿Ya llegó el bus? ¿Por qué la gritería? Yo estaba soñando hace rato con la perrita, deje dormir.

V

—Eliécer, ¡muévase que está muy tarde, nos va a coger la noche! —dijo el Mono jalándole la camisa—. Usted sí que está enviciado a estos billares. Todo lo que se gana se lo gasta aquí metido. Qué bobada.

—Es mi plata, Mono, no sea metido —respondió Eliécer mientras le untaba tiza al taco—. Me la gasto como quiera.

—Está bien. ¿Pero sí ve lo que le digo? Esa es respuesta de vicioso, que cuando le dicen la verdad se emputa. Si quiere se queda entonces. ¡Adiós! Yo me largo. Después llego tarde y Carequeso no me presta el traje.

—¡Hey, Mono, espere! ¿Se puso bravo? No sea marica. Perdóneme pero es que a veces usted parece una beatica. Siempre regañando. ¿A qué horas es que se tiene que encontrar con ese pendejo? —dijo Eliécer dejando rodar la carambola.

—A las dos en su casa, pero ni se le ocurra decirle a nadie de esto, no quiero que mi mamá se entere. A ella no le gusta que me junte con Carequeso. Dice que ya está muy grande para andar con nosotros y nos corrompe. Si en verdad

me va a acompañar, camine rápido que la fiesta empieza a las ocho y no podemos llegar tarde, sería una falta de respeto con la quinceañera.

—¿Quiere que lleguemos a poner los manteles? ¿Sí ve Mono que usted sí es como una viejita amargada? ¡Siempre regañando y echando cantaleta!... —dijo Eliécer dejando el taco en la mesa para salir detrás de su amigo que ya había cruzado la puerta estilo cantina del viejo oeste.

Tuvo que apresurarse para alcanzarlo y caminaron unos minutos sin intercambiar palabras, hasta que el Mono rompió el silencio:

—Usted lo que está es bravo porque le pedí el traje a Carequeso.

—No, no estoy bravo por eso, pero reconozco que me da rabia. Usted sabe que él me quiere quitar a Victoria —explicó Eliécer caminando con las manos en sus bolsillos y masticando una ramita.

—Perdóneme amigo, lo que pasa es que nadie más en este pueblo tiene un traje que le sobre y que me preste. Me tocó.

El pueblo se había transformado un poco desde aquel día en que Eliécer visitó por primera vez la tienda de radios y relojes. Ahora el parque tenía bancas de mármol, aceras y jardines encerrados por rejas verdes. En el centro, como atracción principal, había una nueva fuente de azulejos con querubines donde los enamorados arrojaban monedas a cambio de deseos; casi siempre de matrimonio o divorcio. La iglesia había duplicado su nave central y ahora tenía dos torres exteriores que hacían las veces de campanarios, solo que en lugar

de campanas había dos bafles grandes. Las puertas y ventanas de la casa cural y la alcaldía cambiaron de la madera pesada y opaca al aluminio liviano y brillante. Las casas de los nuevos ricos tenían timbre, los avisos de las tiendas pasaron de ser una lata pintada a tridimensionales relieves iluminados por gases nobles. Las casetas de madera y paja que formaban la antigua zona comercial se habían trasladado a los perímetros del parque, dejando las orillas del río habitadas solo por unos agonizantes balnearios. Las cantinas doblaron su altura y ya se bailaba también en los balcones del segundo piso, desde donde se podía espiar a los enamorados y ver en primera fila las peleas a machete. Pero a pesar del maquillaje, el parque seguía siendo el mismo cuadrilátero lleno de pulgas y berrinches y las calles pavimentadas, el mismo parqueadero hediondo para mulas y caballos.

Hace unos años, antes de que llegara la maquinaria amarilla encargada de explorar los ancestrales socavones indígenas, la única diversión del pueblo eran los prostíbulos ubicados a la orilla del río. Pero ahora, había carritos en la calle vendiendo perros calientes y hamburguesas, salones exclusivos de baile con televisor y rocolas, peleas de gallos y casas de apuestas. Para ese entonces, los jóvenes ya habían archivado los trompos y las canicas.

—Yo creo que Carequeso está loco —dijo el Mono orbitando su oreja con el índice—. Esta mañana, como a las ocho, cuando iba a comprar la leche lo encontré en el atrio de la iglesia bebiendo chicha y quemando pólvora, riéndose solo y tirándole papeletas a la gente. Me dijo que tenía una sorpresa para esta noche.

—Seguro es que va a quemar voladores o meter trago de contrabando a la fiesta. Carequeso va por mal camino, es cierto, eso es lo que dice la gente. Mejor devolvámonos, qué nos vamos a meter en esa casa.

—Ja, ja, ja. ¿Ahora quién es la beatica? —respondió el Mono golpeando a Eliécer en el hombro. Este reaccionó desenvolviéndole una patada, pero el Mono la esquivó porque se la esperaba. Así jugaban, dándose golpes. Tenían sus particulares maneras de comunicarse.

—Me debes una, Mono. Yo soy todo un varón. Es solo que no me gusta buscar problemas o pelea. Pero eso sí, si toca me defiendo. Y por Victoria hago lo que sea.

—Pues debería empezar por declarársele, se la van a quitar por miedoso.

—Tiene razón, pero de esta noche no pasa Mono, se lo juro. Lo tengo todo bien planeado, noche de baile y romance nunca falla. Un consejo del viejo.

—Cambiando de tema, ¿viste la moto que compró? —dijo el Mono para calmar y hacer mover a Eliécer que se había puesto lento y nervioso con el tema del baile.

—No he visto, ¿Quién? ¿Cuál moto?

—Pues quién va a ser, don Bernardo, el papá de Carequeso. Ya no anda a caballo, anda en una moto grande. Él está trabajando con la gente de las minas, ya no es cualquier mayordomo.

—¿Y será que se la presta al hijo? —dijo Eliécer sobándose el hombro adolorido—. Con moto seguro me quita a Victoria.

—Seguro que sí, a Victoria y a todas, igual que el Taita. Mi mamá dice que desde que trabaja con la gente de las minas, cada día lo ven con una distinta.

Los dos continuaron hablando de motos, chismes y mujeres mientras atravesaban la plaza y se metían entre calles cada vez más angostas, cuando por fin la vieron de frente.

—¿Es esa? —preguntó Eliécer señalando con el dedo y dejando la boca abierta.

La moto estaba parqueada al frente de la casa de Carqueso. Habían llegado a su destino. El tanque y el mofle brillaban como la plata recién lustrada, la llanta trasera se unía al chasis por dos resortes gruesos, la llanta delantera tenía el caucho embetunado y lleno de dientes nuevos, los guarda polvos rojos llevaban dibujos de llamas amarillas. Eliécer le sobó el tanque suavemente, como si fuera el lomo de un caballo, hundió sus pulgares en la espuma del asiento para sentir el confort, le miró las llantas de cerca y les dio unas pataditas leves, chequeándoles el aire. Puso ambas manos sobre el manubrio y pretendió estar manejando. Trató de aflojar la tapa del tanque.

—Por aquí se le debe echar la gasolina —dijo.

—¡Deje eso quieto, Eliécer, la va a tumbar y nos van a regañar! —dijo el Mono tomándolo del brazo—. ¡Don Bernardo es muy bravo!

—¡Eh, pero dele pues! ¿A usted cómo se lo aguantan en la casa, Mono? Solo la estoy mirando, está muy linda, pa' eso es. Además quiero entender cómo funciona.

Eliécer se liberó del Mono y se fue montando en ella ignorando las órdenes de la razón. Con su voz simulaba el

sonido del motor cada que la aceleraba y se imaginó manejando por la autopista con Victoria abrazándolo como parrillera.

—¡Oiga, bájese de ahí joven, ¿qué está haciendo?! — una voz rugió desde el balcón y una mano gruesa tronaba los dedos varias veces como llamando a un perro—. La va a inundar. ¿Quién le dio permiso?

—Perdónelo, don Bernardo. Yo le dije que no se montara, pero no hace caso, es un maleducado —dijo el Mono juntando las palmas para rogarle al señor—. Por favor no se ponga bravo.

—¡Mono, cálese que yo me sé defender solo!... Lambón —dijo Eliécer en voz baja, bajándose de la moto y disparándole una mirada rabiosa a través del canal que hay entre las cejas.

Don Bernardo cruzó los brazos y frunciendo el ceño los castigaba con la mirada. Su cabeza permanecía recta, se sentía un César. Estaba descalzo, de pantaloneta y sin camisa, tenía su vientre apoyado en la baranda y unos cardúmenes de pelo negro le envolvían el cuerpo de manera desordenada, le recorrían las piernas, el pecho, la espalda, el cuello y las orejas. De allí saltaba a sus pobladas cejas y bigote, para desaparecer finalmente como una mancha leve sobre su cabeza rapada. Un cristo colgaba de una cadena de oro gruesa que a ojo se sentía cuánto pesaba. También lucía una manilla en cada muñeca y dos o tres anillos por mano para completar la indumentaria. Un indio modernizado a golpes, sin lugar a dudas.

—¡Cálese usted, Eliécer, déjeme yo hablo, nos vamos a meter en un problema por su culpa! Yo no quiero que me

castiguen, luego me pierdo la fiesta. ¡Ay, donde mi mamá se entere dónde estamos! ¿Don Bernardo, está Alcides? Dígale que lo está buscando el Mono y Eliécer, es para lo del traje.

—¡Cuidadito pues con la moto, culicagados, que eso no es un juguete! Y ojalá los vuelva a ver montándose en ella.

El palurdo se entró sin despedirse.

—Mucho cuidado, Eliécer, no le vaya a decir Carequeso a Alcides, no se le vaya a escapar esa palabra. Usted sabe muy bien que no le gusta que le digan así.

Alcides se asomó al balcón. Era la versión lampiña y sin grasa de su padre.

—¡Eh, Mono, casi que no llega! Pensé que no iba a venir, suban —dijo.

La chapa de la puerta sonó varias veces invitando a empujarla. Alcides la abría desde el segundo piso jalando una cabuya que viajaba a través de la baranda. El Mono abrió la puerta creando un eco en las escalas. Los dos subieron jugando con el sistema de apertura a distancia, luego los tres se saludaron intercambiando mancazos. Alcides olía a chicha. Estaban parados en la sala de la casa y las paredes blancas que recibían a los visitantes, engañaban el aburrimiento con una imagen descolorida del sagrado corazón y dos cuadros de búhos, uno a cada lado del redentor. Las aves nocturnas no estaban pintadas. Sus formas habían sido definidas por un tejido geométrico de puntillas e hilos de colores templados. Bajo los cuadros, una señora pintoreteada, de pelo esponjado, mitad amarillo, mitad negro, se estaba alimentando. Tenía un plato en una mano y en la otra una cuchara. Estaba sentada de manera incómoda al borde de un sillón de dos puestos tipo ajedrez

cuyas patas eran unas bolas doradas (Eliécer se imaginó jugando billar con ellas). Al frente de la mujer había un televisor con una antena que alcanzaba el techo y en el aparato trataba de descifrar, con quejas, una imagen llena de rayas blancas y negras. Cuando vio a los invitados en la sala, tuvo que mover unos perros jugando cartas y un payaso lacrimoso de porcelana, para descargar el plato sobre la mesa de cristal con aristas metálicas.

—¿Quieren almuerzo, jóvenes? —preguntó la señora amablemente.

—Sí señora —dijo Eliécer.

—No señora —dijo el Mono. Ambos a la vez.

Eliécer recibió una patada disimulada en el tobillo.

—No señora, mejor no —rectificó Eliécer—. ¿Puedo ver los búhos?

—Claro mijito, ¿por qué no? ¡Eso tan feo! Si quiere lléveselos para su casa. Yo misma se los empaco —la señora le respondió con la boca llena y con la mirada clavada en el plato.

Los tres amigos rieron con la falacia.

—Su mamá se ve que es muy querida, Careq... perdón, Alcides —dijo Eliécer.

—No es mi mamá —respondió Alcides mirando el piso—. Mi mamá se fue de la casa. Esa es una amiga de mi papá que se está quedando aquí temporalmente. Yo creí que iba a venir solo, Mono. Usted no me dijo que venía acompañado.

Alcides se fue caminando hacia la última pieza de la casa, dejando a los otros dos ahí parados. Parecía disgustado con el comentario.

—¿Sí ve, Eliécer? Mejor quédese callado, usted cada que habla la caga. Lo primero que le dije y lo primero que hace, casi le dice Carequeso —regañó el Mono en voz baja.

—Sin pena, jóvenes, no sean tímidos. Bien puedan sigan que están en su casa, no se queden ahí parados —dijo la señora.

Ninguno de los dos se atrevía a moverse. Para llegar a la pieza tenían que pasar por el comedor y ahí estaba sentado don Bernardo. Desde la sala se le veía su cabeza rapada y el pelambre de la espalda atrapado en el respaldo de la silla.

—Vaya usted primero, Eliécer, ¿para qué se puso a joder con esa moto! —dijo el Mono empujándolo por la espalda.

—Está bien, ahora sí comprobamos quién es más varón, ¿cierto? —respondió Eliécer dándole un golpe en el hombro al Mono—. ¡Me la debías!

Eliécer fue entonces el primero. Pasaron un corredor iluminado por una ventana que daba a un patio interior. Don Bernardo los sintió venir y se paró. El sonido de la madera rayando la baldosa hizo que los dos se detuvieran nuevamente. El Mono permaneció oculto detrás de Eliécer. El don con una mano se sobaba la panza haciendo círculos, explicando que había quedado muy satisfecho con el almuerzo; y con la otra mano, se liberaba residuos de comida atrapados en los molares. Su lengua revisaba el trabajo de la uña. Los jóve-

nes vieron sobre la mesa fajos de billetes divididos y organizados por denominaciones, unos cuadernos de escuela, una calculadora, un matamoscas, una botella de aguardiente y un par de copas. Al lado del comedor, sobre una mesa esbelta de mantel rosado, había un radio con lucecitas amarillas y verdes, que parpadeaban lánguidamente al compás de las rancheras.

—Buenas tardes don Bernardo, tiene usted una casa muy linda —dijo el Mono sobre el hombro de Eliécer y haciendo un esfuerzo para vencer la música.

—¿Quién le preguntó?, ¡mocoso! Hable como un hombre, parecen un par de mariquitas ahí parados, ahora no se van a mear aquí en los calzones —don Bernardo comenzó a reír a carcajadas mientras bajaba el volumen de la radio—. A ver, tómense un aguardiente, yo compruebo que mi hijo no se está juntando con niñas.

—Pero es que yo no bebo —dijo el Mono a manera de súplica—. Si mi mamá se entera me castiga y no me deja ir a los quince.

El hombre lo ignoró y rebotó las dos copas con aguardiente.

—¡Hágale pues pa' dentro, chillones! ¡Tomen!

Y estiró ambas manos con las copas. El aguardiente le mojaba los dedos y unas goteras caían al piso. Los otros dos las recibieron cuidadosamente para no seguir derramando.

—Rosita, venga mi amor para que vea esto. Va a tocar hacerles el favor a estos dos a ver si se vuelven hombres.

Don Bernardo rio de nuevo, y descansó sus brazos libres sobre los cuellos y hombros de los jóvenes, los abrazó como abrazan los borrachos. El olor que escapó de sus axilas

venció el del anís. Los dos se miraron de reojo descubriendo temor y malicia en sus miradas. Don Bernardo los atemorizaba, pero en el fondo querían tomar para probarlo.

—¡Ya déjelos en paz! ¿No ve que son un par de cagones? —respondió Rosita sin moverse del sillón, esta vez succionando el tuétano de un hueso.

El Mono se llenó los pulmones de aire, se tapó con dos dedos los orificios nasales, inclinó la cabeza hacia atrás y se bogó el aguardiente de corrido. Había visto a su mamá hacerlo antes. Eliécer lo imitó. El Mono quedó mareado al instante, botó líquido por la nariz, comenzó a toser, se puso rojo y sacaba la lengua para ventilarse. A Eliécer le pasó lo mismo.

—¡Eso está muy fuerte, pero está bueno! —dijo Eliécer retorciendo el rostro—. Deme otro.

A don Bernardo se le borró la risa inmediatamente, no se esperaba la insolencia. Esa sola frase le quitó el sentido al goce.

—Háganle pa' dentro a ver —les ordenó.

Eliécer y el Mono siguieron las órdenes inmediatamente. Tocaron la puerta de la pieza y esta se abrió sola. Vieron un escaparate doble de madera, una cama sin hacer, una ventana abierta y un espejo más alto que Alcides. En él se veía reflejada una colección de latas de cerveza organizadas en pirámide, que parecía inclusive más grande por el efecto físico de la reflexión. Encontraron a Alcides escuchando música y bailando solo. Hablaba y se movía raro.

—Cierre la puerta, Mono —dijo Alcides—. ¿Qué pasó? ¿Por qué se tardaron tanto? ¿Se quedaron viendo los búhos?

—No, qué va, cuáles búhos, su papá que nos paró para darnos aguardiente —dijo el Mono poniendo la queja.

—¡Qué bien! Entonces que empiece la fiesta, miren lo que tengo aquí —Alcides sacó una botella de plástico llena de chicha amarilla que tenía bajo la cama—. Bebamos.

—No, Alcides, gracias, yo me siento mareado —dijo el Mono—. Solo vine por el traje, ¿sí me lo puede prestar? Ya nos vamos.

—Se lo presto con una condición: que se tome esta botella conmigo.

Alcides bebió un trago y pasó la chicha.

—Está bien, pero que sea solo un trago.

El Mono bebió, comprimió los párpados, sacudió todo su cuerpo y le pasó la botella a Eliécer.

—¿Y usted qué se va a poner? —preguntó Alcides a Eliécer con algo de rabia envuelta en las palabras.

—Yo todavía tengo buenecito el traje y el corbatín de la primera comunión. Yo la hice tarde —dijo Eliécer luego de beber—. Me queda muy ajustado y se me ven las medias, pero es lo que tengo.

—¿Y están bien preparados para el baile? Yo sí he estado practicando para lucirme —dijo Alcides mostrándoles unos pasos complicados (Cuando la canción en la radio decía: «tú», él señalaba su figura en el espejo y luego aplaudía).

Eliécer y el Mono se miraron impresionados. Con los ojos muy abiertos, las cejas levantadas y la voz sin volumen, el Mono le dijo a Eliécer:

—Ay, Dios mío, vámonos.

—¿Usted si sabe bailar, Eliécer? —Alcides fue desempacando la rabia—. Si quiere yo le enseño.

—No, gracias —dijo Eliécer—. Yo sé más o menos. Aunque nunca me habían invitado a unos quince.

—Para esta noche se puso un escapulario en cada tobillo —dijo el Mono riendo y levantándole el pantalón a Eliécer para demostrarlo—, dice que ya aseguró los dos pies.

—¿Usted por qué es tan sapo, Mono? ¿Tiene que estar contando la cosas de uno todo el tiempo? —Eliécer se molestó.

—¿Y usted, Mono, si sabe bailar? Venga yo le enseño —Alcides trató de sujetar las esquivas manos del Mono.

—No, gracias, Carequeso —respondió el Mono retrocediendo contra el escaparate. Tenía las manos levantadas como si se tratara de un asalto.

Alcides se transformó al escuchar esa palabra y lo tomó con ambas manos por el cuello, comenzó a sofocarlo y sacudirlo como un títere. El Mono trató de defenderse, pero era muy débil para eso y se golpeó la cabeza contra el escaparate.

Eliécer tomó a Alcides por el torso y de un solo movimiento lo tiró a la cama, y dominándolo con una llave que le había enseñado el Profe, le dijo:

—Cálmese, Carequeso. Perdón, Alcides. Cálmese, Alcides, por Dios, va a matar al Mono que es un debilucho.

—Los mato a los dos, malditos arrastrados —dijo Alcides furioso y gritando—. Ya les dije que no me gusta que me digan así. ¿Quieren que les dé un plomazo acá mismo? Y no estoy jugando.

Mientras tanto el Mono trataba de recuperarse del mareo, con sus nalgas posadas en el escaparate, inclinó su cuerpo hacia adelante y apoyando ambas manos en sus rodillas, vomitó. La puerta de la habitación se sacudió violentamente. Al otro lado don Bernardo le daba golpes y hablaba fuerte.

—Abra la puerta, Alcides, ¿qué es lo que pasa ahí adentro?

Alcides bajó el volumen, tapó la botella y la escondió bajo la cama. El Mono se limpiaba la boca con la camisa, mientras decía:

—¡Qué pena!, Alcides, discúlpeme.

Carequeso —perdón— Alcides, abrió la puerta tratando de actuar sereno.

—¿Qué es lo que pasa aquí?, ¿cuál es el desorden? ¿Y ese olor? ¿Para qué se encierran? Usted sabe hijo que no me gusta eso.

El cardumen de pelos hablaba arrastrado y traía la botella de aguardiente en la mano. Se balanceaba hacia los lados como un árbol con el viento.

—Tranquilo, papi, no pasa nada. Es el Mono que está mal con ese aguardiente que usted le dio. Ahí lo vomitó todo.

Don Bernardo comenzó a reír, borró su enojo y dibujó una felicidad maligna en su rostro.

—A ver, joven, lo mejor para eso es otro trago —dijo.

Y como el Mono apenas podía reaccionar por el golpe, se dejó manipular fácilmente. Don Bernardo le enderezó el cuerpo, con una mano le tapó la nariz y le inclinó la cabeza hacia atrás.

—Así es que toma usted, ¿cierto? ¡Como las mujeres!
¿También habrá que taparle los ojos?

Y con la otra mano lo obligó a tomarse un trago directo de la botella. El Mono sintió en su rostro las manos blandas y resbalosas del batracio, pero a pesar de todo, don Bernardo tenía razón, el trago lo revivió.

—Ya, amorcito, deje a los muchachos tranquilos — Rosita apareció en la pieza y se lo llevó como a un niño jalándolo del brazo—. Venga que usted ya está borracho y debe descansar para esta noche.

—¿Sabe qué, Alcides? Yo creo que es mejor que nos vayamos. No me siento bien —dijo el Mono—. Voy por una trapeadora y un balde. Limpio esta porquería y me voy.

—Espere, Mono, no me deje solo —dijo Eliécer tratando de detenerlo—. Cuéntenos Alcides ¿Es verdad que tiene una sorpresa para esta noche?

Pero no hubo respuesta alguna, Eliécer no pudo persuadir a nadie. El Mono se fue por el balde dejando a los otros dos en un silencio incómodo. Cuando regresó y comenzó a limpiar su desorden tuvo que contener las náuseas.

—Ya que volvió este cerdo, sí les confieso a los dos un secreto, esta noche le voy a decir a Victoria que sea mi novia, le voy a declarar mi amor ante todo el pueblo —dijo Alcides sacando pecho y mirándose al espejo—. Lo de la sorpresa no se los puedo decir, no sería sorpresa.

Eliécer entró en pánico y quiso investigar más detalles.

—¿Mono, y el traje? Para eso fue que vinimos, ¿no? —dijo para ganar tiempo porque el Mono ya se estaba alisando para salir.

—Es cierto —respondió Alcides y fue a buscar el traje en el escaparate. Esculcó unos cajones y sacó una bolsa negra.

—Miren, no se vayan todavía que les tengo más sorpresas —dijo Alcides vaciando la bolsa. Un paquete de cigarrillos, una caja de fósforos, tres balas y una veintidós cayeron sobre la cama. Alcides tomó el paquete de cigarrillos, lo abrió y le ofreció cigarrillos a los otros dos—. Fumemos y le presto el traje, lo juro —dijo volviendo a sacar la chicha de debajo de la cama.

—A nosotros no nos gusta eso —respondió el Mono en representación de su amigo—. ¿Esa pistola es de verdad? ¿Es suya?

—¿Cómo saben que no les gusta? Tienen que probar para saberlo —dijo Alcides mientras olía un cigarrillo que se pasaba tocando las pocas lanas que tenía por bigote—. Esto no es cigarrillo, es marihuana.

—¿Qué es marihuana? ¿Una marca de cigarrillo? —preguntó el Mono e insistió con su pregunta—. ¿Esa pistola es suya?

—Sí, exactamente, mi papá me la regaló. Ya he matado algunos perros callejeros —contestó Alcides sonriendo, igualito que su padre.

—Aceptamos lo del cigarrillo, pero primero muéstrenos el traje, ya llevamos más de una hora aquí y ni siquiera lo hemos visto, usted está jugando con nosotros, nos está humillando —Eliécer se metió en la conversación.

—No le haga caso, Alcides —dijo el Mono mientras miraba fijo a su amigo y luego la pistola—. Él ya está borracho, no sabe lo que dice. Venga yo fumo, luego usted me da el traje y nos vamos sin problema.

Alcides prendió el cigarro y se lo pasó primero al Mono, después este a Eliécer, los dos fumaron con obediencia y calma. Trataban de imitar lo mismo que hacía el dueño del arma. Parecía fácil succionar el humo y expulsarlo. Luego de un par de intentos, Alcides les mostró cómo hacerlo de manera más elegante y profesional, como los expertos. Inhaló el humo, lo guardó en los pulmones un momento y lo expulsó por la nariz. Los otros dos lo imitaron tratando de entender las conexiones del sistema respiratorio. El Mono intentó primero, pero al contener el humo comenzó a toser como un viejo tuberculoso, casi le explota la aorta en la sección del cuello. Las venas se le brotaron y los ojos le quedaron empapados por las lágrimas. Eliécer trató de seguirlo pero no pudo hacerlo mejor. Ambos se sintieron mal de inmediato, llenos de mareos y con una sensación desconocida en el cerebro. Alcides se retiró a botar el humo por la ventana, se le veía muy calmado y pensativo mientras divisaba el panorama.

—¿Cierto que la sorpresa de esta noche es que su papá le va a dar voladores para quemarlos en la fiesta? ¿O es algo que tiene que ver con Victoria? —aprovechó Eliécer cierta paz y vulnerabilidad en el otro para seguir investigando—. Cuéntenos el plan completo, nosotros podemos ayudarlo.

—Deje de ser metido, ¿me vio cara de estúpido? —respondió Alcides mostrando su habilidad para hablar con el humo adentro— ¡no pregunte más de eso!

—Le pregunto porque es mejor que no le diga nada hoy a Victoria, es un consejo —Eliécer trataba de convencer a Alcides hablándole de cerca, inclusive se atrevió a ponerle una mano en el hombro mientras lo acompañaba a mirar por la ventana—. Usted sabe que hoy son sus quince y seguro que va a estar muy distraída con los tacones, el vestido, la torta y esas cosas de la fiesta. ¿Por qué no espera hasta el lunes que volvamos a la escuela?

—Usted lo que quiere es que se la deje para usted solito. ¿Cree que no me he dado cuenta? Pero eso no va a pasar, lo siento. Además usted no es ninguna competencia para mí, aléjese para que no salga más herido. Mi papá va a ser el nuevo alcalde de este pueblo, en cambio su papá no tiene ni en qué caerse muerto.

—¡Déjelo ya en paz, Carequeso! —gritó el Mono tras de ellos.

Cuando Alcides y Eliécer se dieron la vuelta, vieron la oscuridad dentro del cañón de la pistola. El Mono le apuntaba a Alcides directo a la cabeza.

—Tranquilo, Mono, tranquilo. No se agite, no es para tanto —dijo Eliécer con la voz y las manos temblorosas—. No vaya a cometer una locura. Eso no es para jugar. Cuidado está cargada y se le dispara.

«¿Para qué fumamos de eso? Tengo mucho miedo, nos estamos enloqueciendo», pensaba Eliécer paranoico sin quitarle los ojos de encima a la pistola.

—No se ponga triste amigo, no se deje humillar más de esta basura. Ya sabemos que este le quiere quitar a su novia, pero yo no se lo voy a permitir, mejor le meto un tiro entre

los ojos —dijo el Mono, cerrando un ojo para poder apuntar con precisión a su objetivo.

—¡Conque matando perros de la calle! Así mismo lo voy a dejar malparido.

Alcides se puso de rodillas ante el cañón y llorando suplicó:

—No me mate, Mono, por favor, se lo ruego. Yo no voy a decirle nada a Victoria. De todas formas ella me dijo que está enamorada es de Eliécer, por eso lo detesto tanto.

¡Bang! Sonó el tiro.

Eliécer dio un brinco y se sacudió, estaba temblando y con las axilas mojadas por el sudor.

—¿Eliécer, le pasa algo? ¿Se siente bien? ¿Qué tiene? —el Mono le preguntó preocupado y analizándole el rostro—. Está todo blanco, sudando y temblando, parece un papel. ¿Sí me está escuchando? ¡Despierte!

Eliécer volvió a ser el mismo, miró a la cama y allí todavía estaba la cajetilla, la pistola y las balas.

—Acabo de imaginarme algo terrible, fue muy real, ¿qué está pasando? Eso que fumamos está muy raro, vámonos de aquí, Mono, que me estoy enloqueciendo —dijo Eliécer.

—Yo también me siento muy raro, pero tenemos que calmarnos. ¿Sabe qué? Ya me di cuenta que Carequeso no tiene ningún traje, mintió solo para que yo viniera. Quién sabe que quería el desgraciado ese. Mírelo como está.

Alcides se había acostado en la cama tapándose la cara con los brazos, estaba hablando incoherencias, cantando de manera estridente y tratando de dominar la borrachera. A ve-

ces acariciaba la pistola como a una amante, fumaba más cigarrillo llenando la pieza de un humo irritante. De pronto se levantó angustiado, como recordando algo desagradable y volvió a subirle el volumen a la radio. Se acostó de nuevo y su voz se fue apagando lentamente hasta quedar dormido.

—Mono, ahora sí larguémonos, aprovechemos que este se quedó privado. Yo estoy muy asustado, tóqueme el corazón como está latiendo de fuerte. Me imaginé que usted le había metido un tiro.

—Déjese de estupideces —dijo el Mono—. Vámonos.

Los dos empezaron a retirarse cuidadosos de no hacer ningún ruido que despertara al dormido, pasaron por el comedor sin despedirse. Afortunadamente don Bernardo también estaba dormido. Se dirigieron a las escaleras, pero la señora todavía estaba en el sillón, esta vez pintándose las uñas de los pies.

—¿Ya se van jóvenes? —dijo—. ¿Por qué tan temprano? ¿No quieren el último aguardientico?

La botella casi vacía estaba sobre la mesita de cristal.

—No señora, muchas gracias —respondieron los dos en coro y bajaron las escaleras corriendo.

Ya en la calle, Eliécer dijo:

—Mono, ya sé por qué su mamá dice lo que dice.

VI

La luz del crepúsculo fue disminuyendo hasta que dejó de iluminar el pueblo y las lejanas montañas desaparecieron tras el telón negro de la noche. El único rastro visible de su existencia eran las solitarias luces de los ranchos donde llegaba la luz eléctrica en ocasiones. Con la noche se activaron las cantinas y sus pistas de baile; los billares y las apuestas; las comidas callejeras y sus fogones; las putas y los ladrones. Los pobladores salían de sus casas con sus pelos bien engominados y brillantes, saturados de desodorantes que funcionaban como perfumes, con camisas de botones bien planchadas, pantalón de paño con prenses y zapatos recién lustrados. Ritual obligatorio del sábado en la noche.

Esa misma noche los frondosos árboles de la plaza estaban iluminados por colores como el rojo, amarillo, azul y verde, todos bien envueltos por camándulas de bombillos resplandecientes. Esferas alegres que acompañadas de una mo-

neda en la fuente, ayudaban a los hombres más feos y desafortunados del pueblo a conquistar el corazón de las novias más displicentes. Los nuevos postes del alumbrado público servían de asta a figuras de la virgen, el Niño recién nacido, burros, bastones, velas y hasta muñecos de nieve, que nadie conocía cómo eran en realidad. Al lado de la alcaldía había un inmenso árbol de falso color verde, era un triángulo isósceles adornado con cenefas brillantes y cuya altura era la de unos cinco hombres. En su punta alumbraba una estrella de David plateada. Su base estaba rodeada por cajas de cartón vacías, envueltas con moños y papeles de colores.

Los parlantes que volvieron obsoletas las campanas, amplificaban los acetatos que llamaban a la misa de siete (la señal que estaban esperando para encontrarse). La temperatura había cedido un poco con la salida de la luna, pero la humedad permanecía inmutable. Los vapores recurrentes de la plaza y los callejones seguían transportando los olores de las fritangas, la boñiga y el orín de los semovientes. Antes de que sonara dicha señal, Eliécer ya estaba en la plaza esperando, todo elegante, con su traje de la primera comunión impecable. «¿Dónde se habrá metido el Mono que no aparece? Él nunca llega tarde y menos para unos quince. Debe estar todavía consiguiendo ese bendito traje. Pobre, como se preocupa con esas cosas de mujeres. A lo mejor estará confundido por la música», se preguntaba Eliécer.

En diciembre, el cura se hacía protagonista y justificaba el incremento del diezmo tocando las novenas por los parlantes. El campanario parecía un minarete, las grabaciones de unas campanas ortodoxas, seguidas por el *Tutaina* y *Anton*

tiru riru riru se escuchaba en toda la plaza, creando unos sincretismos solo vistos entre la mitad del mundo y el trópico de cáncer. «Vamos a llegar tarde. ¡Qué mierda! voy a tener que ir a buscarlo a su casa», finalmente se decidió Eliécer.

—Fiu, fiuuuuu, Fiuuuuuu —Eliécer llamaba a su amigo en clave como las aves. Juntando sus palmas cóncavas, formaba un instrumento de viento que soplabá con destreza. Sus dedos le servían de diafragma—. Mono, Mono, fiu, fiuuuu, fiuuuuuu, salí.

«¿Será que lo pillaron? Su mamá que es toda una detective. Seguro que los nervios lo delataron, eso le pasa por advertirlo tanto, toda la tarde con el mismo cuento, se echó la sal solito. Bueno, pues solo espero que no vaya a salir su madre». Eliécer no tuvo más opción que tocar la puerta.

—Eliécer, ¿es usted? —desde adentro se escuchó la voz del Mono atareado—. Ya salgo.

—Ja, ja, ja —Eliécer soltó una carcajada que le sacó un par de lágrimas.

El Mono había abierto la puerta y se encontraba allí parado con un regalo en la mano, mirando al piso triste y resignado.

—¿Qué pasó, Mono? Parece un globo desinflado, cuidado se descuida que le prenden una mecha y lo elevan, ja, ja, ja... —Eliécer continuó gozando.

—No se burle, yo creo que mejor no voy a ir a la fiesta —dijo el Mono achantado—. Me tocó ponerme esto de mi papá. ¿Sí vio por qué tenía que conseguir un traje? Por eso insistí tanto. Maldito Carequeso nos hizo perder toda la tarde.

Eliécer no escuchaba reclamos, solo veía en la puerta un vestido café oscuro todo apachurrado, el fuelle de un acordeón desinflado. Los zapatos eran los mismos de hacer deporte en la escuela, solo que doblemente embetunados. Para poder sostener el material extra de los pantalones, unos alfileres se lo mantenían remangado, el mismo truco usaba con el saco. La correa parecía estrangularlo y la corbata tenía que metérsela dentro del pantalón para que no le tapara las partes nobles.

Eliécer tuvo que hacer un esfuerzo para detener la risa que le fluía a cántaros. Trataba de dirigir sus ojos hacia otro lado y sin embargo, cada que lo veía nuevamente, esta lo torturaba por dentro y un aire efervescente le exigía espacio al tórax y la garganta, hasta que tenía que liberarlo.

—Tranquilo, Mono. Deje la pendejada, a usted qué le importa lo que diga la gente —dijo Eliécer falsamente—. ¿Sabe qué? Tome. Póngase mi saco.

Cuando el Mono se quitó el suyo, Eliécer vio unos ganchos de ropa que le sujetaban la tela extra de la camisa por la espalda. Casi cae al suelo atacado por la risa nuevamente. Esta vez se retorció como si tuviera dolor de estómago.

Pero contrario a la rabia esperada, el Mono se contagió de la alegría ajena, y finalmente pudo burlarse de su propia tragedia. Inclusive hizo más dramática la risa golpeando a su amigo en el hombro. Eso relajó el ambiente y el pobre Mono venció el achante temporalmente.

—Eliécer, ¿qué es lo que ocurre con nosotros? ¿Por qué estamos actuando tan raro? ¿Es por eso que fumamos donde Carequeso? —dijo el Mono—. Yo desde que fumé esa porquería no he parado de reírme. También me tragué dos

platos llenos de frijoles. Creo que mi mamá está sospechando algo.

—Sí, yo creo que es por eso, mejor nos vamos, no demora en aparecer su madre.

—¿Qué es lo que está pasando aquí? —intervino la mamá del Mono que estaba espiando detrás de la puerta—. Ustedes han estado tomando trago, ¿cierto? Desde chiquito no reza el que se ha de condenar. Solo aprenden lo malo. Y usted Roberto Alfonso, siguiendo el mal ejemplo de su padre. ¡Va por muy mal camino! ¡Se lo advierto!...

—No, señora, ¿cómo se le ocurre? Por un cristo que no estamos tomando, lo juramos —dijo Eliécer haciendo una cruz con los dedos y besándola teatralmente.

—Vámonos ya que está muy tarde —dijo el Mono mirando un reloj imaginario en su muñeca.

La mamá del Mono lo tomó por el brazo y lo acercó para darle un beso de despedida y un abrazo. Lo olió como un canino antinarcóticos y le palpó el torso con las manos buscando pruebas. Luego de la requisa lo dejó ir y se quedó en la puerta hablando sola, echándole bendiciones y regaños al viento. Los amigos escaparon corriendo. Solo pararon en la mitad de la plaza donde al Mono se le cayeron los pantalones.

—Mono tenemos que controlarnos, yo no quiero reírme en frente de Victoria, o que vergüenza que me de otro de esos ataques de pánico, ¿se imagina? —dijo Eliécer haciendo un esfuerzo por borrar la sonrisa ya esculpida permanentemente en su boca—. ¿Sí me hizo el favor? ¿Sí puso en la tarjeta del regalo los dos nombres?

—Sí lo hice —respondió el Mono mientras se apretaba la correa, mirando concentrado la hebilla y sacando la puntica de la lengua.

—Gracias, Roberto Alfonso —los dos soltaron carcajadas.

Llegaron tarde a la fiesta, pero todavía no había comenzado oficialmente. La música sonaba a bajo volumen y la iluminación al interior del salón era fuerte. Una organeta, un bajo, una raspa y un acordeón, ubicados al lado de la entrada de lo que parecía ser la pista de baile, aguardaban impacientes su turno para ser interpretados. Desde afuera, los dos amigos distinguían algunas risas y el timbre de algunas voces.

—Ahí ya está el Profe —dijo Eliécer para darle confianza al Mono, pero este no insinuó entrar, seguía sin poder vencer la pena. Eliécer continuó investigando la situación a través de la vidriera—. Ya llegaron todos los de la escuela y están repartidos en diferentes mesas, en una los hombres y en otra las mujeres, también hay otras solo para adultos.

—¿Quiénes son todos? —preguntó el Mono que no se atrevía a mirar por su cuenta. Su amigo que seguía pegado al vidrio le respondió:

—Pues todos, son todos: Pataclós, Verruga, Peli-Alambre, Greñas, el Gordo, Hostia, Baygón, Carebruja, Pichón, Boso e' Lulo, el Negro, Gargajo y Gorgojo (los hermanos), Care-Cólico, Boje, Chunchurria, Carroloco y Pico-loro. Al que no veo por ahí es a Carequeso, parece que no ha llegado, afortunadamente.

—Maldita suerte la mía, es cierto, sí que están todos —dijo el globo desinflado pateando la pared—. Esperemos entonces a que apaguen todas las luces y entramos.

—¡No sea pendejo, Mono! Las luces no las van a apagar todas, ¿Esto acaso es una cantina?!

—Buenas noches, jóvenes ¿Conseguí nuevos celadores? ¿Qué hacen ahí parados y chismoseando? Por favor entren —era don Avelino, el papá de Victoria que los empujaba por la espalda como rehenes—. Ya va a empezar la fiesta, no quiero ver más gente parada en la puerta. Los necesito a todos adentro.

—Sí señor, ya íbamos pa' dentro —dijo el Mono atemorizado. Sintió que lo llevaban al matadero.

El salón era un rectángulo estrenando baldosas. Blancas, resplandecientes y perfumadas con detergente. Las paredes estaban cubiertas en su mayoría, por espejos de piso a techo que exageraban las dimensiones reales del lugar y causaban un infinito efecto. En cada una de sus esquinas, había un ventilador gigante despeinando a la gente y fastidiando las faldas de las mujeres. El techo estaba decorado con bombas rojas y telas blancas que simulaban un oleaje y disimulaban la desnudez de los focos. El centro del salón se había reducido hasta convertirse en un callejón atemorizante, una pasarela suculenta para los hambrientos criticones. Sus fronteras las determinaban las sillas y las mesas redondas, que mientras empezaba la fiesta, cobraban vida uniéndose y separándose como células. Al final del pasillo, alumbrado por filtros azules de celofanes estaba el pastel de tres niveles, decorado en la cima con dos velas, un uno y un cinco color dorado. Detrás del pastel había

un columpio improvisado y detrás de este, a manera de marco para las fotos, un corazón gigante que a pesar de estar cubierto por serpentinas, revelaba su esqueleto de varilla oxidada y doblada a golpes de almádana. En un costado del salón, al lado del columpio había una escalera con forma de caracol destruyendo la simetría del lugar y que conducían a un mezanine sostenido por columnas y vigas de madera, una adición estructural, que en un pasado no lejano, sirvió como oficina de lo que fue la primera compraventa de motos del pueblo. En esa improvisada habitación, entre un escritorio viejo, un espejo y secretos de amores, se preparaba la quinceañera y su corte de doncellas.

—Hágale usted primero —decía el Mono, viendo el reflejo de las luces en las baldosas del callejón que tenía al frente—. Yo tengo pena, es que llegamos demasiado tarde.

—Usted lo que no quiere es que lo vean con ese traje. No sea bobo, Mono, no se va a poder esconder todo el baile, ¡camine! Además esta vez le toca a usted primero.

—¡Qué hubo pues, jóvenes, muévanse que me están tapando la entrada!, adelante mar, mar... Venga le recibo ese regalo, Mono —dijo don Avelino.

—El regalo es de parte de los dos —respondió el Mono.

Eliécer tuvo que avanzar primero porque el otro ni se movía, no le respondía la voluntad por más que lo intentaba. Durante su desfile por la pasarela, sintieron el ataque despiadado de las miradas, casi que podían sentir las como puñaladas en el cuerpo. El Mono no sabía dónde meterse, solo podía

dibujar en su rostro una sonrisa falsa y estúpida para defenderse. No se atrevía a mirar a los lados para no tener que parar a saludar a nadie, los dos caminaron en línea recta como si llevaran un cabestro. Roberto Alfonso buscaba un puesto libre lejos de los amigos de la escuela, pero don Avelino seguía detrás arriándolos.

—Vengan yo los ubico muchachos que parecen perdidos.

Y los sentó en la mesa de la escuela, justo lo que estaba evitando.

—¡Bonito atuendo, Mono, qué elegancia! —y con un toque de risa oculta en esas palabras se despidió el anfitrión.

El Mono quedó a merced de las fieras para que lo despedazaran.

—Hey Mono cómo estás de flaco home. ¿O fue que te encogiste? Mono, ¿no había talla más grande? Se te va a estancar la sangre. ¡El Mono está disfrazado de borracho como su padre! ¡Hey, Mono!, ¿para cuánta gente es ese traje? ¡Llévame! ¡Había que venir con traje, no con una carpa de circo!

Cada uno de los amigos trataba de hacer un comentario más jocoso, más doloroso y más hiriente.

—Ya, Mono, cálmese. No se ponga triste ni se achante. Cuando la fiesta empiece se les pasa, solo déjelos que se acostumbren —dijo Eliécer compadeciéndose—. Aguante. Recuerde que hoy viene Cecilia y tenemos que cumplir nuestro trato de salir con novia. Cambie esa cara que hoy es noche de besos y declaraciones. ¿O ya se va a quitar?

—¡Nunca, jamás, amigo! ¿Cómo se le ocurre? Yo soy un hombre de palabra. ¿Sabe qué? ¡Trato hecho! ¡Casao, casao, casao! —se entrelazaron los meñiques como eslabones y sacudieron los brazos tres veces al compás de la sentencia.

—El que tiene miedo es usted que nunca ha besado a alguien... Está nervioso yo lo conozco bien, se le ve en los ojos. Usted cada que ve a Victoria se pone como un bobo, ni le habla. Cómo se nota cuánto le gusta. Imagínese la cómo va a estar hoy de linda con tacones.

—Sí que me la he imaginado todos estos días con ese vestido de princesa y maquillada con labios rojos. Me voy a volver loco —Eliécer sintió el acoso de los genitales y comenzó a imaginarse cosas mientras se mordía el labio inferior—. Esta noche sí bailo con ella y me declaro, lo juro por la tumba de mi madre. Es cuestión de tomar bastante y estar bien preparado. Mire esto, tengo el discurso escrito en la mano para que no se me olvide.

—No le creo. Usted es un miedoso, lleva diciendo lo mismo como seis meses —su amigo se lo decía con cariño.

Se la va a quitar Carequeso. Él mismo se lo advirtió.

—¡Carequeso! —los dos exclamaron al mismo tiempo y movieron las cabezas como radares escaneando el recinto.

—No lo he visto todavía.

—Yo tampoco.

—¿Quieren? —Pataclós interrumpió la conversación abriéndose el saco para mostrarles una botella de aguardiente. Actuaba como un jíbaro primíparo, orgulloso de portar el contrabando—. Pasen un vaso con soda yo les sirvo bajo la mesa. ¡Cuidado y se dejan pillar pues, par de novatos!

—Yo no, gracias Pata —dijo el Mono—. Hoy ya he bebido lo suficiente. Todavía me siento raro.

El Mono llamó al mesero con un par de chasquidos de sus dedos y de inmediato llegó un profesional del oficio que ofrecía a los jóvenes sodas y aguas de colores. Pero cada que las servía, le llovían las servilletas mojadas, las quejas y los reclamos.

—¡Queremos aguardiente, no bebidas para mujeres! —decían los sedientos adolescentes.

Pero el hombre efectivamente era un perro viejo que ni se inmutaba.

—Hay que entenderlo, no es culpa suya, muchachos. El alcohol no es para menores —insistía el Mono.

—¡No sea marica hombre, pase a ver! ¡Rápido, antes de que nos vean! —Eliécer lo regañó mientras le pasaba dos vasos con soda a Pataclós. Luego los recibió con un fuerte olor a aguardiente.

—Ahora sí brindemos como se debe —dijo Pataclós—. ¡Salud!

Mientras levantaban los vasos, las voces y las risas de los invitados fueron interrumpidas por un hombre que vestía camisa roja brillante, chaleco negro, corbatín y sombrero. Un flacuchento de bigote con cara de comediante. Este soplab a la micrófono y le daba unos golpecitos con el índice.

—Uno, dos, uno, dos... probando.

Algunas luces se apagaron y aparecieron otros hombres imitándolo en el atuendo. Levantaron los instrumentos en silencio, los conectaron a unos amplificadores y comenzaron a probar la afinación de las cuerdas y de los vientos.

—Buenas noches querido público. De parte de don Avelino y su esposa Tamaya, muchas gracias por haber venido y bienvenidos a la fiesta. Por parte mía y de mi grupo, de antemano les agradezco, les deseo una feliz navidad y un feliz año nuevo. Y que no se les olvide la virgulilla —dijo el flaco, pero nadie entendió y hubo silencio. El hombre disimuló la incomodidad con una tos falsa y continuó hablando—. Somos el grupo *Sabor de Toribio* y venimos a alegrarles esta inolvidable noche.

El chaparrito de la organeta, que apenas la superaba por unas dos cabezas, comenzó a interpretar una melodía solemne. El flaco ya convertido en locutor oficial, sacó del bolsillo una servilleta, la desdobló y recitó al pie de la letra:

—¡Hoy, en esta fecha tan especial, nuestra niña Victoria Tabaquichá deja atrás sus días de muñecas para convertirse en una mujer, en una futura esposa y en una futura madre! Son quince primaveras las que has vivido y agradecemos hoy al Señor infinitamente por tu existencia. Eres lo más hermoso que tenemos y te deseamos muchos éxitos en esta tu nueva vida que hoy comienza. Atentamente: tus padres y familiares que te aman con toda el alma.

Se escucharon ovaciones. En medio de los silbidos y de las palmas, el locutor volvió a tomar la palabra cambiando el color de su voz por uno más dramático.

—Y ahora sí, lo que todos estaban esperando (sonaron redoblantes sintetizados en la organeta) señoras y señores, démosle una calurosa bienvenida a la quinceañera Victoria Tabaquichá. ¡Y que comience la fiesta!

Mientras el público se entretuvo con la retórica del flaco, a sus espaldas, se habían situado en la escalera, ordenados por altura, quince edecanes. Eran párvulos con acné que improvisaban uniformes militares con sacos blancos a los que les habían adicionado brillantes botones y prensillas en los hombros. Los pantalones no les coincidían y a falta de leopoldinas, homogeneizaban las cabezas todos rapados como reclutas. En una mano tenían espadas que elevaban diagonalmente hacia el cielo como libertadores, la otra la tenían metida en el saco como Napoleones.

Las espadas formaban un techo temporal que se fue destruyendo a medida que pasaba la quinceañera. Los movimientos de los edecanes eran inseguros y exagerados. Sonaron entonces los vales de Strauss. Con la marca de ese compás austriaco, Victoria bajaba haciendo pausas. Sus manos estaban cubiertas por guantes blancos, en una de ellas sostenía una sombrilla y con la otra se levantaba la falda para no tropezar bajando. Avanzaba tumbando espadas mientras Eliécer se mordía el labio nuevamente. A su espalda la seguía Cecilia, su prima. Una mujer más alta y vieja pero aún adolescente. Traía en una bandeja unos tacones azules. Para terminar de conformar la cola de la corte, iban saliendo del mezanine las quince doncellas, cada una cargando una rosa y sudando el maquillaje.

—¡Eliécer, Eliécer, Eliécer, mire eso! —decía el Mono sin mover ninguna parte del cuerpo, solo el brazo con el que tomaba aguardiente— ¡Eliécer, mire eso, Eliécer, Eliécer! ¿Sí está viendo?

Pero Eliécer no respondía. Se había convertido en un ente. El Mono lo golpeó con el codo.

—Sí, hombre, sí. ¡Ya, Mono! Sí estoy viendo, no sea fastidioso. ¿Y usted sí ve cómo está Cecilia? Parece inclusive más grande. Sos todo un lechuguino Mono, o más bien, todo un soñador. Esta noche te deseo mucha suerte. La necesitás.

—Igualmente, compañero.

Luego de bajar las escaleras, Victoria fue a sentarse en el columpio bajo el calor de los celofanes. Su padre se acercó y se agachó como un plebeyo ante la reina. Le cambió los zapatos de niña por los tacones. Sus ojos soltaron lágrimas y el contorno de los labios temblaba cuando le decía unas palabras a la recién coronada por los pies. La madre también lloraba como ganándose un reinado, cubriéndose la boca abierta con las dos manos. Los hombres se aburrían de los aplausos y de los castillos imaginarios. Luego, Victoria caminó contoneándose por el pasillo y se detuvo en medio de la pista de baile. Esta se iluminó con su presencia. Eliécer la vio de cerca y ella descubrió su mirada atenta entre los invitados, le sonrió mirándolo a los ojos. Él volvió a sentir un despertar en los genitales. La quinceañera esperó paciente en la pista hasta que fue rodeada por una circunferencia de doncellas y de edecanes.

Cada una de las imitaciones militares bailó el vals con la cumpleañera, que luchaba por controlar y soportar el dolor que le producían los tacones. Una vez pasaron las quince espadas por la pista, su papá se apoderó del baile, pero los invitados ya habían perdido el interés y solo pedían más aguar-diente. El vals que en otros tiempos entretuvo por horas a los

Habsburgo en sus salones, aquí no sobrevivió más que un par de minutos.

Entonces los instrumentos sonaron para detener los bostezos y calentar la sangre. En los segundos en que la música cambió, los invitados cambiaron de continente. Y como si los hubiera poseído un espíritu rebelde, se pararon de las mesas y las parejas se juntaron como imanes. La pista se llenó de vueltas, palmas y de «¡uepas!».

Mientras tanto, la quinceañera volvió a sentarse en su trono colgante. El único fotógrafo del pueblo le sacó las poses obligatorias y luego hubo que hacer fila para darle un beso y un abrazo a la ovacionada.

—Mono, vamos a hacer la fila —dijo Eliécer.

Pero cuando volteó a mirar al Mono porque este no le respondía, se dio cuenta de que ya estaba haciendo fila y lo llamaba con señales, explicándole que fuera rápido para meterse.

—Hola Victoria, muchas felicitaciones. Gracias por invitarme... —dijo Eliécer inclinándose y dándole un beso en la mejilla. Su cuerpo le hervía, la voz le caminaba en muletas, las manos le sudaban y el estómago le dolía.

—Hola Eliécer, gracias, estoy muy feliz de que haya podido venir desde su caserío, quería verlo. Entiendo que se está quedando en casa de su abuela —dijo la quinceañera—. ¿Eliécer, se siente bien? ¿Está enfermo? Por qué no se hace al lado de los ventiladores para que se refresque. Está sudando.

—No tranquila, no es nada. Es solo por el calor del ambiente, pero mejor sí me voy afuera que estoy un poco mareado.

Eliécer empuñaba la mano izquierda, cuidando que no lo delatara el discurso escrito en ella y dio un paso atrás como si fuera a retirarse, pero no lo hacía, no parpadeaba ni decía nada, quedó estacionado como un animal embalsamado y la fila lo acosaba. Victoria tuvo que intervenir:

—¿Eliécer, qué le pasa?

Solo esas palabras lo hicieron reaccionar y dijo:

—Victoria.

—¿Sí? —respondió ella ya con desespero.

—No, no es nada —dijo Eliécer, dio media vuelta y se fue mirando el piso. «¡Cómo estás de linda, princesa!», le dijo a las baldosas.

Salió rápidamente sin que nadie lo viera y recostó su espalda en el muro continuo a la vidriera, mientras sostenía en su mano un vaso de aguardiente que se robó de una mesa. Bebía seguido para hidratar su garganta seca y trataba de atrapar el aire fresco. Pero en realidad salió para castigarse en privado. «¡Por qué soy tan estúpido y tan cobarde! ¡Siempre quedo como un pendejo! ¡Por qué cuando la veo no soy capaz de controlarme, me debe ver como a un imbécil!».

La noche estaba despejada, el cielo era un agujero extenso de frontera indescifrable, las estrellas prendían y apagaban como aquellos ranchos en las montañas. Eliécer quiso pedir un deseo a un cometa, pero no pasó ninguno y en su defecto, lo pidió a los voladores que estallaban sin ninguna gracia. Unos compañeros de la escuela, parados en la mitad de la calle, aprovechaban el cigarrillo con el que prendían las papeletas para hacer competencias del que mejor fumara. Vio salir al primer borracho del salón a vomitar en la alcantarilla. Su

mujer lo atajaba por el vientre cuidando que no fuera a irse de bruces. Se escuchaba una amalgama de bullicios lejanos de toda clase, pero distinguió el de un porcino que sacrificaban. Eliécer odió la navidad por un instante.

—¿Qué pasa? Lo veo decaído —era el Profe que le hablaba sin mirarlo. Había aparecido a su lado como un fantasma—. ¿Puedo ayudarlo? Con confianza.

—No Profe, no se preocupe, no es nada importante —Eliécer tampoco lo miraba.

—Déjeme adivinar. ¿Problemas de amores?

—Sí, señor. Es Victoria. Supuestamente hoy voy a declararémele. Pero no creo que pueda, soy un cobarde.

—¿Solo eso?

—Sí, Profe, pero no se burle. Ya tengo suficiente con el Mono.

—Pues a él no es que le vaya muy bien, mírelo —dijo el Profe.

Los dos acercaron los rostros a la vidriera hasta impregnarla cada uno con su aliento. Tuvieron que hacer unas caretas con las palmas de las manos para aniquilar el reflejo de sus caras en el vidrio. Y ahí estaba su amigo bailando. Mejor dicho, luchando con su pantalón para poder seguirle el paso a Cecilia. Mientras ella giraba, él aprovechaba y se subía el pantalón hasta el ombligo, así le daba tiempo de moverse hasta la próxima vuelta. Carroloco y Boje lo señalaban y el resto de la mesa se burlaba.

—No se preocupe por eso, Eliécer. Conquistar a una mujer es de las mejores cosas que le pueden pasar a uno en la vida. Aproveche, no deje escapar esta ocasión. Sea que gane

o pierda, la experiencia siempre es buena. Además, declararse es una acción muy noble, eso les gusta a las mujeres siempre y cuando se haga con decencia e inteligencia. Y usted tiene ambas. Sea un hombre de dura cerviz, como su padre.

—Gracias, profe. Bonitas palabras. Pero mi problema es que cuando la tengo en frente, no me sale precisamente eso, las palabras.

—Entonces usted mismo resolvió el problema. No le diga tantas. Solo dígame que si quiere ser su novia y deje a un lado las novelas.

—¿Seguro? ¿Solo le digo eso?

Ahí sí se miraron a los ojos.

—Sí. Así de sencillo. Aunque usted no lo crea, ella sabrá entender. Las mujeres son seres superiores y mucho más evolucionadas. Inclusive, ella seguramente ya lo sabe.

—¿Cómo? ¿Quién se le dijo, si eso es un secreto entre el Mono y yo? —dijo Eliécer asustado.

—Victoria es una mujer inteligente, por eso es una buena alumna, una buena estudiante, eso es todo. Ánimo, Eliécer, que cobardes somos todos, solo que algunos disimulan más que otros. Todos tenemos nuestros miedos, la diferencia está en los que deciden enfrentarlos y los que deciden evitarlos, esos son los verdaderos cobardes. No lo piense tanto. Lo que sí le puedo asegurar es que no va a necesitar esto.

El Profe le quitó el vaso de soda con aguardiente y comenzó a beberlo. También prendió un cigarrillo mientras miraba las estrellas. Descansó un pie sobre la pared, se paró

como un flamenco. Sus palabras, más que consejos, eran caricias a la nostalgia.

—¿Eliécer?

—¿Sí señor?

—Cambiando de tema: hoy me dijeron que lo vieron salir de la casa de Alcides, el hijo de don Bernardo.

—¿Quién se lo dijo?

—Eso no importa, en los pueblos todo se sabe. Mire, Eliécer, yo sé muy bien que no soy su padre, pero sí lo quiero como a un hijo, o bueno, como a un sobrino. De todas formas su padre y yo somos casi hermanos, por eso voy a meterme. Por favor escuche atentamente.

—Pero si solo fuimos a buscar un traje para el Mono, Carequeso... Perdón, Alcides se lo iba a prestar.

—Tranquilo que yo no voy a regañarlo. No tiene que explicarme. Pero como usted ya está grandecito, es mejor que se entere de lo que está pasando en este pueblo, que abra bien los ojos, no hay tiempo para jugar al inocente. Tenga cuidado con esa gente, no busque problemas, aléjese. Esta zona se está poniendo muy caliente, hay tráfico de drogas y desde que llegaron las empresas mineras a la selva ha desaparecido gente. La están sacando de sus tierras. Se habla de un tal Señor de las Bestias, de políticos y ganaderos que quieren expandir sus predios. Aquí ya hay grupos armados, guerrilla y autodefensas.

—¿Y quiénes son esos?

—Todos la misma mierda.

—¿Usted ha oído hablar de Mala Sangre? —preguntó el Profe.

—Sí señor, claro. Así le dicen a Juaquito, el mejor amigo de Alcides, todo el mundo lo sabe.

—Exactamente. ¿Sí ve que en los pueblos todo se sabe?

—¿Quién es El Señor de las Bestias? —preguntó Eliécer, que ya se había metido las manos en los bolsillos y esperaba una larga conversación.

—Eso no importa, realmente. Lo que sí importa es que usted no se vaya a involucrar voluntaria o involuntariamente. No es que yo quiera asustarlo, pero ¿sabe por qué a Juaquito le dicen así?, Mala Sangre.

—Ni idea.

—Cuentan que cuando mata a alguien, le corta el cuello y se toma la sangre caliente. Hace un brindis, como si fuera una copita de aguardiente. ¡Qué cosas! Ni que nos estuvieran invadiendo los mongoles. Ya podrá usted imaginarse en lo que anda metido Alcides.

—No profé, yo no creo en esas cosas. Usted sabe cómo inventa la gente. Esos son puros cuentos, como los de la Pata Sola, la Madremonte, o como usted dice, los mongoles.

—Escúcheme bien hijo —el Profe descargó el vaso en el suelo, pisó el cigarrillo, puso ambas manos en los hombros de Eliécer y lo miró a los ojos—. Es verdad. Yo sé por qué se lo digo. Aléjese de esa gente. No quiero volverlo a ver hablando con Alcides.

En ese instante apareció el Mono. Llegó caminando diferente, la camisa se le salía del pantalón en partes y la corbata le tapaba las partes nobles.

—Hola, Mono —dijo el Profe sonriendo ante semejante caricatura.

—Hola, Profe —respondió el Mono tratando de hablar directo y de no arrastrar la lengua. No se esperaba esa sorpresa.

—Eliécer, lo estaba buscando por todas partes. No me lo va a creer —dijo el Mono excitado—. Victoria está preguntando por usted y lo está buscando.

—Huy, hágale pa' dentro tigre —le dijo el Profe a manera de chiste—. Recuerde lo que le dije. Las dos cosas son igual de importantes.

El Mono se llevó a Eliécer jalándolo del brazo.

—Nos vemos adentro Profe —se despidió Eliécer con una sonrisa en su cara. La noticia era excelente.

Atravesaron la pista de baile esquivando experimentados danzarines. Eliécer creía que los amigos estarían todos bailando con las compañeras de escuela, pero permanecían en la mesa tímidos y haciendo planes. Todos se comprometían a bailar la próxima canción y hacían hasta pactos de sangre, igual que el del Mono con Eliécer, pero cuando sonaba la siguiente todos se arrepentían y nada sucedía.

Eliécer se decepcionó, se sintió vulnerable ante la ausencia de jóvenes bailando. De inmediato olvidó las palabras motivacionales del Profe y volvió a atemorizarse, se sentó entonces con el Mono en la mesa a seguir planeando.

—Listo, Eliécer, ya no aguanto más, ahora sí le llegó la hora —dijo el Mono parándose de la mesa y dejando a su amigo solo.

—No, Mono, espere... —imploró Eliécer.

Eliécer quiso salir corriendo para esconderse, pero lo que se temía venía ya en camino dejándolo sin escape. Por el extremo de su ojo vio venir al Mono que traía de su mano a Victoria. Un dolor le removió el estómago, quiso usarlo como excusa para pararse al baño, pero la voz de Victoria lo golpeó demasiado fuerte.

—¿Bailamos? —dijo ella y lo paralizó de pies a cabeza.

—No, Victoria, mejor la otra, yo no bailo —dijo Eliécer.

—¿Qué le pasa mal educado? ¿Cómo va a despreciar a la quinceañera? ¡No sea marica! —Pataclós lo empujó por la espalda sacándolo de la silla.

Victoria tomó a Eliécer de la mano y lo llevó hasta la pista de baile dirigiéndolo como a un ciego extraviado.

—Yo no sé bailar, perdone —insistió Eliécer.

—Déjese enseñar, tranquilo —ella lo calmó.

—Esta es mi canción favorita y quería bailarla con usted.

Eliécer logró solo imitar algunos pasos, pudo llevar el ritmo por un instante y sintió que era el momento. Con disimulo se miró la mano donde tenía copiado el discurso, pero el sudor le había borrado las palabras, solo vio unas manchas de tinta negra.

Victoria cantaba la melodía en voz alta y Eliécer recordaría por siempre esa música y las palabras del cantante: «*Ayyy cariiiño, Ayyy mi viiiida, nunca, pero nunca, me abandones cariiiño*». Las recordaría, porque en ese momento, sin saber de dónde, dijo:

—¿Quiere ser mi novia?

—Perdón ¿Qué dijo? No lo escuché bien, hábleme al oído.

—Que si quiere ser mi novia.

—Ay, no sé, Eliécer, es que no me esperaba esto. Déjeme pensar, necesito tiempo.

A pesar de que la música seguía, hubo un tiempo muerto acompañado de un silencio inexistente, además de unos cuantos pisotones. «No entiendo nada de esto, pero si el Profe me dijo que ella seguramente ya sabía todo, porque no me dice que sí o no de una vez y terminamos con este sufrimiento. ¡Quién entiende a las mujeres!», pensó, desconcentrado ya del baile.

Cuando terminó la música ella le dio las gracias y cada uno se fue a su puesto.

—¿Y entonces? —lo recibió el Mono poniéndole un brazo sobre el cuello—. ¿Qué le dijo?

—Que lo iba a pensar —dijo Eliécer igual de confundido.

—Pero eso es bueno, ¿no? Por lo menos no le dijo que no de golpe, como a mí —dijo el Mono cambiando en un segundo de la felicidad al aburrimiento—. Cecilia ya me dijo que ni muerta sería mi novia. Tengo un gran despecho, amigo.

—Usted lo que está es borracho, Mono. No siga bebiendo —Eliécer le arrebató el vaso—. De verdad lo siento.

—Estoy muy mal Eliécer, triste por dentro. Me alegro por usted, pero por mí estoy muerto —el Mono comenzó a hablar con hipo, tratando de contener la saliva adentro.

—Venga, Mono, vamos para afuera. Usted necesita respirar aire fresco.

Eliécer se lo llevó cargado como a un herido en mitad del combate. Le mostró la alcantarilla, ese depósito de vómito fresco y repitió el mismo procedimiento que había visto antes con la mujer y su pareja.

—Hágale pues, Mono. Vomite que eso lo compone, bote todo ese veneno que tiene adentro.

El Mono trasbocó los dos platos de frijoles. El sonido gutural que salió de sus entrañas se escuchó nítido porque coincidentalmente la música se había detenido en el salón. El flaco habló:

—Señoras y señores, muchas gracias por parte de *Sabor de Toribio*, les agradecemos profundamente su buen recibimiento, espero que hayan disfrutado de nuestra música y que se estén divirtiendo. A continuación, les pido que acompañemos todos a Victoria hasta la parte trasera del salón, para que ella parta la torta en compañía nuestra y pida su deseo. Luego se servirá la comida cuando todos regresen a sus puestos, y para finalizar ¡prepárense!, porque venimos con más música hasta que amanezca. Y que siga la rumba.

El chaparro de la organeta hizo sonar unos platillos sintetizados. Las luces se prendieron y las caras de los invitados se descubrieron, la realidad golpeó de nuevo. En la atmósfera se respiraba un olor fuerte a condimentos.

—Rápido, pues, Mono. ¿Ya terminó? Muévase que van a partir la torta —dijo Eliécer.

El Mono se limpiaba los labios con las mangas del saco

—Listo. Gracias. Me siento mucho mejor, vámonos pues pa' dentro.

Cuando el Mono se arreglaba su desbaratado atuendo y trataba de organizarse el pelo, se aproximó un estruendo velozmente. Era el sonido del motor 200 que se escuchó inclusive en el interior del salón y distrajo la atención de la gente. Era Carequeso que había llegado conduciendo la moto de su padre; en la parte trasera venía Mala Sangre. Se estacionaron frente a la puerta del salón. Con la aceleración del motor vibraban las vidrieras. Detrás de la moto parqueó un carro tipo campero, sucio y con las llantas llenas de barro. De las puertas traseras se bajaron el alcalde y don Bernardo, en la parte delantera se quedaron otros dos sujetos. Unos desconocidos en el pueblo.

—¡Pero miren con quién me encuentro! La parejita del año. ¿Qué hubo, Mono, qué tal, Eliécer? ¿Qué hacen aquí afuera, se estaban divirtiendo solitos? —preguntó Alcides mientras apagaba la moto.

—¿Usted qué fue lo que nos dio en su casa? —preguntó el Mono—. Eso que fumamos nos dejó enfermos.

—Pues lo que nos está haciendo ricos a todos. Cuando quieran hablar de negocios vuelvan a la casa y los atiendo.

—A nosotros no nos gusta eso, gracias —Eliécer se paró al frente del Mono, como un escudo para protegerlo—. Déjenos en paz, Alcides. Nosotros no queremos ser sus amigos, no nos interesan sus enredos. Ya entiendo qué significa eso de «matar perros».

—Pero mirá cómo se puso de arisco este pendejo —dijo Alcides (las puertas delanteras del campero a sus espaldas

se abrieron levemente)—. Tranquilo, Eliécer. Usted quédese toda la vida arreglando sus relojitos de a peso. Arrastrado y muerto de hambre, igualito a su papá.

—Camine, Eliécer, mejor vámonos pa' dentro —dijo el Mono tratando de evitar una pelea.

—Déjelo, Mono. Suéltelo yo lo arreglo, ¿o ni siquiera puede defenderse solo el marica este? Prepárese para ver cómo le quito a Victoria. Le voy a dar donde más le duele. ¿Le gustó la sorpresa indio zarrapastroso?

Eliécer trató de soltarse de las manos del Mono y las puertas del campero se abrieron completamente, se bajaron dos hombres que parecían militares.

—¡Alcides, Mono! ¡Entren de inmediato! —el Profe tomó a cada uno por el cuello y se los llevó hasta el final del salón. Allí estaba la familia de Victoria y la mayoría de gente. Todos preparados para ver partir la torta y cantar el cumpleaños.

Mala Sangre ya se había bajado de la moto para acompañar al alcalde y a don Bernardo adentro. Cuando entraron al salón, el público los miraba con la atención que demanda el miedo. El ambiente se puso bastante tenso.

—Hijos de puta —le dijo don Avelino al Profe—. ¿Qué está haciendo esa gente aquí?, y peor, en este preciso momento. ¿Quién invitó a ese raspamonedas del alcalde y a ese cambia chaquetas de don Bernardo?

—Tranquilo que yo me encargo de esto, no vaya a cometer una locura. ¡Cálmese! —dijo el Profe.

Mientras tanto Victoria cerraba los ojos para soplar las velas y pedía el mismo deseo que Eliécer le pidió a los voladores en el cielo.

—Yo no voy a permitirlo —dijo don Avelino. Es la fiesta de mi hija, esto es una falta de respeto. Voy por el machete, a uno de estos le corto la cara como mínimo.

—¡Ya Avelino, ya le dije que tranquilo! —el Profe lo sujetaba por los brazos absorbiendo con su cuerpo los macabros deseos.

Don Bernardo prendió el micrófono y parado al lado de los instrumentos, dijo:

—Buenas noches señoras y señores, disculpen la interrupción, espero no sea ninguna molestia, no vamos a quitarles mucho tiempo. Como pueden ver, esta noche nos honra con su presencia nuestro respetadísimo y honorable alcalde. Les pido por favor un aplauso y que le den la bienvenida a quien ha traído tanto desarrollo y progreso a nuestro municipio.

El alcalde se quitó el sombrero y se lo puso en el vientre para hacer una venia. El público aplaudió confundido.

—Pero no vengo a aburrirlos con política, ni a recordarles quién será el nuevo alcalde. Eso ya todos lo sabemos. Dejemos esas cosas para otro día más oportuno. Don Avelino, le presento mis respetuosos saludos y le ruego me disculpe. Espero no le importe nuestra presencia en su fiesta, yo sé que no fuimos invitados; sin embargo, como muestra de nuestro afecto y del profundo cariño que mi hijo Alcides tiene por Victoria, aquí estamos. Le ruego acepte el presente que le ha traído él personalmente.

Desde afuera Alcides levantaba la mano para que Victoria lo viera en la moto. En ella tenía una caja pequeña envuelta en papel de regalo. Estaba esperando la señal de su padre para entrar.

Mientras tanto en la parte trasera del salón, Victoria miraba asustada y turulata.

—¿Qué está pasando aquí, Victoria? —le preguntó su padre—. ¿Acaso anda usted en amoríos con ese hombre?

—No, padre, le juro que no. Nunca haría eso. Él sí me molesta mucho pero yo nunca lo determino, tampoco entiendo lo que está pasando.

Alcides se vino caminando por el callejón, extendiendo su mano con el regalo todo el tiempo. Durante su desfile el salón quedó en silencio, ni siquiera hacían ruido los vasos de aguardiente. Afuera se podía escuchar la pólvora y los ladridos de algunos perros asustados.

—Hola Victoria, cómo está de hermosa esta noche, felicitaciones —Alcides hablaba muy seguro, casi que interpretando un guion—. Hoy que ya te has convertido en una mujer vengo a traerte este regalo. Es un símbolo que espero aceptes, es con mucho cariño.

Alcides se arrodilló como un poeta ebrio de amor y le ofreció a Victoria la cajita. Ella la recibió sin saber si debía hacerlo. Miró hacia un lado y encontró el rostro iracundo de su padre. Quiso devolver el regalo pero era demasiado tarde, entonces rasgó el papel y abrió la caja. Era un anillo de oro con un diamante.

—¿Quieres ser mi novia? —le preguntó Alcides todavía de rodillas y mirándola a esos ojos desconcertados.

Las adolescentes de la audiencia derramaron una lluvia de suspiros.

—Lo siento, Alcides. Muchas gracias pero no puedo aceptar su regalo —dijo Victoria contundentemente mientras le devolvía la caja—. Yo ya tengo novio, y para que todos sepan se llama Eliécer.

Los suspiros se multiplicaron por dos.

De repente, tal vez para terminar de rematarlo, el Mono le arrojó un vaso con aguardiente al rostro de Alcides. Este, con su inconfundible poder histriónico, hizo un gesto exagerado como si le hubieran arrojado un veneno.

—¡A ver quién se llevó la sorpresa ahora, Carequeso! —le dijo el Mono con voz de borracho.

Y aunque la gente tenía miedo, era imposible no burlarse o sorprenderse con la escena.

—¡Don Avelino, haga algo por favor, qué es este desplante! —dijo don Bernardo—. Qué ridiculez es esta, si acá mismo está el alcalde, por Dios, qué falta de respeto.

Alcides se limpió con la camisa y con los puños se frotó los ojos que le ardían, cuando pudo ver claramente, se le fue encima a Eliécer y alcanzó a golpearlo varias veces en la cara. Le rompió la nariz y le inflamó los pómulos. El Profe tuvo que intervenir y usar la fuerza para detener la gresca. Nadie más se atrevió a mover un dedo.

—Vámonos de acá, Bernardo, inmediatamente. Yo no voy a soportar esto —dijo el alcalde—. Le dije que no me trajera donde esta indiamenta. ¡Qué bochorno! ¡No sé cómo pudo convencerme de semejante locura!

—Don Bernardo jaló de la camisa a su hijo y se lo llevó hacia afuera. Los hombres que esperaban en el campero entraron al salón para sacar al alcalde protegido. Hubo confusión por unos minutos hasta que finalmente se escucharon la moto y el campero partir haciendo chillar las llantas y dejando un par de huellas negras. Adentro se comentaba el carácter casi literario de la escena.

Para que la exaltación del momento mezclada con alcohol, no reprodujera más violencia, se sirvió la comida de cualquier manera y se comió sin saber si se iba a terminar la fiesta. La gente hablaba de lo mismo una y otra vez, era imposible cambiar de tema. Muchos comenzaron a irse porque temían a las balas que no se demoraban en entrar por la puerta. Pero los instrumentos llegaron al rescate por segunda vez.

—Señoras y señores, de parte de don Avelino y su familia, les pedimos disculpas por el desagradable incidente, pero eso no es motivo para cancelar la celebración, les rogamos en nombre de Victoria que se queden —dijo el flaco, también asustado, pero disimulando.

Contra cualquier pronóstico volvió a sonar la cumbia y el baile fue lentamente volviendo a componer la fiesta.

Eliécer quedó adolorido y mareado después de que se le enfriaron los golpes, tenía la cara roja y un par de algodones en las fosas nasales, parecía un muerto arreglado para el sepelio. Pasó solitario como una hora, sentado y quieto en una silla, mirando todo sin mirar, meditando mientras se ponía hielo en un pómulo y buscando a su nueva novia. Lo único que le importaba era lo que ella había dicho antes. Cuando todo volvió a una normalidad relativa y se calmó el agite, vio

que a la quinceañera la habían dejado sola por un instante, entonces decidió ir a buscarla.

—¿Victoria?

—¿Sí?

—¿Usted por qué dijo eso? ¿Solo para librarse de Alcides?

—Porque es cierto. Yo le dije cuando bailamos que iba a pensarlo, inclusive sabía la respuesta desde antes que me lo preguntara. He decidido ser su novia si usted todavía quiere, claro está.

Ella lo besó en la boca y él cerró los ojos para descubrir un universo completamente nuevo.

Ese resto de noche Eliécer experimentó una de las alegrías más inolvidables de su vida. En su archivador mental, en el cajón titulado *los inmarcesibles*, metió la canción que cantó Victoria directo en sus oídos: «*Nunca, pero nunca, me abandones caríñito*». El adolescente se convertía en hombre, era una mariposa que abría las alas para dejar atrás la crisálida.

Cogiendo la mano de Victoria se sintió un gigante indestructible, uno que podía tocar el cielo y apoderarse de la tierra, un campeón destapando la champaña después de ganar la vuelta. Descubrió parte de un espíritu que llevaba oculto y con el que estaba hecho, la dura cerviz heredada de su padre. Inclusive bailó como un experto, aprendió en segundos sin sentir vergüenza alguna, le salían todos los pasos limpios y sin defectos. Mientras pudieron permanecer juntos, hablaron de cosas que nunca imaginaron odiar y de otras que también les gustaban, se contaron algunos secretos, exploraron nuevas sensaciones inherentes a los cuerpos puberales, capaces de

electrizarse con una caricia inocente o un efímero beso. Hubo una intimidad infantil que a pesar de ser etérea, fue el comienzo de un amor que se les haría eterno... Y cuando por fin bajó un poco la intoxicación del corazón de Eliécer y volvió a pisar la tierra, pensó «El Mono, ¿dónde se habrá metido?». Entonces se fue a buscarlo.

—Hey, Pata, ¿has visto al Mono? —preguntó Eliécer.

—Sé que estaba muy borracho y sentado en una mesa solo, pero hace rato que no lo veo. Me dijo Greñas que Cecilia le pegó una cachetada y que lo vio salir corriendo solo directo para la casa.

—Me parece raro que no se despidiera —dijo Eliécer—. Pobrecito. Bueno, mañana lo busco cuando se le pase el guayabo. Me imagino lo que le espera con su mamá en la casa.

Los últimos invitados se fueron a las tres de la mañana, tal como lo había indicado el carechiste del sombrero. Durante el transcurso final de la fiesta, los borrachos fueron cayendo como moscas atomizadas. Unos quedaron en las sillas, otros cuantos no alcanzaron a llegar a casa y durmieron en las aceras del pueblo.

Eliécer se sintió muy agotado, había sido un día largo. «Es hora de irme», pensó. Entonces se despidió de su novia con un beso en la boca y un fuerte abrazo, agradeció a su nuevo suegro con timidez y se despidió del Profe. Este le dio un fuerte apretón de manos, no fueron necesarias las palabras. Afuera, en las calles, todavía se escuchaban los últimos estallidos de la pólvora. La temperatura era perfecta, las primeras

horas de la madrugada habían refrescado el ambiente, inclusive hacía un poco de frío. En la plaza y las aceras dormían unos pordioseros y los borrachos esos de la fiesta. Parecía que la Peste Negra hubiera pasado por el pueblo. Eliécer atravesó la plaza con una bomba de felicidad adentro de su cuerpo, a punto de estallar. Todo el camino lo cruzó sonriendo. Todo le parecía tan perfecto y volvió a amar la navidad, las luces de colores, los olores a fritanga, los cerdos chamuscados, la imagen de su ausente madre metiéndole el regalo bajo la cama.

Llegó a casa de su abuela y se acostó mirando el techo, pensando en su Victoria personal y en la de carne y hueso. Recordó y recorrió el mapa de su rostro de nuevo, se detuvo en sus labios rojos y los besó un momento, volvió a arrancar y se imaginó sus senos, los mismos que había sentido firmes cuando la abrazó bailando, siguió hacia abajo con su recorrido y pudo atender finalmente el llamado de sus genitales. Luego durmió profundamente.

«Toc... toc... toc... toc...», lo despertó el sonido de unos golpes fuertes. La puerta de madera retumbaba por toda la casa. «Toc... toc... toc... toc...», volvía y sonaba sin descanso. La figura encorvada de su abuela apareció en el umbral de la pieza.

—Eliécer, vaya abra que es uno de sus amigos el que está tocando —dijo su abuela asustada—. Mire a ver qué pasa.

Eliécer se levantó confundido, con algo de dolor de cabeza, llegó inclusive a creer que todo lo de la noche anterior había sido un sueño raro, pero le dolían los pómulos y todavía estaba vestido con su traje de la primera comunión. Esculó su nariz y sacó un pedazo de sangre seca. Miró su baratija

gringa, eran las seis de la mañana. «¿Pero quién podrá ser a esta hora, tocando de esa manera y con tanta urgencia?».

Eliécer abrió la puerta. La luz de la mañana le fastidió en los ojos y tuvo que hablar cubriéndoselos con la mano.

—¿Qué pasa, Pataclós? ¿Por qué viene a tocar así de esa manera y a esta hora? Son las seis de la mañana.

—¿Todavía no sabe? —respondió Pataclós agitado y subiendo el volumen de su voz.

—No, no sé, pero cálmese —dijo Eliécer—. ¿Qué pasa?

—Mataron al Mono.

—¿Qué?, ¿cómo dice?, ¿dónde?! —respondió Eliécer, con la cara pálida, como una hoja de papel.

—Lo encontraron esta madrugada en los potreros cercanos al cementerio de Las Cometas. Tenía un balazo en la cabeza y el cuello cortado.

VII

—Cumpleaños feliz, te deseamos a ti, cumpleaños Eliécer, cumpleaños feliz. Que los cumpla feliz, que los vuelva a cumplir, que los siga cumpliendo, hasta el año tres mil... —le cantaba la familia del carretillero Memo Jaramillo al Indio Eliécer.

El homenajeado, cerrando los ojos, soplaba dos velas con forma de números. Un seis y un cinco que sostenían un par de llamas danzarinas. Luego, con las mismas manos temblorosas que solían reparar relojes con precisión quirúrgica, partía el pastel de chocolate.

Con malicia tomó el pedazo más grande, el que tenía la cereza encima. A pesar de tener ya su pelo ceniciento y los brazos marcados por las jeringas de insulina, le gustaba sentirse un niño con esas pequeñas tonterías. Acompañando el pastel con una taza de café caliente, se paró pensativo al lado de la

ventana para observar lo que más le gustaba y aún lo sorprendía: la neblina devorando las vacas y derrumbándose sobre la grama verde, el cielo entero viniéndosele encima.

Eliécer siempre se sintió un forastero en esas tierras adoptivas, sin embargo las quería como a su propia vida. Hacía ya más de una década que vivía bajo el mismo techo con la familia de su amigo Memo, en una casita campesina cuya elocuente arquitectura contaba historias olvidadas en las montañas de Santa Elena. Era una estructura cubierta por tejas de barro de las cuales salía una chimenea, paredes de bahareque con tapia y protegida del frío por ventanas y puertas de madera. Allí, arropado por esas paredes blanquecinas y la compasión de una familia extraña, comenzaba a marchitarse el cuerpo y el alma de Eliécer Chiguasuque.

En las mañanas, siempre a través de la misma ventana, aturdido por las conversaciones de las aves y embriagado por los olores aromáticos que le regalaban las malezas curativas, Eliécer se quedaba contemplando los extensos campos cubiertos de cultivos y se imaginaba una inmensa colcha de retazos. Encontraba paz en esas montañas que desde que la memoria existe, vienen siendo atravesadas por arrieros que abrieron los caminos como hormigas.

—Venga, Mono, por favor... ¡Eh, perdón! Discúlpeme, Memo. Acérquese —dijo Eliécer.

Algunas veces, cuando hacía esfuerzos desmesurados para recordar algo, le decía Mono a Memo. La mente lo engañaba.

Memo pensó que iba a pedirle más café, pero en cambio, cuando se acercó hubo un silencio prolongado que para

ese entonces, ya había dejado de ser incómodo y se había convertido en una costumbre. Eliécer sostenía en sus manos el plato y el pocillo vacío mientras tragaba el último pedazo y recordaba su pregunta, como si el bolo alimenticio le ayudara a despejar la mente. La causa del silencio era que estaba extraviado dando vueltas en el laberinto de su cabeza vacía; haciendo un esfuerzo extenuante por encontrar recuerdos esquivos o ya inexistentes; esperando a que su cuerpo le diera la gana de reparar algunas conexiones neuronales descompuestas. Entonces, de forma espontánea, se rendía descargando un golpe de frustración al aire y hacía lo de siempre: pedirle a su amigo que le contara la misma historia repetida de las silletas, «esas creaciones donde se fusionan las maravillas de la naturaleza con las del hombre», decía. Lo hacía mintiendo, pretendiendo asombrarse por el contenido del relato, pero en realidad, su intención era robarse los recuerdos ajenos.

—Mmmm... ¿Entonces? ¿Cómo es que sus abuelos comenzaron con ese cuento de las silletas? —preguntó el Indio finalmente.

—Bueno Eliécer le voy a contar, pero trate de recordarlo esta vez, hágale compadre que usted puede.

—Tío Eliécer, ¿que si quiere más café? —interrumpió Tuti, la hija de Memo que por cariño le decía tío a Eliécer.

—Hola preciosa, ¿y tú quién eres?

Ella lo miró sorprendida, sin entender bien el sentido de la pregunta, analizando si era una broma pero Eliécer nada que sonreía. Volteó la cabeza buscando respuestas en su padre,

pero encontró unos ojos cerrados, llenos de lástima. Y entonces respondió:

—¿Pues quién va a ser, tío? Soy yo, Tuti. ¿No me reconoce? ¿Otra vez está borracho?

—¡Tuti, por favor, qué es esa forma de responder! Ve a decirle a la mamá que le sirva un poco más de café al tío Eliécer, sin azúcar. Y espérame allá —dijo el padre.

—Tuti, tienes que ser paciente con el tío Eliécer —dijo Memo ocultando su voz cuando entró a la cocina—. Él está un poco enfermo.

—¿Y qué tiene?

—Tiene una enfermedad de la cabeza que le da a la gente vieja. Ha perdido la memoria y solo la recupera por ocasiones. Puede que un día te recuerde, pero no al siguiente, o puede que ahora sea el tío de siempre y que en una hora no sepa ni dónde vive.

—Debe ser horrible, pobre hombre —dijo Maruja, la esposa de Memo mientras amasaba el maíz. A pesar de todo lo que ha pasado y de haber sido un borrachín, todavía está enterito.

—Pues sí —dijo Memo— es cierto.

—¿Y se va a aliviar? —preguntó Tuti.

—No creo, princesa. Es una enfermedad permanente. Degenerativa, dicen los que entienden. Pero bueno, no hablemos más de eso, él es un hombre de dura cerviz como él mismo dice.

—Camine, Eliécer, vamos para afuera y le cuento —dijo Memo al regresar y entregándole su taza de café llena.

La casa tenía corredores exteriores con pisos de baldosa amarilla cercados por barandas y columnas de madera rojas. Sobre las vigas del techo que se prolongaba para cubrir dichos corredores, colgaban canastas de flores a rebosar con estrellas de Belén, claveles, besitos, rosas, margaritas, gerberas, anturios, siemprevivas, bromelias, orquídeas, agapantos, tritomas, botón de oro, cartuchos y, por supuesto, astromelias. Se sentaron en las sillas mecedoras hechas de mimbre, mientras que por la chimenea y las ventanas de la casa se escapaba el olor de las arepas recién hechas en un fogón de leña, para mezclarse con el de la tierra húmeda y la boñiga fresca. Eliécer descargó su café humeante en el suelo y metió sus manos dentro de la ruana para calentarse. Memo gritó:

—Maruja, tráenos un par de rones por favor, dobles que el frío está violento afuera.

A sus palabras las perseguían nubes diminutas de vapor. Maruja apareció con un plato de arepas calientes, mantequilla, quesito y una jarra de café caliente. Tuti traía los dos rones. La esposa acercó otra mecedora para hacerles compañía y Tuti se sentó en el regazo del tío Eliécer. Este le agregó el ron a la taza de café.

Memo se tomó el suyo y como todo montañero alimentado a punta de mitos y leyendas, habló sin poder frenar la lengua.

—Escuche pues compadre que no le voy a repetir la misma historia mil veces.

—Eso dice siempre —dijo la niña con la boca llena y mirándose las cejas.

—En un principio por acá en estas montañas también había indios como usted, pero eso fue hace mucho compadre, ni sé cuánto. Solo sé que un día les cayeron esos delincuentes, que por aquí también aparecieron buscando «El Dorado». Unos años más tarde, luego de que les cambiaran la religión y las costumbres a punta de patadas, los indios tuvieron que trabajar en las minas y extraer la sal para ganarse sus salarios, pero por más que lo intentaron finalmente desaparecieron. Mucho después, el pueblo de abajo en la planicie se convirtió en ciudad, entonces la gente que se quedó en el campo comenzó a trabajar para abastecerla con madera, animales, cultivos de frutas, de hortalizas y de flores. Inclusive todavía hoy queda el cadáver de una que otra mina. Pero lo que en realidad cambió este lugar para siempre, fue la famosa hidroeléctrica que construyeron porque por aquí el agua es abundante. Así fue que la región se hizo más importante y se llenó de trabajadores. Ya para cuando mis abuelos eran adolescentes había que viajar a la ciudad constantemente para comerciar los productos, especialmente las flores que aquí se amañan tanto. Mi familia siempre hizo lo mismo, llevamos más de cien años cultivando flores. Es «el hacha que mis mayores me dejaron por herencia...». En fin, como antes no existían vías pavimentadas ni buses, se subía y bajaba la montaña caminando y metiéndose por trochas que a veces ni siquiera las mulas podían. También había un trabajo que era el de subir y bajar gente, especialmente a los enfermos. Para poder transportarlos construyeron sillas que se echaban a la espalda y se amarraban de la frente, es por eso que se llaman silletas, en ellas terminaron metiendo todas esas mercancías que le

cuento, pero cuando las llenaban de flores, en la ciudad se quedaban sorprendidos al ver ese espectáculo de colores. ¿Entiende?

—Claro que sí entiendo, compadre —dijo Eliécer en un momento de lucidez—. Si esa historia me la ha contado como un millón de veces. ¿No se sabe otra? ¡Cómo me gustaría contársela a Victoria y a Ayelén! —le habló directo a las canastas de flores y su voz se fue quebrando lentamente.

—¿Y dónde están ellas? —preguntó la niña.

—Tuti, por favor, qué son esas preguntas. No sea medida.

—Está bien Maruja, no la regañe, eso es precisamente lo que tiene que hacer mi compadre. Recordar y ejercitar la mente.

—No sé dónde están, Tuti, es una historia larga y triste.

La mirada le cambió y dejó de imaginarse viejos cargando flores.

—Eliécer, ¿quiere otro cafecito? No se me vaya a poner pues triste. Acuérdesse que hoy es su cumpleaños —dijo Maruja sobándole la cabeza como a un niño.

—¿Y cómo es Victoria? —insistió Tuti.

—¿Cuál Victoria? —respondió Eliécer.

—¡Tatiana, por favor! ¡Suficiente! —la regañó su madre alzando la voz—. Váyase pa' dentro que esas son conversaciones de mayores.

La niña entró a la casa y se acostó en un cuero de vaca viejo que servía de tapete. Al frente suyo había un televisor pequeño que encendió para ver cualquier programa. Afuera

los tres adultos se quedaron hablando temas de trabajo, cosas sin mucha importancia, y por voluntad de Maruja, alejadas de la vida personal de Eliécer. A ella le parecía un desperdicio de energías obligar a ese hombre a recordar momentos tan tristes y difíciles. ¿Para qué revivir dolores y abrir heridas, si en pocas horas, minutos o segundos iba a olvidarlas nuevamente? Ella sentía una profunda y constante pena por su huésped, inclusive un amor de madre. Desde ese día que llegó caminando trasnochado, acompañado solo por una bolsa de caramelos y una mochila con papeles, pudo adivinar la tragedia de su vida fácilmente y sintió solidaridad por esa alma solitaria que deambulaba buscando amparo. Una persona de esas que hacen sentir afortunado a cualquiera que escuche sus historias.

—Memo, mejor vamos pa' dentro que ya sí está enfriando bastante —dijo Eliécer cansado—. Mañana hay que madrugar a recoger más flores.

A pesar de haber bebido dos tazas de café dobles se fue a dormir profundamente, porque «en el país donde se toma café desde que se nace, los problemas son la verdadera caféina de los pobres», también decía a veces. Memo y Maruja se entraron a ver televisión con su hija en la sala, sin prestar mucha atención a la pantalla, todos tendidos sobre el peludo tapete. Memo estaba pasando los canales por costumbre cuando de pronto lo detuvieron las palabras emitidas por un noticiero. «Atención, alerta. Noticia de última hora. Hace pocas horas se dio a conocer por parte del general Pachón, comandante de la Policía Nacional y en exclusiva para nuestros medios, que ha sido capturado Alias el Profe, importante insurgente y presunto cabecilla al mando del quinto frente urbano de las

FRP. Abdel Hasán, más conocido como el Profe, era buscado por la policía desde hace varias décadas y se le sindicaba de rebelión, extorsión, narcotráfico y secuestro. Sin embargo su captura se hace aún más importante ya que se le acusa de haber participado en la toma del Palacio de Justicia el seis de noviembre de mil novecientos ochenta y cinco. Según la Fiscalía, el capturado tiene información importante acerca de aquellos hechos y puede comprometer a miembros del Ejército, la Policía, políticos y las altas cortes. En este momento está siendo trasladado a la cárcel de máxima seguridad, donde tendrá que esperar a que se legalice su captura y sea juzgado. Y siguiendo con más noticias, espere inéditas fotos de la sensual actriz Sarita Maldonado y su nuevo...».

—¿Maruja, sí escuchó eso? Parece que cogieron al Profe. Ese es el Profe del que siempre habla Eliécer.

—No estaba poniendo mucho cuidado, pero sí, algo escuché. El Profe.

—Hay que avisarle a Eliécer de inmediato, vaya despiértelo, que mientras tanto yo me quedo aquí pendiente a ver qué más dicen.

—No, Memo, déjelo descansar. No le dañe el cumpleaños, no lo preocupe. De todas formas, a esta hora qué va a hacer el pobre.

—Pues, sí. Tiene razón hija, tráigame el radio entonces yo escucho qué más dicen, por favor.

Al día siguiente, cuando cantó el gallo, Memo se encontró a sí mismo acostado todavía en el tapete, con el radio en la mano y una lucecita roja alumbrándole la cara. Del pe-

queño radio solo salía estática. Lo sintonizó de nuevo y escuchó las noticias de la mañana, pero todavía no decían nada importante. Afuera estaba oscuro, frío y húmedo como de costumbre. Vio pasar a su esposa para la cocina que iba a preparar el desayuno.

—¿Qué pasó, mijo? ¿Noticias? —preguntó ella bostezando.

—No, nada interesante.

De pronto apareció también Eliécer dando los buenos días, listo para el trabajo, peinado y sin lagañas.

—¿Qué pasa Memo? ¿Por qué no está listo todavía? ¿Pasó algo? ¿No va a ir al trabajo?

Memo se incorporó y apagó el radio disimuladamente.

—¿Cómo se le ocurre, compa?, antes lo estaba esperando, desayunemos y nos vamos.

Siguieron con la rutina de siempre, la ruana, el sombrero, machete, botas pantaneras y salieron para el cultivo de flores.

—Eliécer, hoy hay que movernos y recoger bastante porque yo voy a tener que dejarlo rápido. Hoy voy a bajar a la plaza, quiero ver qué posibilidad hay de volver a vender algo con la carreta. Necesito una plática extra —dijo Memo.

—Pero, ¿cómo así? Si usted eso lo dejó hace tiempo, ¿cómo que otra vez la carreta?

—Sí, compadre, quiero volver a investigar cómo está la vuelta, es que la niña necesita unas cositas pa' la escuela y los ahorros no me están alcanzando. Toca volver a lo de antes, usted comprende.

—Sí comprendo, pero me parece muy extraño, usted está actuando muy raro, Memo, ¿le pasa algo? ¿Quiere que lo acompañe?

—Noooo. Quiero decir, nada, no me pasa nada y estoy perfectamente. Es mejor que usted no baje a la ciudad, ya sabe cómo se pone de nervioso con esas motos, luego le da por beber y termina en problemas o metido ya sabe dónde.

Los dos siguieron camino al trabajo, a meterse en esas carpas gigantes hechas de plásticos semitransparentes y alumbradas como galpones. Allí en ese jardín creado por el hombre, donde los olores de la naturaleza relajan y despejan la mente, comenzaron a cortar los tallos y a clasificar las flores.

—¿Usted por qué está tan callado, Memo? No ha dicho una palabra. ¿Pasó algo ayer con Maruja? —preguntó Eliécer.

—No, seguro que no es nada, no se preocupe compadre, son solo cuestiones de billete, lo juro —repitió Memo sin mirarlo a la cara y como a las diez de la mañana, lo dejó trabajando solo para irse a la ciudad, como lo había planeado efectivamente.

Cuarenta minutos se demoró bajando la montaña en bus. Llegó directo al centro de la ciudad y se bajó en esa misma plaza donde hace más de un siglo bajaban para descargar las flores. Ya en el tumulto de la plaza, entre cabezas de porcinos amarillentos exhibidas en vitrinas, costillas enteras de vacas colgando de garfios, papas, zanahorias, racimos de hierbas, ropa de segunda, partes de carros, muebles tubulares, licuadoras, equipos de sonido y nidos de cables, Memo comenzó a buscar los diarios del día, pero no tuvo suerte, no

pudo encontrar nada de información acerca de la captura. Derrotado y con dolor de cabeza causado por la contaminación y los olores de la atmósfera, se sentó en una cafetería a tomarse una aguapanela con leche acompañada de una torta de pescado. Cuando de pronto y sin buscarlo, apareció al frente suyo en una tienda de discos viejos y de revistas de toda clase, un pasquín amarillista con la foto de una mujer desnuda y a su lado, sin ningún sentido gráfico, el titular: «Capturado alias el Profe. El guerrillero que sobrevivió a la toma del Palacio».

Memo corrió a comprar el diario y comenzó a leer los detalles cuidadosamente mientras se alimentaba de tilapia roja cubierta por huevo y harinas fritas.

«Abdel Hasán, alias el Profe, como se le conoce a este descendiente de una familia libanesa que llegó al país a finales del siglo XIX, fue capturado ayer gracias a un intenso operativo que efectuaron de manera conjunta y coordinada el Ejército y la Policía Nacional. Dicen las autoridades que alias el Profe es un subversivo que empuñó las armas desde temprana edad y lleva toda su vida en la guerrilla. Desde la década de los sesenta, Abdel se desplazaba por los campos del país, haciéndose pasar por un simple profesor de Álgebra. Así fue como llegó a trabajar en la escuela rural de Toribio, donde se puso al mando de la lucha insurgente en esa zona sin generar sospechas. El Profe es sindicado de secuestrar ganaderos, asesinar trabajadores de empresas mineras, policías y funcionarios del gobierno. Luego de que su grupo insurgente tuvo que desplazarse de la selva a la ciudad, presionado por los intensos ataques del Ejército, el Profe se convirtió en un elemento clave de la lucha urbana. En la capital, a principios de los años

ochenta se involucró con la mafia, e inclusive dirigió una operación secreta pagada por los capos, en la cual utilizó como fachada la toma del Palacio de Justicia donde, como es bien conocido por todo el país, se asesinaron jueces y magistrados de las cortes, murieron todos los guerrilleros en combate, desaparecieron inocentes y se quemaron expedientes. Sin embargo, lo que no se sabía hasta ahora por la opinión pública, es que no todos los guerrilleros habían muerto, como se afirmó en la prensa. El Profe fue un sobreviviente que salió ileso y logró cumplir con su objetivo sin cometer errores: salir del Palacio con los oscuros expedientes de uno de los más importantes e influyentes políticos del país, en eso consistió realmente su trabajo y por eso la importancia de su cabeza. Los documentos y grabaciones con los que el Profe logró escapar, podrían ser la prueba definitiva que vincularía a este político con el narcotráfico y grupos paramilitares. Hasta hoy nadie sabe dónde se encuentran aquellas pruebas, lo que sí es evidente es que tras su búsqueda ha muerto mucha gente inocente. “Él es el responsable de todas esas muertes, es un mercenario que trabaja para la mafia y sobre él va a caer todo el peso de la ley”, afirmó el Mayor Pachón, minutos posteriores al operativo. Son muchas las versiones, y las opiniones son contradictorias, pero con la captura del Profe, el país esperará ansioso por conocer la verdad. Por el momento el detenido se encuentra recluido en la cárcel de máxima seguridad y posiblemente sea extraditado a Estados Unidos donde también se le sindicó de conexiones con el narcotráfico y distribución ilícita de drogas en ese país...».

«¡Mierda! Con razón la calentura», pensó Memo mientras seguía leyendo la editorial y veía con atención la foto del hombre igualito al del *Álgebra* de Baldor.

Memo deambuló inquieto por las aceras del centro, quemando tiempo y tratando de hacer su viaje más convincente, decidiendo si debía o no contarle todo a Eliécer mientras esquivaba mujeres indígenas con la cara sucia mendigando limosnas. Una decisión difícil, pues la noticia podría cambiarle la vida a su compadre. Pero para qué molestarlo y torturarlo con esto, como opinaba su esposa. Por otro lado, ¿cómo negarle la única posibilidad de encontrar a su familia?, ¿cómo ser quien decida arrebatarle la mitad de su vida a otra persona?

Con esos pensamientos atormentándolo llegó a la casa tarde, y por más que intentó, no pudo entrar sin deshacerse de ellos. Encontró a Eliécer en la ventana mirando la neblina con su café en la mano.

—¿Qué hubo pues, Eliécer? ¿Cómo le fue? ¿Sí terminó de recoger las flores? —saludó con una actuación terrible que lo delató al instante.

—¿Qué es lo que pasa, Memo? ¿Ahora sí va a decirme? A mí no me engaña, yo lo conozco a usted muy bien. A ver, comente...

Memo reconoció su derrota y dejó caer el pasquín sobre la mesa.

—Mire esto, lea.

Eliécer supo de inmediato que era algo importante y se acercó a la mesa caminando despacio e imprimiéndole suspenso a sus pisadas. Levantó el periódico y leyó los titulares en voz alta.

—No puede ser, esto tiene que ser una broma —dijo.

Luego abrió las páginas y vio la foto del Profe todo decrépito. Nunca imaginó verlo destruido. Cuando leyó el titular, se lo estaba imaginando como la última vez que le encargó la vida de su esposa y su hija en la prisión. Solo hasta entonces se dio cuenta de cuánta vida les había arrebatado el tiempo. Comenzó a leer los detalles, concentrado. La boca era un mimo que iba representando las palabras que entraban en su mente. Repasó la noticia dos y tres veces.

—¡Malditos hijos de puta, mentirosos y manipuladores! ¡Eso no es cierto!

Y descargó un puño violento sobre la mesa. Los vasos y un arreglo de flores del centro reaccionaron volando por los aires.

—Tranquilo Eliécer, le puede dar algo, cálmese —dijo Memo, quitándole el periódico de las manos.

Fue una reacción intensa pero volátil que solo duró un minuto, porque el Indio consumió al instante las baterías que tenía de reserva y tuvo que tenderse en el sillón de la sala, mirando al techo callado y cubriéndose los ojos con los codos. Le dio un dolor que le entumeció desde el cuello hasta la punta de la cabeza, sus nervios y músculos se tensionaron. Así permaneció un momento tratando de volver a la normalidad, quieto y pensativo como el paciente de un psicólogo. Mientras tanto Memo, agachado, recogía los pedazos de vidrio dispersos por el suelo.

De repente Eliécer lo logró, tuvo un momento de fuerza y claridad perfecta, entonces dobló su cuerpo en un ángulo agudo y se sentó en el borde del sillón mirando fijo el

tapete. Se prensó las cienes con ambas manos para que le volaran hacia afuera los pensamientos.

—Memo, tenemos que contactarlo inmediatamente, él es el único que sabe dónde está Victoria y mi hija —dijo levantando la cabeza y buscando a Memo.

—Efectivamente —le respondió el otro mirándolo a los ojos locos.

—¿Qué pasa aquí? —dijo Maruja, que entraba con la niña y vio a Memo recogiendo el desorden.

—Voy a encontrarlas Maruja, voy a encontrarlas, por fin voy a encontrarlas, yo sabía que algún día esto iba a pasar... —dijo Eliécer, que se estrelló contra ella dándole un abrazo tan fuerte que le hizo soltar en el piso las bolsas del mercado que traía en sus manos.

Maruja vio sobre el hombro de Eliécer el periódico en la mesa y leyó los titulares. Le disparó una mirada de reproche a Memo que casi lo acaba. La niña asustada se fue a saludar a su padre y se aferró a su pierna como una garrapata gigante.

El Indio, lleno de esperanzas, descargó todas sus energías en el cuerpo de Maruja, lo usó como un vertedero. Entonces la soltó y se alejó de ella con el cuerpo vacío, caminando en reversa, sabiendo que algo importante había ocurrido pero sin poder recordarlo. Ella aprovechó el renglón en blanco y recogió el periódico, lo escondió bajo su brazo, levantó el mercado y se fue a la cocina.

—Permítame le ayudo, Maruja —dijo Eliécer.

—No, tranquilo, no se preocupe. Guillermo, ¿por favor me ayuda?

Eliécer se fue a la pieza a leer su libro. Desde que no bebiera, eso hacía generalmente mientras le servían la comida.

—Memo, ¿pero cómo puede usted hacerle esto a ese hombre? ¡Ya déjelo en paz, por amor a Dios! —le reprochó la esposa.

—Él tiene derecho a conocer la verdad por más dura que sea. Además hay que ser positivos, imagínese si por medio del Profe le encontramos a su familia —respondió Memo.

—Encontramos, me suena a paseo. A mí no me meta en esto —dijo su esposa—. Además, usted sí es muy iluso, mijo. Eso fue hace muchos años, esa mujer ya debe estar casada, con otra vida aparte, otros niños, la hija ya ni debe acordarse de su padre, a duras penas lo pudo conocer. Y que el altísimo me perdone por lo que voy a decir, pero... Esa gente ha estado involucrada en cosas muy serias, y quién sabe si no están muertas.

—No lo diga Maruja, ni siquiera lo piense.

—Perdóneme pero usted sabe que es verdad. Lo que pasa es que yo no puedo ver sufrir así a la gente. Dejemos ese tema por favor, hágalo por mí, por su hija y por el mismo Eliécer. También me da miedo que usted vaya a terminar involucrado en algo maluco. Según este periódico estamos hablando de gente que puede desestabilizar un país. ¡Qué va a saber usted de esas cosas! ¡Solo que puede terminar bajo la tierra!

—Pero ayudarlo es la única manera para que pueda irse tranquilo a su tumba. Los doctores podrán decir lo que sea, ellos son los que conocen, pero estoy seguro de que si ese hombre se muere sin saber qué pasó con su familia, nunca va

a descansar en paz, ni usted ni yo tampoco. ¿O quiere que venga a jalarnos las patas por las noches?

Los dos sonrieron y se derrumbó el muro invisible que los separaba.

—En eso sí tiene razón, Guillermo. Usted es una buena persona, ¡qué le vamos a hacer! Haga lo que su corazón le indique pero a mí o a la niña no nos involucre —dijo ella mientras comenzaba a sacar las ollas para preparar la cena.

Cuando Memo regresó a la sala, Eliécer estaba jugando cartas con Tuti.

—¿Qué pasó? Lo hacía leyendo el libro de siempre, compadre. Lo ha leído como veinte veces.

—No sé, compadre. Algo raro me pasa, no puedo concentrarme, siento que se me olvidó algo demasiado importante.

—Vamos afuera —dijo Memo—. Sí que hay algo demasiado importante que recordar, venga hablemos.

Se sentaron en las mecedoras.

—Vamos a encontrar a su familia, se lo prometo.

Eliécer se paró de la mecedora y recostó su cuerpo sobre la baranda del corredor. Estaba más tranquilo y mirando hacia las montañas ya cubiertas de oscuridad.

—Sí, ya lo recuerdo, eso era, vamos a encontrarlas.

Su mente pasaba por un momento de lucidez total, inclusive tenía un plan.

—Imagino que al Profê no lo dejarán ni ver a sus familiares, la información hay que conseguirla desde adentro de la cárcel con la ayuda de alguien. Lo que debemos hacer es encontrar a la persona indicada que nos conecte. El Chespi,

por ejemplo. Tenemos que hacerlo todo a través de él, es el indicado.

—¿Quién es Chespi? —preguntó Memo.

—El hombre de los refranes, es un guerrillero ya viejo que todavía debe estar pudriéndose en la cárcel, un terrorista, pero es de confianza, es un buen amigo. Él me ayudó adentro con un asunto importante. Él sabe cómo manejar la cárcel y puede conseguirnos la información de dónde está mi familia.

—Listo, compadre, así lo hacemos entonces —contestó Memo terminándose de comer el poco de uña que le quedaba.

—Gracias, Guillermo, no sé qué haría sin usted.

VIII

«Ring, Ring, Ring...», sonó el antiguo teléfono gris pegado a la pared.

—¿Aló?

—¿Qué hubo, compadre? ¿Me escucha? Le tengo una buena y una mala noticia.

—Primero la mala.

—Me negaron la orden judicial para ver al Chespi.

—¿Pero por qué? Si todos los papeles estaban en orden.

—Dijo el juez que ni siquiera puede dar esa información, me dio a entender que no insistiera más con eso. Con todo el alboroto que se armó con la captura del Profe están negando todas las visitas relacionadas con los sindicatos de terrorismo o rebelión, específicamente con los del patio de esos guerrillos. La vuelta está muy grave, usted sabe mejor que yo cómo es.

—¿Y la buena?

—La buena es que ya tengo un plan b y puede que funcione si le ponemos fe. Pero mejor hablamos en la casa que ya va a salir el bus, además estoy en un teléfono público y esto es mejor que no lo hablemos por aquí. Uno nunca sabe.

—De acuerdo, aquí lo espero.

Transcurrió una hora antes de que su amigo regresara de las oficinas judiciales, tiempo que Eliécer pasó ensamblando los pedazos de carta que le quedaban, observando los rostros difusos sobre las fotografías que ya casi se deshacían y escribiendo notas en pedazos de papel para conservar la memoria, por lo menos hasta que su amigo le trajera las noticias del tal plan b.

Desde que comenzaron la misión de encontrar a su familia, con la metodología de las notas escritas, el Indio había logrado manejar mejor la información, inclusive ya podía retener nombres y fechas por más tiempo; sin embargo, y desafortunadamente para él, algunas veces cuando leía lo que escribía, olvidaba quién lo había hecho, dónde había dejado las notas, o el para qué de lo que ahí leía. Entonces el ejercicio nemotécnico se convertía en ocasiones solo en tinta impresa en un papel. Fue un buen intento, pero para recuperar su vida, como hubiera querido, hubiese sido necesario volverla a escribir completa, pero inclusive así, para el momento en que estuviera leyendo el epílogo, ya hubiera olvidado el comienzo, el nudo, y seguramente el desenlace. Una importante ventaja de la cual aprendió a valerse con el tiempo, era confiar en la intuición que le generaban sus sentimientos, pistas no tan efímeras como las notas escritas y, por el contrario estos sí le mantenían jodiendo el alma dándole una especie de sexto

sentido: todo el tiempo podía percibir que andaba en busca de un amor perdido, inclusive podía sentir que había conocido el amor de padre alguna vez.

Hacía ya dos meses que un noticiero había dado a conocer la noticia de la captura del Profe. Desde ese entonces, lo único que pudo hacer el carretillero para ayudar a su amigo fue seguir el nebuloso plan que diseñó un hombre con la memoria destruida: contactar a un preso que les sirviera como intermediario, inclusive sabiendo que este podía ser un recuerdo falso o un simple anhelo de su mente confundida. Inclusive así y aunque todo lo habían hecho con esperanza, disciplina y negligencia, ante los hombres que representan la mujer de los ojos vendados, ellos eran solo inofensivas cucarachas, y la prueba fue la reciente conversación telefónica que confirmaba el fracaso del plan.

La manija de la puerta giró y Eliécer vio entrar a su amigo, lo perseguía una corriente de aire frío que logró meterse a la casa antes de cerrar la puerta. Memo descargó el sombrero lleno de pensamientos en la mesa y sopló un aire prolongado por su boca al tiempo que inflaba los cachetes, sinónimo teatral de su cansancio extremo.

—¿Qué pasa Eliécer? —preguntó cualquier cosa mientras se quitaba los zapatos.

—¿Como que qué pasa? ¿Cuál es el plan b? —respondió Eliécer leyendo las notas que decían: «Cuando llegue Memo preguntar cuál es el plan b».

Memo no respondió de inmediato, necesitaba unos minutos de reposo y siguió derecho a la cocina para preparar café. Luego de unos minutos regresó bebiendo y diciendo:

—Hoy conocí a un abogado, uno de esos gatos hambrientos que se paran a la salida de las oficinas judiciales para cazar ratones despistados. Cuando iba saliendo se me acercó y me ofreció sus servicios, muy atento. Yo le expliqué la situación y me dijo que hay una buena oportunidad para contactar gente adentro del penal sin importar el patio. Pero es una sola oportunidad en el año y toca bajarnos de un buen billete. La idea es la siguiente, vaya pues anotando compadre: El 24 de septiembre es la fiesta nacional de la Virgen de las Mercedes, usted lo sabe bien. Este abogado (Memo sacó una tarjeta del bolsillo del pantalón y leyó) Antonio Moreno nos puede conseguir una orden para entrar ese día a ver a un recluso cualquiera, un pelele de poca monta que sea cliente suyo. Adentro del penal hay celebraciones todo el día y los patios se mezclan unas horas. Sería cuestión de estar muy pendientes y buscar al Chespi en ese tiempo, nos acercamos, hablamos con él y le damos los datos. Luego, él se encargaría de darle la información al Profe y listo, sencillo, se acabó. ¿Cómo le parece?

—Excelente. Pero solo hay un problema.

—¿Cuál?

—¿Como de cuánto estamos hablando?

Memo miró la tarjeta por detrás.

—Cinco millones, contestó. Y hubo un silencio largo.

—¡Yo vendo todo lo que tengo. Un par de relojes que nunca me reclamaron! Alguna plata me tienen que dar por eso, también tengo unos ahorritos bajo el colchón.

—No se preocupe, Eliécer que eso lo resolvemos como sea —Memo lo miró con un pesar terrible mientras

veía cómo se esfumaban sus propios ahorros—. Ahí vemos qué hacemos.

Junio pasó, julio pasó, agosto pasó y el tiempo se detuvo en septiembre. Memo contaba los días, las horas y los minutos, y cada vez le daba más dificultad controlar el miedo. Las noches se le extendían, las pasaba despierto mirando a su esposa, su niña, el reloj, el techo. Tomaba aguas aromáticas que lo calmaran y que le provocaran sueño, pero no había nada contra la caféina de los pobres. La vida con su mujer se deterioró, no hubo más noches de pasión y sexo. Ella se mantenía resentida y adolorida con un agujijón adentro. No le perdonó que gastara los ahorros en semejante locura sin consultárselo, pero sobre todo, que fuera a poner a la familia en peligro de muerte. Memo comenzó a creer que todo había sido un error y una gran culpa se cernía sobre su pecho a la hora de pegar los ojos. En las noches, luego del trabajo, cuando se sentaba con su amigo a jugar parques y a hablar del plan, la respuesta de Eliécer era: «¿De cuál Chespi me habla?» o «¿Quién es el Profe?». Memo tenía que irse al baño y llorar escondido para liberar su frustración. Sin embargo, en el fondo sabía que estaba obrando bien y que su esposa lo entendía. Y así, como transcurre el tiempo para un toro en una corrida, al que le van enterrando banderillas para incrementar el dolor y reducirle las fuerzas hasta que llegue su muerte, el tiempo se le agotó. Eran las ocho de la mañana del 24 de septiembre y ambos amigos estaban esperando sobre el asfalto que bordea la prisión, con un papel en la mano que les había costado cinco millones y cuya única garantía era la firma de un tal Antonio Moreno que hablaba muy atento.

Hacían una larga fila compuesta por hombres, mujeres, niños y ancianos. Todos esperando bajo el sol tibio de la mañana y una manada de gallinazos madrugadores que volaban en círculos, esperando a que el río putrefacto, ubicado solo a unos metros de la prisión, bajara en su corriente algún pedazo de carne para el desayuno. Memo y Eliécer mirando una gran puerta de latón verde, pintada con letras negras que decían «Policía Nacional, Dios y Patria, un compromiso de corazón», se sentían indispuestos inhalando ese metano.

El edificio que lograba mantenerse en pie detrás del portón y de un muro periférico con alambradas tipo rancho de secuestrado, generaba temor y compasión a la vez. Tenía sus paredes pintadas de blanco, pero el color comenzaba a abandonar el ladrillo por tramos, parecía la espalda de un turista luego de unas vacaciones en las que se expuso demasiado al sol. Los marcos de las ventanas estaban pintados de verde para disimular un poco la insipidez y la tristeza de la cárcel. Por los barrotes de las ventanas colgaban trapos intentando alcanzar la luz del sol: calzoncillos, camisas, sábanas, cobijas y pantalones que sacaban los reclusos para evitar el mal de tierra. Desde afuera todavía se podían ver escaleras sin barandas intentando conectar lozas, columnas y barras de hierro oxidadas. Si no fuera por los gritos, los sonidos de las celdas y los trapos húmedos, podría decirse que el edificio había sido abandonado antes de terminar su construcción.

—Siguiente —dijo un policía con el apellido Higuera bordado en su pecho.

—Buenos días, señor agente —habló Memo.

—A ver sus permisos para entrar y las dos cédulas. ¿Vienen juntos? —respondió tajantemente el uniformado.

Memo obedeció al instante.

—¿Esto qué es?

—Es el papel que nos dio nuestro abogado, el permiso de entrada.

—¿Ustedes me vieron la cara de pendejo o qué? Esto no tiene ninguna firma del juez, ningún sello —exigió Higuera.

—Mucha vida hijueputa —le dijo Memo a Eliécer en secreto—. Nos tumbaron la platica compadre, sí ve, yo sabía. ¿Sabe qué?, pásame la bolsita negra que tiene guardada en la media.

—Bueno, bueno, circulen pues, despejen la puerta que hay mucha fila —los acosó el policía.

Memo se acercó un poco y le dio la mano a Higuera como si le estuviera dando las gracias por nada. El policía lo miró a los ojos y dijo sin ninguna expresión de sorpresa, frío, como la neblina de Eliécer:

—¿Esto qué es?

—Por favor, Higuera, recíbamelos. Mire que no nos podemos devolver —Memo le susurraba al oído—. De esta entrada depende que este señor enfermo vea a su mujer. Entiéndanos, háganos la caridad.

El policía se guardó la bolsita negra en el bolsillo y los dejó pasar el control.

—Hágale usted primero, Mono...—dijo Eliécer quieto y recordando algo en su infancia.

—¿Cuál Mono, hombre? Soy Memo. Que me llamo Memo. No vaya a empezar pues. Lo necesito bien despierto hoy. No me vaya a fallar compadre. Perdónenos, señor agente, es que mi amigo tiene problemas mentales. Por eso no se quiere mover...

—Entran o los saco de una vez —dijo el policía con el bolillo en la mano.

—Eliécer, por favor, no me haga esto, mire que ya nos dejaron pasar —Memo insistía jalando a Eliécer, destrozándole el cuello de la camisa.

Eliécer estaba petrificado, pero a diferencia de lo que pensaba Memo, no era por la pérdida de la memoria, estaba recordando cuando él mismo atravesó esa puerta siendo un prisionero.

—¡Qué paciencia la que hay que tener con esta gente! —dijo el policía, mientras los metía por la puerta de un empujón.

Eliécer se fue al piso.

—Compadre, tiene que controlarse, yo sé que usted ha pasado por unas difíciles pero concéntrese. Por favor, esto puede ser peligroso.

—Ya, Memo. No se preocupe que ya estoy bien — Eliécer se levantó del suelo sacudiéndose la ropa.

—Eso, así es compadre.

Pasaron el segundo control y caminaron en la fila india que avanzaba lentamente, bordeando una malla metálica que separaba un pasillo del patio. Allí estaban los presos ya recibiendo las visitas y preparándose, como todos los años, para la habitual misa de celebración y luego para la fiesta. Pasaron el

tercer control donde les quitaron toda la ropa, y desnudos, con un intenso frío en las plantas de los pies, les hicieron hacer cucullas. Luego se vistieron fingiendo una buena cara y entraron por fin al patio que parecía un hormiguero alborotado.

—Memo, Memo —dijo Eliécer. Su voz era una alarma.

—¿Qué pasa? Que ahora no le vaya a dar otra crisis, pues. Mire que lo necesito con los cinco sentidos. De esto depende...

—No, no es eso —interrumpió Eliécer, entrando en pánico—. Nos robaron esos tombos cuando nos quitaron la ropa. No encuentro la bolsita negra.

—¡Cuál nos robaron! ¿No se acuerda que nos tocó darle la plata al de la puerta?

—¿A cuál de todos?

—Olvídelo compa. Mejor empiece a buscar al hombre con cuidado, empiece a recordar y a rezar, porque esa plata que nos bajaron, era para darle al tal Chespi.

Pasaron un par de horas caminado por el patio, dando vueltas perdidos en la marea de besos, lágrimas y abrazos. Luego tuvieron que aguantar parados y sudando la prolongada misa de la virgen, barriendo la zona como si sus ojos fueran las luces de un faro nocturno. Pero cada que a Eliécer le parecía reconocer un rostro y se quedaba mirándolo fijamente, recibía una mirada digna de prisión, entonces era cuidadoso para no ir a molestar tipos susceptibles. Luego de dos horas recibiendo bendiciones, comenzaron a verse los primeros presos borrachos y los policías llevándolos de regreso a las cel-

das, lo cual limitaba aún más las posibilidades del plan b. Afortunadamente, y para sorpresa de Memo, hasta ahora Eliécer tuvo siempre momentos de completa lucidez. Tal vez porque nunca olvidaría ciertas cosas como las escaleras del caspete donde supo quién había matado a su padre, inclusive recordó el lugar donde alguna vez estuvo la tienda que ya no existía, y dio vueltas a la cancha imaginando a la perrita Nieves. Pero finalmente ocurrió lo que tanto temía el carretillero, la enfermedad terminó derrotando al Indio. Este, agotado al máximo, perdió la memoria por completo, y con ella la esperanza de encontrar a Chespi, a no ser que Chespi lo encontrara a él. «Debí haber escuchado a mi esposa», pensó Memo arrepentido y alistándose para salir de la cárcel. Siguieron caminando con dirección a la salida, en ese momento solo apostándole a la suerte. Memo llevaba a su amigo de la muñeca para dirigirlo como un globo lleno de aire. «¿Será que ya se murió? ¿Matarían al bendito Chespi ese? Tal vez eso fue lo que me quiso decir el juez, debí estar loco para meterme en semejante disparate, pero finalmente mejor que ya nos vamos antes de habernos metido en problemas», pensó Memo. Y cuando ya todo iba a perecer...

—¿Eliécer? ¿Cuchito, es usted? —los detuvo un hombre medio joven oliendo a aguardiente—. Yo lo distingo a usted, es Eliécer. ¿No me reconoce?

—Discúlpelo, amigo. Es que ha perdido la memoria, en este momento está en una crisis, no se acuerda de nada —intervino Memo.

—¿Como que perdió la memoria? No puede ser. ¿Qué clase de mierda es esa? Eliécer, soy yo, Adrián, la

Chinga, Chinguita, ¿no se acuerda? Usted me compró la bolsa de caramelos, el bus, la banca del pueblo, la guerrilla... ¡Qué casualidad tan increíble!

—Baje la voz, por favor. Es inútil, él no se acuerda, a veces ni sabe su propio nombre —dijo Memo, y en sus palabras se sentían los nervios.

—¡Cuál casualidad, Chinga! Yo siempre supe que usted iba a terminar aquí. Se lo dije —murmuró Eliécer, pero haciendo tanto esfuerzo que no se le entendió nada.

—¿Qué dijo? —preguntó Chinga contento y emocionado—. Yo creo que sí me reconoce. Yo sí le entendí que dijo mi nombre. Qué pena, señor. No me presenté, pero me dio mucha felicidad ver al cuchito, está viejo el hombre, pero sigue siendo igualito. Mucho gusto, Adrián. Pero me dicen Chinga.

—Mucho gusto, Guillermo Jaramillo. Pero me dicen Memo.

—¿Sabe qué, Memo? Este señor, ahí donde lo ve, una vez me compró una bolsa entera de caramelos y me cuidó en un retén de la guerrilla. A mí nunca se me olvida eso. Pasamos la noche en una banca de un parque. Aguantando frío y él contando historias de este mismo patio. ¿Puede creerlo?

—Ver para creer —dijo Memo señalando con un gesto de la boca a Eliécer.

—¿Pero qué están haciendo por aquí? ¿Visitando familiares? —preguntó el joven.

—No, nada de eso. Bueno, algo parecido. Pero sabe que usted tal vez pueda ayudarnos con algo.

—¿Para qué soy bueno, cucho?

—¿Ha escuchado usted hablar de un tal Chespi?

—Mmm... —Chinga dudó en contestar, le cambió el semblante, se puso serio y agresivo—. ¿Para qué lo quiere?

—Es para que le haga un favor a nuestro amigo Eliécer, algo importante relacionado con su familia. Tal vez él pueda ayudarnos a encontrar a la esposa y a la hija de Eliécer.

—Pues no creo que eso sea posible —dijo Chinga.

—¿Por?

—Porque está bien muertecito el hijo de puta ese. Se lo bajaron hace unos meses. Cuentas por pagar, ¿entiende? —dijo Chinga mirando a Memo de una forma intimidante.

—Sí. Entiendo. Pero tranquilo, Chinga, no se ponga así, nada de esto es personal, no se altere. Déjeme yo le explico mejor. Yo no quiero problemas y menos este pobre (Eliécer trataba de hablar, pero solo decía frases incoherentes). Lo único que nosotros queríamos era dejarle un mensaje al Profe.

—¿El guerrillo que encaletaron en estos días? —interrumpió Chinga.

—Sí, efectivamente. El mismo. ¿Usted lo conoce?

—No personalmente. Pero sí sé quién es, todo el mundo sabe. Ese va es pa' arriba para los yunaites.

—Bueno, pues tal vez usted pueda darle nuestro mensaje —dijo Memo—. A eso fue que vinimos.

—¿De qué se trata? —Chinga preguntó inquieto.

—Es una dirección y un teléfono. Solo eso. Ah, y decirle que es de parte de Eliécer, por supuesto.

—La verdad es que yo sí le debo una al cuchito, veré qué puedo hacer. Yo conozco una gente en el patio de los

guerrillos. Pero no puedo prometerle nada, usted sabe que ese paciente es muy caliente.

—¿Tiene donde anotar? —dijo Memo.

—Yo no necesito eso. A mí todo se me graba en la mente. A ver, suelte.

—Pero es que usted ha tomado, huele a aguardiente, de pronto...

—¡Que me diga! Le estoy diciendo.

Memo se le acercó al oído y le dio la dirección y el teléfono de su casa. La misma información dos veces. «Pero qué estoy haciendo, Dios mío, darle la dirección y el teléfono de mi casa a este delincuente, ni siquiera sé si es quien dice», pensó Memo al instante.

—¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo.

—Bueno, cuídeme al cuchito Eliécer y dígame que trataré de hacer lo que pueda —respondió Chinga dándole un fuerte abrazo al Indio y despidiéndose.

IX

—Buenas noches queridos televidentes, nos encontramos hoy en vivo y en directo desde la ciudad de la eterna primavera. Estamos celebrando el cierre de la versión cincuenta y ocho del desfile de silleteros. Este año bajo un sol inclemente y a través de los tres kilómetros de recorrido por el centro de la ciudad, los más de quinientos silleteros cargaron sobre sus espaldas alrededor de cuatrocientas mil flores. Pero sin más preámbulos, mejor dejemos que nos cuente todos los detalles nuestro invitado especial, el señor Guillermo Jaramillo Londoño, ganador indiscutible del primer premio a la silleta monumental. Permítame felicitarlo don Guillermo y cuénteles a toda la teleaudiencia nacional ¿cómo se siente luego de recibir este importante reconocimiento?

—Buenas noches, me siento muy feliz y satisfecho. Pero dígame Memo, es que no estoy acostumbrado a mi nombre tan largo y además así me dice mi esposa en los momentos malos. A propósito, quiero aprovechar para enviarle

un saludo a ella y a mi hija Tuti. También le mando un beso y un abrazo grande a mi amá y a mi apá. Pero especialmente quiero saludar y felicitar a mi compadre y hermano del alma, Eliécer. Yo sé que está aquí presente. Este premio es todo tuyo.

—¿Es la primera vez que gana un galardón de estos? Tengo entendido que ha participado en muchos desfiles anteriormente.

—Sí, desde que tenía diez años estoy participando, y mis padres desde que inauguraron el desfile, pero efectivamente esta es la primera vez que ganamos el primer premio. Esta es una recompensa por mantener vivas nuestras tradiciones campesinas.

—¿Y cuál cree usted que fue la diferencia? ¿Por qué esta vez logró ganar?

—Fue por Eliécer. Sin él, esto no hubiera sido posible.

—¿Y quién es Eliécer? Si podemos saberlo.

—Es la mismita silleta.

—Bueno, no le entiendo. Pero háblenos más de la silleta, ¿tiene algún significado?

—Sí que lo tiene. Significa la lucha continua de un hombre humilde contra la indiferencia y la corrupción del Estado. Contra el desprecio, las ganas de poder y la ambición de los mismos ciudadanos que ante el mal ejemplo de sus gobernantes, se sienten con el derecho de ir amenazando y matando sin Dios ni ley. En esta silleta está contenido un espíritu que ha tenido que sufrir y pelear, inclusive por un derecho tan fundamental como el de trabajar honradamente...

—Ok, ok. ¡Muchas gracias, Memo! Perdóneme que lo interrumpa, pero me informan que tenemos que irnos a comerciales...

★★★

«Ring, Ring, Ring...», sonó el mismo teléfono gris pegado a la pared.

La familia de Memo se acostaba temprano, a eso de las nueve o diez de la noche. Las luces estaban apagadas y lo único que se escuchaba eran las comunicaciones de los insectos, por eso cuando el aparato sonó a las once y media, destruyó el silencio y el ambiente se puso tenso, mucho más tenso de lo que había estado desde hacía un mes, cuando Memo y Eliécer dejaron el número telefónico grabado en la memoria de Chinga.

Memo, que parecía haber perdido por completo su hábito del sueño tranquilo y profundo, se paró de la cama corriendo para contestar, sabía que esa era la llamada que habían estado esperando: una dirección o una amenaza lo aguardaba al otro lado de la línea para aniquilar la incertidumbre.

—¿Aló? ¿Aló? ¿Sí? ¿Quién habla?

Hubo un silencio prolongado que su esposa y su hija en la cama escucharon nerviosas y con los ojos bien abiertos.

—¿Tiene papel y lápiz? —finalmente le respondió la voz de una mujer en el teléfono.

—Un momento, por favor. Sí, dígame —respondió Memo jalando el cable para alcanzar la libreta y el lápiz del Indio que siempre permanecían sobre la mesa.

—Viernes a las nueve y media de la noche en la taberna «El Tufo». Dígale a Eliécer que vaya solo.

—Un momento, ¿con quién hablo?

—Habla Victoria Tabaquichá.

—¿Victoria? ¿La esposa de Eliécer? ¿Aló? ¿Aló?

Memo no recibió respuesta esta vez, solo doce voltios convertidos en sonido. El hombre, con su presión arterial elevada al nivel de calentarle la cara, permaneció quieto abrazando la bocina del teléfono contra el pecho, cerró los ojos y se quedó repitiendo en su cabeza, una y otra vez, el tono de esa voz con el que había acabado de hablar. «¿Sí será cierto que la encontramos? ¿Será una trampa?», pensaba.

Una mano helada y temblorosa le tocó el brazo causándole un susto que casi le hace perder el conocimiento. Memo abrió los ojos de un tajo y soltó la bocina del teléfono, esta golpeó el piso un par de veces ayudada por el cable en forma de espiral. La mano pertenecía a una momia envuelta en una cobija para protegerse del frío.

—¿Qué paso, mijo? ¿Por fin llamaron? —le preguntó su esposa tratando de ajustar su visión ante la luz del foco.

—¡Qué susto me pegaste, casi me matas! Pero sí, era ella, mija, la propia Victoria, lo logramos, ¿puedes creerlo? Lo curioso es que solo me dio una dirección para encontrarse con Eliécer.

—¿Cómo? ¿Así no más? ¿Qué más dijo?

—Sí, así no más. Me dio esa dirección con una fecha y me advirtió que le dijera a Eliécer que fuera solo. Luego colgó el teléfono.

—¿Y cuándo?

—Este viernes —respondió Memo mientras colgaba por fin la bocina que había dejado de elongar y contraer la espiral.

—¡Pero si hoy es miércoles! ¿Esa mujer está loca? ¡Ay, Dios mío! Eso está muy raro, qué miedo Guillermo, va a pasar algo malo, yo lo presiento. Se lo dije, ¡¿para qué se metió en todo esto?! Y ponerse a gastar los ahorros para comprar la muerte, lo único que en este país es gratis.

—Tranquila, Maruja, no llore —Memo abrazó a la momia.

—Mami, ¿qué pasa? —preguntó Tuti atemorizada desde la puerta de su pieza, no se atrevía a salir de cuerpo entero—. ¿Por qué llora?

—No pasa nada hija, venga mejor vamos para la cama que está muy tarde, estas no son horas para andar despiertos.

La mamá se la llevó de la mano a dormir en la misma pieza. Memo se fue a dormir, o mejor, a disimular que dormía en la pieza de la niña que quedó vacante. Cuando cantó el gallo a la madrugada, escuchó a Eliécer llamándolo al lado de la puerta de la pieza donde Memo no estaba.

—Compadre, ¿no va a ir a trabajar hoy? Despierte que está tarde.

Memo llamó a Eliécer en voz baja. Este se sorprendió al verlo salir de la pieza de su hija.

—¿Pasa algo? —dijo con un susurro.

—Sí y algo muy serio, hoy no vamos a trabajar, espéreme un momento en la sala, compadre, mientras preparo un café y hablamos.

—¿Pero cuál es el misterio? ¿De qué se trata? —seguía murmurando para no despertar a las mujeres.

Su amigo no respondió y se fue a la cocina dejando a Eliécer parado en el tapete de vaca, buscando su libreta a ver si encontraba allí algo escrito que le respondiera su pregunta. Mientras tanto Maruja salió de su pieza con los ojos hinchados y no saludó a Eliécer. Pasó derecho y directo al baño para no mostrar su cara congestionada. La mujer se dio una ducha tratando de ocultar con el ruido del agua cayendo, el inconfundible sonido del llanto explotando. Eso le indicó a Eliécer que el problema era bastante serio y este se fue de inmediato a la cocina.

—Compadre, ¿qué es todo esto? ¿Anda en tropel con su esposa?

—No directamente. Pero en cierta forma lo vengo haciendo desde hace un par de meses que vimos ese noticiero.

—¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudar?

—Olvídense de eso y mejor siéntese —Memo no lo miraba, solo seguía esperando ver subir las burbujas del agua hirviendo—. Ayer recibí la llamada que estábamos esperando.

—¿Cuál llamada?

—¡Cómo que cuál llamada! ¡Por favor, Eliécer, concéntrese! ¡Cómo que cuál llamada! Con usted sí es imposible —Memo perdió la paciencia y comenzó a jalarse los pelos con las manos, luego sacudió a su amigo de los hombros a ver si reaccionaba. Pero al verse en esa escena, fue él quien reaccionó y entonces decidió calmarse. Tenía su mente demasiado distorsionada—. Perdóneme, Eliécer, yo sé que no es su culpa.

—¿Qué pasó, compadre? Ahora sí que se calmó, cuénteme.

En ese momento las burbujas emergieron y Memo comenzó a filtrar el café en silencio. El Indio tampoco dijo una palabra más, ya tenía miedo. Los dos escucharon cómo terminó de salir agua de la ducha y cuando se abrió la puerta del baño.

—Vea, Eliécer, tómeselo a ver si reacciona, a ver si le vuelve la bendita memoria.

Memo le dio el café y lo dejó solo en la cocina, sentado en una silla al frente de una mesita pequeña y otra silla idéntica pero solitaria. Luego volvió con la libreta de notas y la tiró sobre la mesa.

—Lea en voz alta —le habló fuerte, como en el ejército.

Eliécer comenzó a leer sus propias notas confundido por el extraño comportamiento de su amigo: «Viernes, nueve y media de la noche, taberna El Tufó».

—¿Qué significa esto? Esta no es mi letra.

—Siga leyendo —le dijo Memo ocupando la silla solitaria— recuerde que esas son sus propias notas.

«Estamos esperando una llamada desde la cárcel, del Profe, de la Chinga o de cualquiera que nos dé información de mi esposa». Eliécer se quedó procesando esa información, mientras sostenía con ambas manos la taza de café para calentarlas.

—Lea más abajo y haga pues memoria, necesitamos otro esfuerzo.

«En la visita a la cárcel tuvimos éxito, es posible que Chinga nos ayude a contactar al Profe y él a Victoria». Cuando pronunció la palabra Victoria en voz alta, la mente le abrió una ventana que dejó entrar la luz y de inmediato se le fue la taza de café al suelo. Ni siquiera la loza en pedazos y el café caliente sobre sus medias lo hicieron alejarse de lo que vio a través de esa ventana.

—No puede ser, compadre. ¿Cómo? ¿Cuándo? — dijo Eliécer mientras volvía a leer la última nota escrita por su amigo: «Viernes, nueve y media de la noche, taberna El Tufo».

—Sí, Eliécer, lo logramos. Ayer llamó a eso de la media noche, era ella. Su esposa Victoria.

El Indio comenzó a convulsionar por dentro, una mecha lenta que iba a detonar la euforia se había encendido, entonces le comenzaron a salir lágrimas de alegría y su boca le temblaba, empezó a llorar en silencio, no podía decir una palabra porque sentía que podía acelerar el estallido. En la sala de la casa había un cristo de madera colgado en la pared. Eliécer se paró de la mesa y se dirigió directo al crucifijo dejando sus huellas de café estampadas en la baldosa fría. Cuando tuvo la imagen al frente se arrodilló y dijo aliviando el llanto:

—Por favor, Dios mío, esta vez apiádate de mí, si has de llevarme contigo algún día, concédeme solo una lucidez como la de este momento para volver a ver a mi esposa y a mi hija. Ilumíname el camino y devuélveme mis recuerdos que son lo único que tengo.

El Indio que ahora también lloraba por la nariz, se inclinó y puso su frente en el suelo como si hubiera cambiado a Cristo por Mahoma.

En ese momento salió Maruja de la pieza con una maleta en una mano y con la niña en la otra, encargándose de elevar el drama por las nubes y diciendo:

—Memo, me voy con la niña para donde mi Mamá unos días, yo no puedo soportar más esto.

Eliécer se paró de inmediato. Maruja soltó la maleta y a su hija para darle un abrazo fuerte y hablarle al oído:

—Le deseo la mejor de las suertes y que encuentre a su familia, se lo merece. Discúlpeme por no acompañarlo en estos momentos, pero yo no tengo los nervios para soportar lo que se viene.

—Usted ya ha hecho demasiado, Maruja, mil gracias. No tiene que dar explicaciones

El Indio se agachó y tomando a la niña por ambos cachetes le dijo:

—Chao, princesa, nos vemos pronto.

—Chao tío Eliécer —respondió la niña abrazándolo por el cuello—, te quiero mucho.

Desde ese mismo instante, en que Maruja y Tuti cruzaron la puerta, la casa quedó como un desierto y así permaneció durante los siguientes dos días, sin la presencia y la belleza del par de almas femeninas, hasta que llegó la fecha escrita. Durante ese breve periodo de tiempo los dos amigos durmieron solo algunas horas y comieron poco. Tuvieron que aguantar una constante agonía en la barriga y una creciente incertidumbre. Sintieron el tiempo detenerse, hasta

que por fin llegaron las cinco de la tarde, la hora que tenían planeada para bajar a la ciudad y esperar cerca de esa reconocida taberna de mala muerte llamada El Tufo.

—Amigo, ahora sí lo entiendo bien. Si yo estoy que me muero desde que Maruja y mi hija salieron de la casa, no sé cómo usted ha podido soportar más de veinte años en las mismas, con razón le dio eso en la cabeza —dijo Memo cerrando la puerta para caminar con dirección a la parada del bus que los conduciría al centro.

—¿Sabe qué Mono?... Perdón, Memo, la vida es rara, me siento tal como el día en que le di mi primer beso a Victoria, saliendo todo bien vestido y perfumado de la casa en busca de ella. Esa noche fue el día más alegre y triste de mi vida. Hoy por la tarde, después de cincuenta años, vuelvo a salir en busca del amor que encontré cuando era apenas un adolescente —dijo Eliécer masticando una ramita como cuando pequeño.

—Y seguramente hoy va a volver a besarla, compadre, tenga fe como la tuvo aquel día. Tome póngase esto que le dejó Maruja —le comentó Memo mientras le entregaba un escapulario que Eliécer se colgó en el cuello de inmediato.

Los amigos se bajaron en la plaza infestada de indígenas y gamines pidiendo limosna. Eliécer comenzó a escuchar y recordar las motos carburando y se puso tenso, no podía concentrarse bien en lo que estaba haciendo, sintió calor y sudaba, los olores de la ciudad le causaron náuseas, tuvieron que sentarse en un parque cerca de su destino final, para tomar aire y comer copito de nieve para refrescarse. A medida que caía la noche y se encendían las lucecitas de los buses y los

bares en el centro, el Indio se impacientaba más con los motores, pero lo único que hacía era preguntarle a su amigo cómo lucía, si estaba presentable y bien peinado.

—Memo, por favor, necesito un trago, me va a dar un infarto, me voy a morir antes de verlas.

—No, compadre, usted está muy inestable, contrólese. Un trago lo puede mandar a la mierda. Bien lo sabe.

Y entre esas discusiones repetidas y previsibles llegaron las ocho en punto. Entonces los dos amigos entendieron que era el momento y se pararon de la banca para irse directo a la taberna.

—Eliécer hay algo que tengo que decirle.

—¿Sí?

—Tengo que dejarlo solo, no le había dicho nada para no preocuparlo más, pero eso me lo advirtió su misma esposa, es por el bien de todos, yo también tengo una familia. De todas formas yo lo voy a estar esperando acá sentado en esta banca, y no me muevo hasta que lo vea salir nuevamente de esa taberna con sus amores. Que mi Diosito lo acompañe. Cuídese.

—Está bien, compadre, entiendo. Yo puedo terminar con esto solo, no se preocupe.

Entonces se dieron un abrazo y Eliécer comenzó a caminar frotando con la yema de sus dedos la imagen de la virgen en el escapulario nuevo. Respiraba profundamente tratando de conservar la calma y se alejó cruzando la avenida. Se dirigió directamente a las escaleras de una casa antigua llena de luces donde tronaba la música con fuerza. Las escaleras subían a un segundo piso con balcón donde bailaban algunas

parejas. Eliécer recordó de manera fugaz las tabernas de su pueblo donde se infectó de las primeras borracheras, y paradójicamente, el descuido mental le hizo perder la memoria.

Se paró un par de minutos en la entrada tratando de recordar por qué estaba en ese limbo. Un hombre pasó vendiendo chicles y cigarrillos, y Eliécer compró un Pielroja sin filtro. Se lo fumó con calma, disfrutando cada bocanada de humo que le recorría los pulmones, los nervios cedieron por un momento ante el poder del tabaco y recordó entonces la importancia de la cita, de inmediato subió las escaleras al trote para no perder más tiempo. Al llegar al segundo piso, un cálido vapor y un fuerte olor a ambientador de baño lo golpearon en el rostro. El hombre entró con movimientos inseguros que de inmediato delataron su lejanía. Sintió su cuerpo entero cubierto por miradas y se sentó tímidamente en la barra donde un par de mujeres le pidieron que las invitara a un trago. Él las miraba aterrorizado, pensando que su mujer había terminado ejerciendo ese oficio milenario. Pero para su alivio, no fueron más que oportunistas buscando sacarle plata al forastero.

—Un ron doble, por favor —pidió al instante sin importarle las consecuencias.

Se lo tomó de un sorbo y el alcohol le calentó la garganta y le causó una agriera instantánea. Pidió entonces un vaso de agua y una Sal de Frutas. Miró su reloj. Las manecillas de la baratija gringa marcaban las nueve y veinte. El ron que ya le había recorrido las venas le explotó en la cabeza como una granada y su enfermedad le cobró la irresponsabilidad do-

minándolo por completo. «¿Qué estoy haciendo aquí sentado?, ¿por qué estoy en este lugar tan extraño?», se preguntó mientras miraba el entorno con una sonrisa postiza en su boca. Una nueva mujer se sentó a su lado derecho.

Afuera, a Memo el espectador se le agotó la paciencia y entonces se fue directo a la cantina para convertirse en protagonista. Subió las escaleras pegado de la baranda y saltando de a dos escaleras, de inmediato, reconoció a Eliécer en la barra, y vio como la mujer a su lado le conversaba.

—¿Eliécer es usted? —preguntó la mujer en voz baja y mirando por el rabillo del ojo. Esta vez no le pidió dinero.

—Sí señora, soy Eliécer Quiguasuque, para servirle, mucho gusto —y le extendió la mano.

—¿No me reconoce? Soy yo, Victoria, su esposa.

—¿Quién?

—Victoria Tabaquichá. ¿De qué se trata esto Eliécer? ¡Soy yo! Esto puede ser peligroso, no es momento para chistes.

Victoria vio como otro hombre se sentaba al lado izquierdo de Eliécer y lo miró a los ojos asustada, entonces recogió su bolso y se paró para irse de inmediato.

—Victoria, no se vaya, un momento, no se asuste, yo soy con quien habló por teléfono el miércoles. Mi nombre es Guillermo. Soy el amigo de Eliécer, por favor confíe en mí, siéntese y le explico.

—Usted es un tombo.

—¿En serio me ve cara de tombo? Míreme las manos —Memo mostró las palmas de las manos destruidas y las uñas llenas de tierra—. Yo soy un campesino.

—Memo, ¿usted qué está haciendo aquí? —intervino Eliécer desde el medio—. ¿Quién es esta bella dama?

—¿Pero qué es esta payasada? —dijo Victoria enojada— no le veo la gracia.

—Por favor, Victoria, siéntese.

La mujer se sentó reacia para escuchar hablar a Memo.

—Usted no sabe por lo que ha pasado este pobre hombre para llegar a encontrarla, si todavía lo ama dele esta última oportunidad. Sé que esto le va a sonar raro pero Eliécer tiene una enfermedad complicada, él está perdiendo la memoria, hay veces que recuerda todo, otras veces no recuerda nada y por el estado en que lo veo, seguramente se puso a beber y le empeoró su condición. Por eso regáله este momento de felicidad en su vida, tenga un poco de paciencia, es todo lo que le pido. Yo sé todo lo que ocurrió con el Profe y el peligro en el que usted se encuentra, pero piense que yo también me estoy arriesgando. Entonces hagamos esto por las buenas.

La mujer lo miró a los ojos nuevamente y no vio en ellos nada oculto, le regaló el inicio de una sonrisa, luego vio a su esposo perdido en otro mundo y se conmovió profundamente por su estado, entonces se paró de la silla y lo abrazó desbordando por fin las lágrimas que llevaba acumulando por años.

—Mi amor, por favor, reacciona. Soy yo, Victoria, ¿en verdad no me recuerdas?, ¿no recuerdas a Ayelén, tu hija? Te extrañamos tanto...

Pero Eliécer seguía mirando a Memo en busca de explicaciones.

—Un momento, por favor, ya regreso —dijo Victoria mientras se iba a la cabina donde ponían la música.

—¿Bailamos la próxima? —le preguntó Victoria a Eliécer cuando regresó de la cabina.

—Por supuesto —contestó Eliécer—, pero yo no soy bueno con el baile. Soy un desastre.

—Yo sé bien eso, pero no te preocupes que yo vuelvo y te enseño.

Entonces sonó la canción que ella pidió y se fueron a la pista de baile. Eliécer bailaba torpemente y Victoria trataba de dirigirlo con paciencia mientras le cantaba cerca. De pronto los oídos de Eliécer reaccionaron y con el poder que solo tiene la música pudo abrir el cajón de *los inmarcesibles*. Allí encontró todavía intacto ese recuerdo y los pelos se le erizaron cuando escuchó: «*Ayyy cariño, Ayyy mi vida; nunca, pero nunca, me abandones cariñito*». El Indio se detuvo en mitad del baile y reconoció a la quinceañera en los ojos y la voz de su esposa.

—¿Victoria? No puede ser, ¿eres tú, mi amor?

Eliécer volvió a entrar en el cuerpo que le pertenecía y lo usó para conocer la alegría más intensa que pudo experimentar en toda su existencia, le dio un abrazo tan fuerte a su esposa que comenzó a asfixiarla.

—Yo sabía que íbamos a encontrarnos, siempre lo supe, nunca perdí las esperanzas —Eliécer miraba los focos rojos del techo de la cantina, tratando de atravesarlos para buscar a Dios en el cielo y darle las gracias.

—Sí, mi amor, yo también lo sabía, todo este tiempo he estado esperando a que regresaras. Tienes que ver cómo

está tu hija, ya es toda una mujer. Siempre me pregunta por ti.

Transcurrieron unos minutos en los que los dos vieron desvanecer el mundo a su alrededor, se transportaron directo al paraíso sin pasar por el purgatorio, a un lugar imaginario en medio de la cumbia y el bullicio. Fue entonces en ese efímero periodo de tiempo que recuperaron toda una vida de amor profundo y verdadero.

Mientras tanto, en la barra, Memo viendo la telenovela en vivo y en directo, pidió otro trago doble, alzó la copa al aire para brindar con él mismo y se bogó el aguardiente con sabor a triunfo.

—¡Eso es compadre, así se hace! —dijo casi sacando fuego por la boca.

La pareja regresó a la barra y siguieron hablando por más de una hora de su pasado, presente y futuro. Victoria le contaba a Eliécer la vida de Ayelén en un resumen exagerado. Él tenía los ojos brillando como diamantes y su memoria todavía le funcionaba bien. Todas las reacciones químicas de su cuerpo parecían haberle reparado los cables rotos. Por eso, en su cabeza, pudo ir transformando con el relato las imágenes de las fotos casi destrozadas que tenía en casa, hasta llegar a esa visión de su esposa en el presente. Había cambiado mucho, los años de soledad y el constante peligro al que se expuso por tener que vivir protegida por el Profé, la marchitaron a una velocidad exagerada. Sin embargo, su esposo no podía terminar de admirar en ella la valentía y la fuerza de la mujer con la que se casó y quien lo acompañó desde la selva hasta ese día. Así no fuera siempre con su física presencia.

A pesar de que Memo no podía dejar de alegrarse por haber presenciado y colaborado con ese reencuentro de amores perdidos, se la pasó extrañando a su mujer y a su niña, le dio envidia. Las extrañó tanto que no pudo soportar más su ausencia. Escuchar sus voces se convirtió en urgencia, la misma urgencia de un adicto sin su heroína.

—Hey, Eliécer, discúlpeme que los interrumpa, pero voy a hacer una llamada. Bajo un momento a un teléfono público y regreso de inmediato, tengo que llamar a mi esposa y a mi hija —dijo Memo a la pareja que se había olvidado de su presencia.

Memo se tardó más de lo planeado, no había teléfonos cerca y tuvo que caminar lejos para encontrar una cabina. En su ausencia la taberna se llenó de gente y era difícil inclusive abrirse paso entre las mesas y las parejas que bailaban. De pronto algo captó la atención de Eliécer, algo que su olfato nunca olvidaría a pesar de su enfermedad. Era ese perfume barato e inmundado que le causaba náuseas y ganas de estornudar. Entonces empezó a olfatear el aire como un sabueso, contraía su nariz y abría las fosas nasales, y cuando recordó de quién era ese perfume, tembló de miedo, un frío le recorrió el cuerpo, y se quedó sin fuerzas. Ese miedo que siempre llevaba inmerso.

—¿Amor? ¿Eliécer? ¿Te pasa algo? —le preguntó Victoria—. ¿Te sientes mal?

Y antes de que Eliécer pudiera responderle, un hombre que se había sentado a su izquierda, ocupando el puesto de Memo, se adelantó diciendo:

—¡Pero miren qué sorpresa! Este mundo sí es muy pequeño, mire a quién me encuentro, nada más y nada menos que al indio de Eliécer.

—Buenas noches, señor —respondió Eliécer, que ya había adivinado a quién tenía al lado, pero pretendió no saberlo.

—Qué alegría verlo por aquí, como siempre bebiendo y metido en bares de mala muerte. Yo siempre supe que usted era un degenerado, Eliécer. ¿Dónde se metió todo este tiempo? ¿Y no me presenta a la dama? —le dijo el calvo mientras descargaba un casco en el suelo.

—Déjela en paz. Yo a usted no lo conozco, ¿de qué está hablando?

—Sí, tan raro. ¿Ya se le olvidó lo que me quedó debiendo? Yo se lo advertí muy clarito, Eliécer, al patrón nadie se le escapa y tarde o temprano todo se paga en este pueblo. Usted fue muy irresponsable al irse sin decirle a nadie, me hizo meter en un problema con el patrón. Se voló debiendo plata y esa sí no se la perdono, se la voy a cobrar con interés.

—Déjelo tranquilo, por favor, no queremos problemas. Él ya dijo que no lo conoce —intervino Victoria parándose de la silla.

—No se meta usted mi amor que esto no es con usted. No se busque un problema gratis —el calvo también se paró de la silla y se puso la mano en la cintura dando a entender que tenía un revólver.

—Tranquila, Victoria, tranquila que no pasa nada. Yo me encargo de esto.

—No se haga el pendejo Eliécer, cuénteles más bien que usted se voló sin pagarme una cuentecita pendiente.

—¡Cuál cuenta pendiente! ¿Yo por qué tenía que pagarle a usted por trabajar honradamente? Descarados que tenían y tienen vacunado al país entero, se creen dueños de la calle —dijo Eliécer parándose de la silla con los puños cerrados y mirando al calvo de frente.

—Eh, pero velo como está de aletoso el Indio zarzapastoso este. ¡Págueme lo que me debe o esta noche se muere pirobo! Usted me hizo calentar con el patrón y yo le dije muy clarito, así sea en veinte años lo encuentro y le cobro, y vea cómo es la vida, aquí me lo encontré de frente.

—Venga, Victoria vámonos de acá.

Eliécer tomó a su mujer de la mano y salieron abriéndose paso entre la gente. Cuando iban bajando las escaleras, se encontraron a Memo subiendo.

—Compadre, ¿qué pasa?, ¿para dónde van con tanto afán? Me demoré porque...

—Camine Memo, vámonos rápido que no se imagina a quién me acabo de encontrar ahí arriba.

—¿A quién?

—Hágale que después le cuento bien, ese matón de las vacunas.

—¡No puede ser!

—Usted sabe que esta ciudad es un pañuelo.

—¡Pero lleno de mocos, como dicen!

Al salir a la avenida principal Eliécer paró un taxi y le abrió la puerta a Victoria.

—Mi amor, váyase para la casa y no se preocupe por mí, todo va a estar bien, es mejor que no se esponga. Usted ya sabe cuál es el teléfono de la casa, mañana me llama a primera hora y volvemos a vernos. Saludes a la niña y dígame que la amo mucho, que me muero de las ganas por verla. Tome —Eliécer le dio a Victoria un fajo de billetes y cerró la puerta del taxi. Ella no pudo ni despedirse.

Los dos amigos siguieron su recorrido a paso rápido, mirando hacia atrás constantemente, verificando que nadie los siguiera.

—¡Rápido, compadre! Cojamos otro taxi y vámonos de aquí. Ese calvo estaba muy bravo y estaba hablando muy en serio —dijo Eliécer al borde de un ataque y tocándose la imagen de la virgen en el escapulario—. ¡Ahí sí no pasa un hijo de puta taxi!

—Venga bajemos a la principal que hay más gente. Ahí lo cogemos. Yo conozco unas calles ocultas por dónde meternos.

Los dos se fueron recorriendo esas calles estrechas y oscuras para que nadie los viera. Eran lugares de edificios altos, callados y alumbrados solo por los postes. De pronto en mitad de una de esas calles, Eliécer escuchó el sonido de un motor viniendo, entonces supo de inmediato que se le habían terminado los plazos con la muerte.

—¡Rápido, compadre, corra! —dijo Memo.

Los dos comenzaron a correr por la acera, pero era obvio que la moto los alcanzaría al instante. Memo miró hacia atrás y le pareció ver al parrillero sacar un revólver, siguió corriendo con tanta fuerza que no se dio cuenta dónde iba

Eliécer. Luego escuchó dos disparos y vio cómo una pared se iluminaba también dos veces, sobre ella se proyectó una sombra cayendo. Cuando se atrevió a mirar atrás por segunda vez vio el cuerpo de su amigo en el piso, moviendo las manos para protegerse. Luego otros seis disparos alumbraron el cuerpo del Indio y este perdió el movimiento. La moto siguió su recorrido y se dirigía directo a Memo, cuando lo tuvo al frente, el hombre del revólver le apuntó y disparó un par de veces, pero esta vez no se escucharon explosiones ni el callejón se iluminó, solo se sintió un martillo golpeando un tambor vacío y la moto alejarse. Memo corrió a ver cómo estaba su amigo y lo encontró bañado en sangre pero todavía vivo.

—Compadre, no se me vaya, por favor. Hábleme, hábleme —decía Memo arrodillado y sosteniéndole la cabeza.

—Memo, prométame una cosa.

—Sí.

—Prométame que va a abonar la tierra con mis cenizas y que las flores que salgan las va a cargar en una silleta enorme y me va a llevar por todo el centro en ese desfile mágico de colores...

El Señor de las Bestias, de Daniel Gallego, se imprimió
en Medellín (Colombia) en los talleres de Suintegraf Sas (2016).
Se utilizó la fuente Bembo Std de 10, 12, 16, 20 y 34 puntos.
La edición estuvo al cuidado de
Laura López Toro y Sebastián Gómez González